IRENE SOLÀ

Te di ojos y miraste las tinieblas

Traducción de Concha Cardeñoso Saénz de Miera

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

TE DI OJOS Y MIRASTE LAS TINIEBLAS

IRENE SOLÁ

Traducción de
Concha Cardeñoso Saénz de Miera

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Título de la edición original:
Et vaig donar ulis i vas mirar les tenebres

Edición en formato digital: septiembre de 2023

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda del

Institut ramon llull

© imagen de cubierta, «Almas del Purgatorio consoladas con una ofrenda», © 2023 Photo The Morgan Library & Museum / Art Resource, NY / Scala, Florence

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2023

© Irene Sola Saez. CASANOVAS & LYNCH LITERARY AGENCY, S. L., 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1885-7

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A *Oscar*

MADRUGADA

gonosznak látszott, pedig csak öreg volt[1]

ANNA T. SZABO

La oscuridad era morada y bulliciosa, opaca, grana y azul a un tiempo, zumbadora, pecosa, ciega, espesa, honda y brillante a la vez. Estaba infestada de gusanos, de ramas, de temblores, de venas y de manchas indiscernibles que eran las paredes barrigudas de una habitación, el techo, una cama, una mesita de noche, una cómoda, una puerta y una ventana. Las tinieblas crepitaban. Se agitaban, murmuraban. Roncaban. El ronquido era nasal, mortecino y áspero. Crujía, engullía y se ahogaba. El bramido manaba de la cama, del bulto que dormía en medio. Una mujer vieja. Corpulenta. Bernadeta tenía los ojos cerrados, los párpados de lagartija, sin pestañas, la boca abierta, los labios de color lila desvaído, y el pelo grasiento y largo, esparcido por la almohada. Era fea. O eso creía la otra mujer, Margarida, que estaba sentada a su lado en una silla de mimbre, con las manos juntas en el regazo, dando vueltas a los pulgares.

En la cama, Bernadeta tragó una vaharada tosca de aire, abandonó un resuello ronco a medias y dejó de respirar. Fuera se oyó el canto de una lechuza y después, silencio. Margarida detuvo los pulgares. Estiró el cuello, observó a la vieja y, por un momento, creyó que ya estaba. Que era el fin. Pero la sima oscura de la boca de Bernadeta suspiró, inhaló y reanudó el runrún. Y Margarida volvió a apoyar la espalda en el respaldo de la silla y siguió girando los dedos. Era una vieja canija con cabeza de gorrión, ojos severos, boca inflexible, mejillas secas, cuello enjuto y hombros caídos. Y rezaba. Llevaba rezando toda la noche, pobre Margarida. Porque el Señor manda rezar y hacer rezar. Pero como Margarida no podía hacer rezar, porque la lengua de sus parientas, las que tenían, era un terrón incapaz de decir nada bueno, rezaba ella. Con la esperanza de que, si rezaba mucho, tarde o temprano Dios la escucharía. Y la distinguiría entre tanto pecado y tanta pecadora. La acunaría entre sus brazos paternales y diría que no tendría que haberla desamparado nunca, «hijita», que Margarida era

buena y era santa y que quedaba perdonada. Perdonada por todo lo que había hecho ella y todo lo que habían hecho las demás.

Primero rezaba por los ausentes. Por los que se habían ido y no habían vuelto. Por su marido, Francesc. Por sus hijos, Bartomeu, Esteve y Guilla. Y por su padre, Bernadí. Por Martí el Tendré y Martí el Coix no rezaba porque no tenían nada que ver con ella. Después, por las mujeres de la familia. Por su madre, Joana, aunque fuera mezquina, y por su hermana Blanca, aunque fuera una desviada. Por su sobrina Ángela, aunque fuera un despilfarro rezar por Ángela, y por su sobrina nieta Dolça, aunque Dolça tendría que haberse podrido en el infierno y que la hubiesen oído gritar debajo de las piedras por ser hija de quien era. Y hasta rezaba por Elisabet, aunque no fuera familia suya, porque cada padrenuestro que rezaba por ella contaba por tres. También rezaba por Bernadeta. Pero a la vieja, que dormía como una fruta podrida caída del árbol, sobre todo la vigilaba. Porque Margarida quería estar ahí cuando Bernadeta se muriera. Quería verlo. Quería ver cómo se le negaban la salvación y la gracia divina por haber andado tantas veces con el diablo.

Margarida había esperado la muerte con ilusión. La suya propia. Se había figurado el tránsito como un estallido luminoso, un espasmo de gloria, un gozo definitivo, un éxtasis asfixiante al son de los laúdes y las trompetas de un ejército de ángeles. ¡Aleluya! ¡Alabados sean los designios del Altísimo! ¡Gloria a Nuestro Creador! Se lo había imaginado tantas veces que era como si hubiera sucedido. Las puertas del Cielo se abrían a su paso. Los querubines cantaban. Tenían la boca sonrosada y carnosa, las mejillas de terciopelo, los ojos húmedos de júbilo. Iban descalzos y llevaban corona de oro y túnica de seda, sujeta al pecho con hilos de oro también. Y en medio de los ángeles se encontraba el Señor. Dios Nuestro Señor, que tenía la cara igual que la de Francesc, con un hoyuelo en mitad de la barbilla, y las manos ásperas y llenas de anillos, y que le tomaba el rostro para besarla como la besó su marido el día en que se casaron. «Bienvenida a la Gloria», le decía. Y entonces, cuando, entre la luz fulgurante que da la alegría, Margarida volvía a distinguir la boca del Señor ante sí, los ojos del Señor como dos cucharas, Él la miraba tan de cerca, tan pegado, que veía todas las cosas de más que la pobre mujer había tenido que vivir, y lloraba lágrimas que parecían de leche.

Pero ¡ay, hijas mías, qué desengaño! Porque cuando Margarida se murió, con las manos juntas, con las uñas rosadas primero y blancas después, con la boca abierta y los ojos nublados que ya divisaban el júbilo eterno, preparada en cuerpo y alma, jadeando, anhelante y entregada, no hubo querubines ni trompetas, ni estallido luminoso, ni espasmo de gloria, ni gozo definitivo, ni éxtasis asfixiante. Solo un corro de mujeres sucias y desabridas. Grotescas y ordinarias. Tal cual.

Tan triste como suena. Porque cuando el corazoncito de tres cuartos de Margarida dijo ¡basta!, desfallecido, hecho un nudo, ¡se acabó, adiós muy buenas!, la rodearon sus parientas. Y, en vez del Cielo y los ángeles y las manos de Dios enjugándole las lágrimas, su madre, Joana, como una yegua desdentada, su hermana Blanca, que fue la única a la que se alegró un poco de ver, aunque no mucho, su sobrina Ángela, cuya expresión de jabalí la muerte había respetado, y Elisabet, a la que, si Margarida no hubiera tenido los sentidos tan débiles y aturdidos, le habría arrancado todo el pelo de la cabeza, la rodearon. Pero ¡estaban muertas! Las cuatro. Santa Madre de Dios, algunas hacía muchos años que habían muerto. ¡Almas condenadas! Margarida se revolvió sin poder decir nada, de lo espantada que estaba. Aunque, de todos modos, tampoco la habría oído nadie, porque las mujeres gritaban, «¡Margarida, Margarida, MARGARIDA!», mientras la levantaban por las axilas y se reían, y su madre le sonreía enseñando los huecos de los dientes y le decía, «¡Bienvenida, Margarida, bienhallada!«, como si fuera el mismísimo demonio abriéndole las puertas del infierno. La pobre Margarida, caliente todavía, las miró con unos ojos como piñones, ¡eran escalofriantes, espantosas!, todavía más feas de lo que recordaba, y pensó que estaba soñando, que no podía ser, que no se había muerto, que no era así, que no era eso, de ninguna manera, no, no, no, por favor, Señor, por favor, por el amor de Dios, por la Virgen y por todos los ángeles y todos los santos.

Si fuera por Margarida, cuando Bernadeta se muriera, porque no podía faltar mucho, no celebrarían ninguna fiesta. En lo único que pensaban y de lo único que hablaban últimamente las holgazanas de sus parientas, que si los cubiertos, que si el cabrito, que si las copas de pie azul, que si los buñuelos o la sosenga, era de la fiesta, la fiesta, la fiesta y nada más que la maldita fiesta. Joana, sentada en la cocina, metida en su rincón, daba órdenes, para aquí, para allá, haced esto, haced lo otro, y las mujeres deambulaban por la casa, conchabadas. Si fuera por Margarida, cuando la vieja se muriera le organizarían un recibimiento sobrio, austero, respetuoso y sereno. No como el suyo.

Cómo lloró. Cómo lloró la pobre Margarida cuando, en vez de subir al Cielo y ser recibida por el pastor de almas, las mujeronas insoportables y hurgadoras de llagas de su casa la arrastraron escaleras abajo, aunque para eso ya podrían haberla echado a rodar. La llevaron a la cocina y la sentaron a la mesa, puesta con platos, copas y cazuelas. Y entonces abrieron la boca y bebieron y comieron y vociferaron y se incorporaron y estiraron el cuello y los brazos en el aire. El plato repulsivo que le pusieron delante se llenó de lágrimas. Como una sopa. Pero ni una sola de las mujeres se ofreció a consolarla. Ni una sola. Ni su madre. La propia madre, que se la ha arrancado a una de las entrañas. Su madre, solo desenfreno y gritar y

beber y contar chistes y dar golpes en la mesa con el culo. Joana, solo juerga y jolgorio. Se había subido a su escaño. Margarida la miraba atemorizada. Las otras chillaban y la azuzaban. ¡Bailaba! Como si no tuviera memoria o quisiera ahuyentarla. Como si no se acordara de lo que no quería acordarse. Como si en esa cocina horripilante, llena de fantasmas, ya no importara el pasado. Las vidas enteras. Las hijas y las madres.

La casa crujió como si le chascaran los huesos. Después se hizo un silencio largo que rompió la lechuza de fuera, seguido de más silencio. La noche se había acurrucado en el interior de la masía como una alimaña y las sombras se paseaban sin pies por la casa. Cada rincón tenía su propia negrura, pesada, cavernosa y profunda. La habitación en la que dormía Bernadeta era tétrica. La sala era lóbrega. Las escaleras parecían un pozo. El zaguán era siniestro. La cocina eran las fauces de un lobo. Sin fondo. Las paredes, el hogar, la ventana, la mesa, las sillas, el fregadero, no se veían. Como si no existieran. Como si no hubiera cocina ni masía. Solo oscuridad. Joana estaba sentada en su escaño. Era una mujer muy vieja. Tenía cara de caballo, un ojo más abierto que el otro, el pelo gris y alborotado como crines, los brazos gordos y el vientre ancho. Ese era su sitio. El escaño junto al fuego, aunque ahora el hogar ya no se encendiera nunca.

Joana se había casado con el heredero del Mas Clavell, en Sant Miquel deis Barretons, hacía tantos años que no se podían contar. Fue una ceremonia sencilla, austera, y a media mañana, para que a los novios les diera tiempo a llegar a casa antes de que anocheciera. Marido y mujer subieron por senderos escabrosos y vericuetos abruptos de todos los tonos del verde. Recorrieron sierras, breñas, barrancos, desfiladeros, ríos y hondonadas frondosas y húmedas, entre hayas y chopos temblones, abedules y avellanos, encinas, olmos y madroños, que se espesaban y se apretaban como un abrazo asfixiante hasta que la luz caía sobre la ropa de los recién casados como un puñado de monedas. Joana y Bernadí anduvieron un día entero por aquellos montes apartados y enmarañados, parándose solo cuando encontraban oratorios. Bernadí bajaba la cabeza, cerraba los ojos y pedía al Señor que no permitiera que se les cruzaran en el camino lobos ni malhechores. Joana se ponía a su lado y juntaba las manos, pero no rezaba. Lo miraba. Porque ya estaban casados, pero solo hacía tres días que se conocían y casi ni había podido mirarlo. Le observaba las manos, moradas, llenas de cardenales, los dedos como butifarras, el cogote peludo, la espalda desmesurada, la nariz como un nabo, la frente llena de frunces y la barba tupida, que se le subía por las mejillas hasta las cejas como una zarza. Pero las plegarias de Bernadí fueron en vano, y Joana apenas tuvo tiempo de concluir que su marido parecía un verraco, porque después del mediodía las bestias se

pusieron a cantar. Helaban la sangre en las venas. Cada aullido, como una daga fría que te bajaba por la espalda hasta el vientre; si no respirabas no te perforaba, solo te revolvía las tripas. Y Bernadí, que los presentía desde hacía un rato y escudriñaba, inquieto, el verdor azulado entre los árboles y los movimientos repentinos de las ramas, maldijo y escupió. Iba delante y Joana lo miraba con desconcierto, porque daba patadas a las piedras y a los árboles y, sin dejar de triscar, giraba el pie izquierdo como si no fuera suyo y lo arrastraba por el suelo con virulencia. No habían andado ni cien pasos empinados desde que las alimañas aullaban cuando, con un crujido de dientes, Bernadí se tiró de rodillas en medio de aquel monte salvaje y sacó de la alpargata un pie gris de uñas gordas y amarillentas, y empezó a rascarse a rascarse a rascarse con desasosiego. Y entonces Joana lo vio. ¡Virgen santa! ¡Madre de Dios! Bernadí tenía un pie peludo y hediondo con cuatro dedos nada más. ¡Cuatro dedos nada más! A Joana se le salía el corazón por la boca de la alegría. Y le costó un gran esfuerzo resistir el impulso de arrodillarse y cubrir esa pezuña de besos, como María Magdalena. Pero entonces Bernadí se calmó. Se calzó el pie enrojecido y tumefacto, y hombre y mujer siguieron andando, acechados por el atardecer y los alaridos de las bestias. Antes de llegar al Mas Clavell, Bernadí, taciturno y pragmático, dijo que en casa eran cinco hermanos, pero que a los otros cuatro se los habían arrebatado las fieras. Primero se habían comido las ovejas. Y, cuando acabaron con las ovejas, los lobos entraron en casa y, a excepción de un brazo y un trozo de la cabeza de la niña, devoraron enteros a sus hermanos. A Bernadí, que era el mayor, que se defendía como un loco y gritaba como un condenado, no se lo comieron. Les pareció demasiada molestia. Solo le arrancaron, de un mordisco torpe, el dedo pequeño del pie izquierdo. Y, en vez del dedo pequeño, tenía en el pie una cicatriz blanca, brillante y abombada que, cuando los oía aullar, le picaba como un demonio.

La madre de Bernadí enfermó después de que los lobos devoraran a sus otros cuatro hijos igual que si fueran pollos. Se hinchó. Primero los pies, morados. Después las rodillas, negras. Luego el vientre, cual pájaro que se ha caído del nido. Y se murió. Y cuando las fieras, como si supieran algo de afrentas y agravios, la desenterraron de la sepultura y le comieron la cara y las manos, Bernadí y su padre, que se habían quedado solos, exclamaron, ¡hasta aquí hemos llegado! Y empezaron una guerra. Se encomendaron a san Defensor, a san Blas Glorioso, a san Pablo, a santa Ágata y a san Antonio, libradnos del mal y del demonio, del lobo, del can y del miedo que dan, y empezaron a buscar madrigueras. Que siempre se orientan al sur y están cerca del agua. Y a destripar camadas. Que maman hasta los veinticinco días. Y a hacer lazos corredizos y puentes falsos. Colocaban un tablón a ras de

un precipicio con una presa en la punta. Lo sujetaban con una piedra tapada con ramas. Y cuando el animal se subía para alcanzar el señuelo, se despeñaba. Unían saetas de dos en dos con crin de yegua. Ataban seis o siete en fila, las torcían, una en un sentido y la otra en el sentido contrario, y cuando quedaban bien ganchudas, las metían dentro de un trozo de carne lo suficientemente pequeño para poder tragarlo de un bocado. Dejaban un poco de carnaza aquí, otro poco allá, y los lobos se zampaban la trampa sin masticar. Cuando la digerían, las saetas se abrían, se ponían en forma de cruz y les agujereaban las tripas.

Los años buenos, padre e hijo cazaban lobos de ocho en ocho por la zona de Dosrius. De siete en siete en Vilamajor. A medias docenas en los alrededores de Sant Hilari. En Espinelves y en Viladrau atrapaban las lobas más grandes; debajo de las Agudes, las camadas más numerosas, y en Sant Sadurní d'Osormort y en Sant Celoni y en Vilanova de Sau y en Rupit y Folgueroles mataban tantos que perdían la cuenta. Bernadí y su padre localizaban a las fieras y avisaban a las casas convenidas, que congregaban a la gente de las cercanías y, a una señal del maestro lobero, que era el viejo, gritaban y hacían ruido con hierros para estrechar el cerco de la batida y conducir a los lobos a las veredas, a los pozos y a los precipicios, donde los despeñaban. Allí los mataban a fuerza de pedradas, de azconas, de hondas, de azagayas y de horcas de lobo, allí los descuartizaban vivos o se los daban a los perros para que los destrozaran. Al padre de Bernadí le gustaban las batidas. Por la compañía, por los gritos y las carcajadas de los hombres y por el terror y los gemidos de los lobos al ver la turba. Pero un día, cerca de Seva, una fiera acorralada se le tiró al viejo encima y le mordió la cara de tal forma que, cuando mataron al animal, todavía aferraba la boca del hombre con el hocico. Como si se estuvieran besuqueando. Al viejo le quedó la mandíbula desgarrada y las dos mejillas agujereadas, y casi no podía comer, pero enseguida dejó de hacerle falta. Porque la loba tenía la rabia. Y el rabioso aborrece la comida y el agua. Primero se quejaba de dolor de cabeza. Después los músculos de la cara se le empezaron a mover solos y se le veían los dientes por los agujeros de las mejillas. Luego se retorcía. Más tarde le entró el furor. Echaba espuma por la nariz y por la boca. Y Bernadí pensó, estremecido, que si a él también lo atrapaban, que si las fieras traidoras lo atacaban por la espalda y se lo comían en una cueva, ganarían la batalla. Abrevió el sufrimiento a su padre y se fue al pueblo más cercano, que era Seva, a buscar una mujer para casarse.

Joana, que perspiraba y jadeaba siguiendo los pasos del novio, pensó que ella lo esperaba. ¡Lo esperaba! ¡Lo esperaba en ascuas! Porque Joana había pedido un hombre de todas las formas que se puede pedir un hombre. Y no llegaba. Se lo había pedido a Dios y a la

Virgen y a san Antonio, pero no le hacían caso. Hasta que la Carreta, una vieja que servía con ella en Seva y que solo comía sopas de pan y leche porque no tenía dientes, y Joana no quería ser como la Carreta, la miraba y se decía, Dios mío, como la Carreta no, por favor, sola y vieja y desdentada, comiendo sopas de pan y leche, le preguntó, «¿Por qué lloras, criatura?». Joana respondió que lloraba porque tenía cara de caballo. Cara de yegua. Y, nada más decirlo, arreció el llanto, porque Dios y la Virgen y san Antonio le habían dado la espalda y la dejaban que se espigara como una lechuga sin encontrar un casadero que la quisiera. Pero la Carreta tanteó, «Si Uno no te hace caso, ¿por qué no se lo pides al Otro?». Joana contestó con un hilo de voz que no sabía cómo se le pedía nada al Otro. La Carreta se ofreció. Dijo que, si Joana quería, ella se lo explicaba. Dijo que si solo pedía una cosa era mejor ir sola, de madrugada. Tenía que matar un gato. Ni muy grande ni muy pequeño. Mediano. Meterle un haba en cada ojo, un haba en la boca y un haba por el agujero del culo. Y lo tenía que enterrar y dibujar una cruz en el montoncito, y encima de la cruz, orinar. Entonces vendría el demonio y le podría pedir lo que quisiera.

Joana lo vio cuando sacudía las ancas para escurrirse la meada. Entre los árboles. Primero los ojos. Porque centelleaban. Después la mancha que era el cuello grueso y la chepa y la espalda. Luego el toro. Porque era un toro. Imponente. Todo él negro como la cosa más negra. Los cuernos eran negros, la carne de dentro de los ojos era negra, negras las pestañas; negras las orejas; negros el morro lleno de mocos, la frente cubierta de remolinos, el cuello venoso, las patas, las pezuñas, el vientre, los lomos, la pija; negros. Tan oscuro que la noche parecía clara. Y se acercó. El pelo le brillaba como si fuera agua. Echaba vaho y olía mal, como si el agua estuviera sucia y estancada. Era un hedor vivo, que pinchaba. Joana dejó caer las faldas y se levantó. El toro preguntó, con una voz más dulce y melancólica de lo que hubiera imaginado, «¿Qué queréis, buena infanta?». Joana respondió como un pajarillo que canta, «Quiero un hombre entero», dijo, «que sea heredero y tenga un trozo de tierra y un trozo de techo». El demonio aceptó el trato. El alma de Joana a cambio de casarla. Después se fue, bajo una luna finísima, en busca de una vaca. Al día siguiente, Bernadí Clavell pidió la mano de Joana.

Bernadí prefería la maña a la fuerza bruta. El silencio. La soledad. Cuando su padre murió cazaba a las fieras con cepos y trampas que tenían brazos de clavos y puntas que se cerraban de golpe. Los sumergía en purines para que los animales astutos no notaran el olor de hierro y de hombre. Y seguía rastros y buscaba heces. Los montes estaban cubiertos de heces. Las de las garduñas, que defecaban en los caminos indiscriminadamente; las hembras, cagaditas finas; los machos, gordas. Las de las ginetas, que se aliviaban en las grietas de

las rocas haciendo montones siempre en el mismo sitio. Las de los tejones, que excavaban letrinas. Las de las raposas, que cagaban donde querían. Si atrapaba alguna alimaña de esas también la mataba. Con delicadeza. Le echaba el pie al pescuezo, le oprimía las costillas y la asfixiaba. Las ginetas y las garduñas se dejaban coger con facilidad y se morían enseguida. Con los tejones y las raposas había que tener más paciencia, esperar un buen rato hasta que se asfixiaran. Después de matarlos les sacaba los huesos, la carne y las vísceras por la boca, sin hacer ningún corte. Los rellenaba de heno de bosque hasta que quedaban tensos y sin arrugas, y luego, cuando iba a los pueblos, los vendía.

A los lobos no hacía falta matarlos con cuidado. Esos cagaban en todas partes. En el medio. Como una señal. En los cruces de caminos, encima de las peñas. Para que lo vieras. Para que los reconocieras. Los muy malditos sabían cómo atacar en cada caso; a las ovejas por el pescuezo, a los cerdos por el vientre, a las vacas por las ubres, porque así se agachaban, a los caballos y a los burros como fuera, porque con las patas traseras soltaban coces, y más valía cazar a los pollinos. A los niños por la cabeza. Y si encontraban una hembra recién parida, sabían que tenían que tirar de la bolsa y del cordón para hacerle heridas por dentro. Si acababan de matar, cagaban blando, líquido y oscuro, porque primero se comían la sangre y las vísceras, que teñían las heces de negro, y si rebañaban el esqueleto hacían unas cagadas blancas, peludas y secas. A los demonios de aquellos montes, Bernadí los mataba sin miramientos.

Por un lobo o una loba le daban cinco sueldos. Por una camada, cinco más. Y después de pagar le entregaban un certificado con sello para que hiciera colecta por las villas. «Aquí tenéis al traidor que os vaciaba el corral. Esta es la alimaña que os hacía tanto daño y os degollaba el ganado. Dad si queréis dar.» La gente le regalaba frutos secos y roscas, y el hombre volvía al Mas Clavell con las manos cuarteadas, una bolsa de sueldos y otra de golosinas. Se sentaba hambriento a la mesa, como si no hubiera comido desde su partida, y devoraba la vianda que le servía Joana, elogiándola con ronquidos, con la boca encima del plato y los ojos entelados de vaho. El caldo de la escudella se le escurría por la barba, por los dedos y los codos, y cuando terminaba, recuperadas las fuerzas, abrazaba a su mujer con las manos grasientas. Y Joana, al pie de ese pino que era su marido, descubría una seta real como ninguna otra. Un hongo que le llenaba toda la mano. Y que ella acariciaba con delicadeza para no romperle el cuello de mantequilla. Porque Bernadí sería feo como un verraco, bien podía decirlo Joana, pero ¡qué seta! Madre mía, qué seta. Aterciopelada y dura y bonita a rabiar. Rojiza y amarillenta y brillante de rocío. Como si toda la finura, toda la belleza, toda la alegría se

hubieran escondido allí debajo, en forma de sombrerillo, anillo, esporas y pie, clavándose como una raíz en la tierra oscura. Seta, ¿quién te ha plantado? ¡La Virgen María y aquí me ha dejado!

La segunda vez el demonio se presentó en forma de hombre.

Una noche encapotada fue a la masía a ajustar cuentas. Pero a Joana le había gustado tanto esa casa, como una cáscara para un caracol, como un cuerpo para un alma, que fue como si lo mirara desde dentro de una coraza, desde detrás de una muralla. Era un hombre feo, macilento, calvo, con la cara blanca y la boca grande. Y olía tan mal como el toro, pero esta vez, en el hedor, Joana también distinguió rastros de cabra, de culo y de hoguera. No lo invitó a entrar. El demonio la saludó con una voz delicada y pomposa, «Buenas noches tengáis, buena infanta». Ella no le devolvió el cumplido. Le soltó, «Bernadí no es un hombre entero». Pero pareció que la mala bestia no la entendía, y Joana tuvo que explicarse, «Pedí un hombre *entero*, que fuera heredero y tuviera un trozo de tierra y un trozo de techo, pero Bernadí no es un hombre entero». El gran asador la miró con incredulidad. Joana añadió, «Le falta el dedo pequeño del pie izquierdo». Y entonces se oyó un fragor y luego un estallido terrible, y llovió a cántaros cuatro días. Con la tormenta se hundieron los puentes de Sau, Queros, Sallent y Susqueda.

Joana no volvió a pensar en el demonio, convencida de haberlo burlado, hasta que nació Margarida. Que era un ser larguirucho de mirada severa y reprobadora, con el pecho azul, asustado y frenético. Joana le pegaba el oído a las costillas y se estremecía. Porque, aunque no se viera, si se escuchaba atentamente se percibía; la pequeña tenía mal el corazón. Le faltaba un trozo. Eso no quería decir que Margarida tuviera mal corazón. No. Ni un corazón delicado. Tampoco. Quería decir que lo tenía pequeño, duro, fibroso. Difícil de masticar. Rabioso. De liebre. Después de Margarida, Joana dio a luz a Blanca, que nació sin lengua. La boca como un nido vacío. Y Joana volvió a notar el aguijón de la sospecha, pero no ató cabos. Después vino Esperanza. Su Esperanza, pequeña, pobrecita, que nació sin hígado y se murió amarilla como un pollito. Y parecía imposible abandonar ese bulto envuelto tan solo, de noche y a escondidas, en un agujero frío y oscuro en la tierra, junto al muro de Sant Miquel deis Barretons, para que estuviera cerca de Dios. Pero Joana todavía no lo podía creer. Y entonces nació el heredero. Al que habrían puesto de nombre Bernadí, como su padre, si no hubiera sido porque nació sin agujero de atrás y se murió, embutido como una longaniza. Con las carnes duras y moradas. Y mientras Bernadí se llevaba ese segundo bulto envuelto a Sant Miquel, Joana cayó en la cuenta. Lo entendió. Comprendió que todo tiene su precio. Y que el precio siempre es demasiado caro. Y que después del trato que había hecho y deshecho con el demonio por

cuenta del dedo pequeño que le faltaba a su marido, le faltaría algo a toda su progenie. Echó una mirada a la casa, al marido, a la hija severa, a la hija muda, y pensó que era mucho más que lo que tenía la Carreta. Y, a fuerza de sauce, hiedra, raíces de avellano, poleo y cáñamo, estranguló el chorrito ese de parir crios a medio cocer.

Bernadeta profería ronquidos profundos y rasposos que resonaban solitarios. Las paredes los resistían y al momento se los tragaban. De vez en cuando se rompía el ritmo porque la mujer se removía en la cama, suspiraba y chascaba los labios. Le temblaban los párpados pelones. Margarida, sentada a su lado, rezaba con más y más vehemencia, porque era la hora más oscura de la noche, justo antes de que rayara el alba, la hora en la que campaban los demonios y sus enviados. Fue una madrugada untada con muérdago cuando el demonio tentó a su madre. Fue una madrugada ponzoñosa cuando Joana confesó a Margarida su pecado imperdonable. La mujer gritaba, «¡Bernadí! ¿Qué te han hecho? ¡Bernadí, alma mía!», y Margarida, que todavía era una muchacha buena e ingenua, la consolaba. Parecía una virgen dolorosa, con las mejillas chorreando y la cabeza vencida hacia delante, como si el cuello se hubiera cansado de sujetarla. Hacía tres noches que no dormía ni un poco, porque el padre de Margarida no había vuelto, ni volvería ya, y Joana, aun antes de cerrar los ojos, ya se imaginaba a los lobos traidores despedazándolo, «¡Bernadí!». Los facinerosos que le rasgaban la papada a rebanadas como si se repartieran una hogaza, «¡Bernadí!». Los peñascos blandos que lo engullían y le metían barro y agua sucia en las orejas, como si lo estuvieran rellenando, «¡Bernadí! ¡Bernadí!». Margarida le decía, «Ea, ea, madre», y Joana lo llamaba, «¡Alma mía, alma mía!», exclamaba, «¡Sé que está muerto, sé que está muerto porque me he hecho vieja de repente!», y se metía en los recuerdos como si fueran un bosque. Pero no se internó sola en esa fronda pérfida. No. Le cogió una mano a Margarida y se llevó a la pobre muchacha por entre los árboles. Se la llevó por los mismos vericuetos por los que habían triscado Joana y Bernadí después de casarse. Margarida, cándida, la escuchaba, y de vez en cuando repetía, «Ea, ea, madre», para consolarla. Pero la fronda que las rodeaba cambió de repente, se volvió densa y aciaga, agorera, y Margarida quería volver a casa. No quería seguir por ese camino. No quería acercarse a aquel claro que señalaba Joana. Su madre la obligaba. La agarraba y hasta la arañaba. Y en medio de la oscuridad Margarida vio un culo blanco, de espaldas, que orinaba. Soltó un alarido al darse cuenta de que era el culo de Joana. Después apareció un toro negro, que se acercó a su madre. La mujer le susurró al oído, «El demonio», pero Margarida dijo que no con la cabeza como un pollo recién desplumado. No. No la oía. No la escuchaba. Se tapaba los oídos con las manos, na-na-na. Pero Joana, que tenía los ojos

vacíos como cáscaras de avellana y los dientes puntiagudos y separados, se las apartaba. Lo único que quería Margarida, por favor, que le suplicaba a Joana, era que se callara. Era olvidar a ese toro e ignorar el trato que había hecho con su madre. No saber nada de su corazón de tres cuartos, ni de la lengua de Blanca, ni del hígado de Esperanza, ni del agujero del culo del heredero. La pobre muchacha se agarraba a la mesa de la cocina y pensaba en su padre. Bernadí era bueno, tenía un olor ácido y ahumado, olía a sangre seca y a sudor cuando se ponía a las dos niñas en el regazo y les enseñaba el padrenuestro del lobo. O les contaba las cosas que había hecho Dios y las que había hecho el demonio. Les decía, «Dios hizo los árboles y los ríos y las montañas y los animales bonitos y provechosos. Y el demonio hizo los animales feos y salvajes». Y Margarida, sentada en sus rodillas, se lo imaginaba. Cómo hacía Dios el jilguero, cómo hacía la golondrina y el ruiseñor. Y cómo el demonio, para ensuciar el mundo, hacía el murciélago, el búho y el cuervo. «Dios hizo el gato y el demonio hizo la rata. Dios hizo el caballo y el demonio, la serpiente. Dios hizo la oveja y el demonio, la cabra.» Pero Joana le metía a Margarida una lengua espinosa en los oídos y la zarandeaba como si quisiera arrancarla del regazo de su padre. Dios hizo el peral, y el manzano, y el castaño, y la viña, y la retama, y el rosal, y el demonio hizo el espino, y el falso castaño, y la zarza, y la aulaga y el escaramujo. Dios hizo el romero, y el demonio, la ruda. Dios hizo el trigo, y el demonio la cizaña. Dios hizo la abeja, y el demonio la avispa. Dios hizo la mariquita, y el demonio el escarabajo. Dios hizo el águila, la tórtola, el pinzón, el mirlo y la alondra, y el demonio hizo la corneja, el arrendajo, el gorrión, el tordo y el gavilán. Y como, a pesar de todo, Dios ganaba, el demonio hizo al lobo para vengarse. Con Margarida en una pierna y Blanca en la otra, su padre siempre les decía que nunca nunca nunca salieran solas de casa. Porque en las heces de los demonios con forma de animal que él cazaba, encontraba ropita y huesecillos de niños. En Osor, desde que él llevaba la cuenta, se habían comido a ocho chiquillos. De Susqueda habían devorado a siete. De una masía cerca de Tavertet habían matado a dos y herido a otros dos. De otra masía cerca de Viladrau, a dos más. En Sant Sadurní d'Osormort habían robado a una niña de la cuna y a tres que ya andaban, en Campins, a dos niñas y a su madre, en Sant Feliu de Buixalleu, a tres niños, un médico y un mulo.

Cuando a Joana se le secó el chorro de ponzoña ya era de día. La luz entraba por la ventana. Y Margarida se dio cuenta de pronto de que veía la mesa, las sillas, el hogar apagado. Su madre tenía la cara arrugada, los ojos fríos, la boca obstinada, y por primera vez le pareció una mujer vieja. Fea. Pérfida. Entonces oyeron los gritos. En la era. «¡Ah de la casa!», clamaban, «¡Ah de la casa!» Madre e hija se

levantaron, pero no tuvieron tiempo de peinarse ni de enjugarse las mejillas antes de que un hombre entrara sin llamar, como la luz de la mañana. Cruzó el zaguán y se metió en la cocina. Les hizo una reverencia minúscula y las llamó, «Señoras». Y Margarida lo miró extasiada y pensó, debe de ser un príncipe. O un ángel. Nadie que no haya estado en la Gloria habrá contemplado a un hombre como ese. Y se le reanimaron el corazón y el cuerpo congelado porque se imaginó cómo lo hacía el Señor. El mismo día en que había hecho los jilgueros y las golondrinas. Con el mejor barro. El barro con el que creó a los animales bonitos y provechosos. Con las manos. Y vio cómo le modelaba la boca, y dentro le ponía los dientes de uno en uno, y cómo le hacía el hoyuelo en medio de la barbilla, y los ojos como dos antorchas. Cómo le esculpía ese cuello de potro, el pecho, la espalda, las piernas, con las rodillas redondas. Cómo le cincelaba los dedos, que sujetaban, sin bebérselo, el tazón que le había ofrecido Joana. Y le colocaba una uña en cada punta, como joyas. Los labios hablaron. Se llamaba Francesc Llobera. Dijo que era el hermano segundón de una masía a la que llamaban Mas Llobera, cerca de Viladrau, donde las mujeres morían como moscas, y que por eso quería irse, dijo. Para no morirse él también de tanto ver cómo se casaban una y otra vez su padre y su hermano mayor, el heredero. Cuando sonreía se le estiraban los labios. Miró la cocina, las paredes, el techo, a la viuda, a la heredera. Joana dijo, «Es buena y trabajadora, está sana». Francesc preguntó, «¿Tenéis otra hija?». Joana respondió, «Sí, pero Blanca es corta de entendederas». Porque Blanca miraba a las gallinas. Cómo picoteaban la tierra, distraídas. Y al gallo, cómo levantaba una pata y cómo levantaba la otra pata. Y cómo inflaba el pecho y cacareaba. Movía las alas cortas, que no volaban. Volvía el pescuezo y se rascaba. Cacareaba otra vez y se esponjaba. Le rebotaban la cresta y la barba. La gallina se encogía y el gallo la montaba. Le pisaba la espalda con las patas, la agarraba de las plumas del cogote con el pico, y se revolvían.

Y entonces Joana dijo que si Francesc y Margarida se casaban, y el corazón de tres cuartos de Margarida dio un vuelco, pero Joana siguió diciendo que si Francesc y Margarida se casaban, y Margarida pensó que ¡Dios debía de quererla mucho si le daba ese hombre por marido!, pero Joana siguió diciendo que si Francesc y Margarida se casaban tendrían que mantener y tener en casa todos los días de su vida natural a la suegra y madre respectiva, que era ella, y a la cuñada y hermana respectiva, que era Blanca, en la salud y en la enfermedad, y proveerlas de pan y agua y vestido y, cuando llegara la hora, de sepultura. Y Francesc miró a Margarida, que estaba quieta, callada, con el corazón todavía en un puño, la cabeza agachada y las manos en el regazo, y la eligió. De entre todas las muchachas que había para

elegir, de entre toda la caterva de mujeres del mundo, con sus ojos y su pelo y su manera de mirar, dijo, esta. Y la señaló.

Hicieron pitanza de nabos con nogada. Limpiaron los nabos, los cortaron, los cocieron dos veces. Los escurrieron y sofrieron cebolla con manteca en una cazuela y, cuando la cebolla se coció, la retiraron. Echaron harina en la grasa que había quedado y, cuando se doró, añadieron los nabos. La nogada la hicieron aparte. Con nueces peladas, leche, la cebolla del sofrito y vino. Y prepararon palomas con salsa bruna. Las desplumaron y les sacaron los higadillos, que picaron con miga de pan remojada en vino y vinagre. Cocieron tres huevos, separaron las yemas y las mezclaron con el pan y los higadillos, y después lo colaron y lo pusieron todo en una olla y lo cocieron con miel. Asaron las palomas y, cuando estaban a medio hacer, las metieron en la olla con la salsa de los higadillos. E hicieron mirrauste de manzana. Con manzanas dulces, peladas, cortadas y sin corazón, que cocieron en agua. Y aparte prepararon la salsa con un puñado de almendras tostadas que picaron en el mortero y ahogaron en el caldo de las mismas manzanas, para hacer la leche de almendras, a la que añadieron miga de pan y miel.

El rector de Queros corrió las amonestaciones. Nadie manifestó ningún impedimento y los novios se casaron en presencia de la familia. El rector dijo las palabras rituales. «Tú, Francesc Llobera, entregas tu cuerpo a Margarida, aquí presente, como fiel marido.» *Dixit quod sic. Et eodem modo dixit*. «Tú, Margarida Clavell, entregas tu cuerpo a Llobera, aquí presente, como fiel esposa.» *Que nullum dedit responsum*. Y Francesc, con el hoyuelo en medio de la barbilla y las manos ásperas llenas de anillos, la cogió por las mejillas y, de la luz fulgurante que da la alegría, Margarida no veía nada.

Entonces tocaron campanas. Campanas y más campanas. Que repicaban. Estridentes, metálicas. Campanas dentro de casa. Campanas que no celebraban un casamiento, sino que tocaban a muerto, avisaban de fuegos, de lobos, de tempestades, de ladrones, advertían de cosas terribles que ya llegaban, que se acercaban, para que todo el mundo se despertara. Y se hizo la luz en la sala. Como una bofetada. Era una luz sucia. Mentirosa. Amarilla. Un ultraje. La luz falsa se coló por debajo de la puerta y Margarida, que estaba sentada a oscuras al lado de Bernadeta, dando vueltas a los pulgares, pegó un bote en la silla como si la hubieran pinchado. Se oyeron unos pasos de comadreja que se acercaban. El pomo de la puerta giró rechinando con delicadeza. Y a pesar de que fuera los árboles y el bosque no renunciaran a la noche y se aferrasen a las sombras, a las humedades y a los crujidos, la luz postiza, que les llevaba la contraria, se impuso y ahogó la oscuridad como un torrente. Entró Marta en la habitación. Era una mujer fea, según Margarida, robusta, de cara redonda,

hombros generosos, pechos prominentes y culo abundante. Iba despeinada, con el pelo pegado al cráneo, y vestía un camisón estrafalario. De dos piezas, de color rosa con conejitos grises de barriga y orejas blancas. Del cuello le colgaban unos anteojos de concha, y llevaba un espejito en la mano. Y dentro del espejito había una iglesia, entera. Y dentro de la iglesia, campanas que repicaban. En la mesita, Marta encendió una segunda y maldita lámpara de luz errónea y sin llama, que no se apagaba cuando la soplabas, solo cuando la golpeabas. Pero había que darle bien. ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf! Margarida las sacudía cuando no la veía nadie. Y luego, cuando Marta intentaba encenderlas y la magia no funcionaba, refunfuñaba y se quejaba, que no podía ser, que el circuito eléctrico de esa casa era una mierda y que ¡se habían fundido otra vez!

Marta murmuró el nombre de Bernadeta, y Margarida volvió la cabeza, porque esa luz era falaz y molesta, y porque no quería ver a Marta ni las cosas que hacía. Marta estaba viva. Había una vereda fastidiosa por la que no había pasado. Todavía. Había nacido, como todas las cosas que nacen. Pero Marta no se había muerto. Todavía. Como todas las cosas que mueren. Y era ley divina, universal, la primera, aunque en aquella casa se mearan en las leyes primeras, que a los vivos no se los miraba, no se los tocaba ni se les hablaba. Nada. De espalda. ¡Tira! Como si fueran un sapo, o una ortiga, o una boñiga. Bernadeta movió los labios, chascó la lengua dentro de la boca pastosa, tragó saliva y abrió los ojos sin pestañas, como dos heridas. Marta le dio los buenos días y la vieja hizo un ruido que a Margarida le pareció displicente. Le preguntó si quería hacer pis y, sin esperar respuesta, le apartó las sábanas y las mantas. Bernadeta llevaba un camisón dado de sí que le dejaba al aire los brazos transparentes, plagados de colgajos. La mujer sacó de la cama las piernas desnudas, metió los pies hinchados en unas alpargatas y se sujetó con un brazo a los hombros de Marta. Y poco a poco, porque era una vieja cargante, se levantó y salieron de la habitación dejando la lámpara encendida. Margarida soltó un bufido. ¡Insolentes! Como si ahora las mujeres y los hombres pudieran elegir cuándo era de día y cuándo de noche. Que se paseaban por el mundo como si tuvieran derecho a ver todas las cosas, hasta las que no hay que ver. ¡Descarados! Como si ya no fuera Dios el que tiene la medida de todo, ni el que elige la oscuridad de las noches y la duración de los días. Las oyó cruzar la sala y meterse en la letrina que habían construido dentro de la casa, sin vergüenza, y oyó el golpe frío de las nalgas de Bernadeta al dejarse caer sobre la taza. Era de porcelana blanca, como si fueran marquesas. Le llegó el ruido del chorro de vaca. Y la voz de Marta que preguntaba a Bernadeta si había dormido bien. Los sonidos desinteresados de la vieja. Si tenía hambre, y Bernadeta musitaba hummm, si quería bajar

a desayunar, que fue la única pregunta que la vieja respondió claramente. No. Luego volvieron a la habitación arrastrándose, y se sentaron en la cama, que era alta, corta, austera, con un cabecero de barras metálicas. Marta destapó una botella que no se rompía y vertió agua en un vaso verde de cristal bueno. En la mesita había una montaña de cajas blancas, azules, grises, entre las que Marta rebuscó. La vieja tendió una mano temblorosa y Marta le dio semillas. Una roja. Una de color naranja y azul. Dos pequeñas y blancas. Una redonda con una raya. Bernadeta se las tragó. Marta rellenó el vaso y echó una moneda amarilla, que se movió dentro del agua como si no supiera nadar, soltando burbujas. Cuando se hubo ahogado, Bernadeta se la bebió y Marta dijo que le llevaría una manzanilla y una tostada para desayunar. La vieja pidió mermelada y Marta salió dejando entornada la puerta y encendida la luz falsa de la mesita. Y Margarida se lamentó, ¡como si no tuviera bastante castigo y bastante desgracia con todas las demás! Las mujeres desagradecidas, pelmazas, frívolas, pérfidas, hurgadoras de llagas y holgazanas de esa casa. Para colmo tenía que aguantar también a Marta, que era zafia, bruta, pollina, un cardo borriquero, una cabeza hueca. Pero ahí no se acababa la condena. Ah, no. Porque el tormento de Margarida no tenía fin. Marta tenía una hija que se llamaba Alexandra. Fruto del pecado y del vicio, como la mayoría de mocosos de esa casa. Y eso que Alexandra ni siquiera había nacido en la masía. Había nacido fuera. Por eso la bastarda era desapegada, escurridiza, renegada y despreocupada, y no dormía allí casi ninguna noche. Y una mujer incrédula podría haber creído que menos mal que la moza perezosa de Marta, que no tenía paciencia, ni brío, ni sangre en las venas, ni pizca de respeto, no dormía casi ninguna noche en la masía. Pero ¡a saber dónde dormiría!, se decía Margarida. Como si en el Mas Clavell nunca fueran a aprender la lección. Tropezando con la misma piedra una y otra vez. ¡Con hombres y con demonios, dormía Alexandra! Mientras su madre, Marta, que era más corta que el rabo de las cabras, atormentadora, desconocedora de todo y desmemoriada, ¡que por no saber ni siquiera sabía quién era Margarida!, se paseaba por la casa como si fuera suya, encendiendo y apagando luces y meándose por los rincones con esa cabeza completamente hueca y olvidadiza, que sonaba como clin-clin, clan-clan, clon-clon.

MAÑANA

… for women live much more ¡n the past
than we do, he thought, they attach
themselves to places…

VIRGINIA WOOLF,
Mrs Dalloway

La ventana de la cocina era angosta y honda como el agujero de una oreja. Dejaba pasar una luz indirecta, tempranera, azulada, que desleía las formas y los colores. Las paredes desconchadas y la campana del hogar eran blancas, las manchas de humedad, grises, la encimera era amarilla, las ranuras del fregadero eran negras, los armarios eran de tonos tostados con tiradores metálicos picados de óxido, el suelo era de baldosas grana, los escaños, las sillas y la mesa eran de madera de pino, con diferentes pátinas de desgaste y de barniz. La cocina tenía dos puertas. Una maciza, con dos peldaños, que se abría a una despensa morada y fría como un hígado. Y otra con cuarterones de cristal que daba al zaguán. El zaguán de la masía era húmedo y oscuro, como una garganta. De paredes ásperas, que eran la carne de las mejillas por dentro. Con un techo de vigas, como las rayas de un paladar, y el suelo de piedra, que era una lengua gastada de tanto engullir. Había allí un zapatero lleno de zapatos puestos de cualquier manera. Un banco. Un armarito empotrado con las puertas carcomidas y una aldabilla de madera. Tres ganchos cubiertos de chaquetas como chepas. Una caja llena de botellas de cristal vacías. De las paredes colgaban herramientas de trabajar el queso; una lira y moldes de mimbre. En el suelo había dos lecheras de adorno. El arco del portal eran unas encías. La puerta cerrada que daba afuera, unos dientes apretados. Unas escaleras de baldosa, estrechas como un espinazo, conducían al piso de arriba. El fondo de la garganta que era el zaguán daba a unas cochiqueras alargadas de suelo prensado, una sola ventana, comederos empotrados a la pared, un pilón rudimentario, sacos, cubos, una horca, forraje y paja, una balda metálica con herramientas y polvo, y una salida que daba a un corral.

Las cochiqueras estaban divididas en dos. En un lado había cuatro cabras escuálidas. En el otro, una carroza. Una de las cabras era blanca. La otra era parda. El macho era negro. Había un cabrito pardo con la cara blanca. La carroza era dorada y azul, con cojines y cenefas bordadas, flecos de seda plisada y estrellas pintadas de oro.

Marta entró en la cocina y Joana, desde su escaño, la vio meterse en la despensa y salir con dos rebanadas de pan, leche, mermelada y mantequilla. Marta tostó el pan en unas brasas que no se tenían que soplar, cogió una taza, la llenó de leche y la metió en una urna de cristal que descansaba sobre la encimera. La urna se iluminó y zumbaba. La taza daba vueltas. Marta, de pie, se colocó en la nariz los anteojos que le colgaban del cuello, llenos de marcas de dedos, y se miró en el espejito. Lo acarició con el pulgar. Rápido, rápido. Se quedó contemplándolo y deslizó el dedo hacia arriba, hacia arriba. Y se paró. Siguió mirando y de pronto se echó a reír por las cosas que le enseñaba el espejito. La carcajada de Marta le contagió a Joana una sonrisa torcida. La vieja se palmeó las rodillas. «A la mujer el reír y al burro el rebuznar, el demonio se lo debió de enseñar.» Y entonces se animó. Se le humedecieron los ojos. La sonrisa contrahecha se le volvió socarrona y picara, y la vieja soltó una carcajada y se puso a rebuznar como un asno, y de la gracia que se hacía a sí misma se desternillaba tanto que casi se ahogaba. Sonó una campanilla aguda y la luz de la urna se apagó. Marta abrió la portezuela de cristal y sacó la taza humeante. Echó una cucharada de polvos oscuros y la leche se volvió negra. Con un cuchillo arrancaba trocitos de mantequilla y los ponía en una de las tostadas. Casi sin untarla, mordía el pan y, sin dejar de comer, llenó de agua una segunda taza en la boquita de cisne, la metió en la urna y untó mermelada en la otra tostada. Joana soltó tres ronquidos risueños y, con la boca abierta, se serenó.

Cuando Francesc Llobera se casó con Margarida y se trasladó al Mas Clavell, llevó consigo a un mozo que se llamaba Bou. «Una mujer, buena mujer. Dos mujeres, bastantes mujeres. Tres mujeres, demasiadas mujeres.» El mozo tenía el labio de arriba pegado a la nariz y las pestañas, las cejas, la barba, la melena y hasta los pelos de la nariz tan rubios que más que un buey parecía un cordero. Le gustaban los dichos del amo. «Mujer peluda, al diablo ayuda», «Cuando el demonio no puede, manda a la mujer», «Cuando el diablo duda, a la mujer pregunta», «Donde no hay mujeres las lleva el diablo». Bou asentía. «Cuando el demonio quiere aprender, por maestra coge a la mujer.» «Una vez que el diablo con la mujer jugó, ella lo ganó.» Por la noche, Francesc les mandaba, «Arrodillaos. Rezad. Arrepentios». Y las mujeres y Bou se arrodillaban. Agachaban la cabeza y el hombre los sermoneaba, repetía que nada crecía como tenía que crecer en aquella masía ni en las tierras secas, yermas y

encantadas que la rodeaban. La maldición que se cernía sobre la casa era tan grande, se lamentaba, que cuando nacían las plantas nacían para Satanás, y en lo que plantaba Jesús ponía el maligno su injerto, y todo lo que estaba destinado a Dios en el Mas Clavell ¡daba frutos para el diablo! Hasta que una mañana Bou dijo, «Ya no tenéis que preocuparos, amas, porque hemos matado a la bruja». Joana y Margarida preguntaron, «¿Qué bruja?». Bou respondió, «La vieja del Pou de Queros». Y ellas supieron a qué mujer se refería. Segimona Vila, que tenía un ojo a la virulé y una hija tullida. Según el mozo, el demonio y la vieja herraban a la chica todas las noches y la montaban como si fuera una muía. Y les contó que el amo le había dado un doblón de oro para que fuera al Pou de Queros y le pegara un tiro de pedreñal a la hechicera en la frente. Bou había encontrado a la vieja Vila doblando manteles y le había mandado, «¡Aparta y no me toques! Que las brujas siempre queréis tocar». Segimona Vila se había retirado al rincón que el mozo señalaba, y el hombre había apuntado a bocajarro entre aquellos dos ojos, que miraban cada uno a un lado, mientras le decía, «Este es el castigo por haber encantado los campos del Mas Clavell y por habernos matado los dos cerdos». «Ya no tenéis que preocuparos, amas, se acabaron las desgracias», repitió, y, orgulloso, añadió que le había separado los tendones de debajo de las rodillas y de los talones con una navaja para que después de la sepultura el mal espíritu de la bruja no pudiera levantarse.

La campanilla de la urna volvió a sonar y Marta sumergió un saquito de hierbas dentro de la taza de agua. Dio el último mordisco al pan con mantequilla, el último trago a la leche negra, lamió el cuchillo, guardó el espejito, se puso los anteojos en la cabeza como una diadema, cogió el desayuno de Bernadeta y salió. Joana, espabilada, se levantó. Apoyó en la mesa una mano huesuda de dedos torcidos en todas direcciones y abandonó el escaño arrastrando los pies. Tenía los tobillos deformados, las rodillas hinchadas y la columna retorcida.

Cuando iba a nacer el primer hijo de Margarida, Joana y Blanca taparon las ventanas y sellaron las puertas para que no entraran maldades ni corrientes de aire. Pusieron a hervir tazones y más tazones de infusión de laurel, ajenjo y lirio amarillo. Joana repetía, «Yo te conjuro, infante, seas macho o hembra, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a que vengas de frente y no de nalgas y a tu madre no le hagas mal». Fue un parto largo de madre primeriza. Cuando por fin salió el niño, lo miraron y remiraron de arriba abajo. Dedo a dedo. Le palparon el vientre, las piernecitas, la pija, la columna vertebral, cubierta de terciopelo, pero no le encontraron ningún defecto. Margarida lloró de alivio. Entonces Joana se lo entregó a Francesc, que lo sostuvo en brazos y dijo, «El heredero». Y le

puso nombre. Bartomeu. Como su padre. Al segundo le pondría Francesc. Como él. Pero a ese niño siempre lo llamarían Esteve, porque el segundo hijo de Francesc y Margarida sería un crío enfermizo y raquítico que no querría mamar, y no querría dormir, y no querría parar de berrear, con una boca abierta de par en par por la que entraban todos los males en fila y bailando. Joana murmuraba, «Dios y la Virgen María, y san Pedro y san Juan por su camino van y encuentran más adelante un lobo galante. ¿Adonde vas, lobo galante? ¡A comer la carne y a beber la sangre de este infante! Tal cosa no harás. ¡Vete a lo alto de la montaña a romper el polvo y a comer hierbas silvestres!». Pero si el nacimiento de Bartomeu fue un estallido de alegría, el nacimiento de Esteve no fue más que una pizca de alegría. Un júbilo como un punzón que arañaba por dentro, porque Esteve nació sin una oreja. Margarida, obcecada, miraba día y noche aquel capullo sin abrir que tenía el niño en un lado de la cabeza, y después cogía a Bartomeu, que ya gateaba, lo desnudaba y buscaba, y buscaba, ofuscada, y no encontraba lo que le faltaba, segura de que si la carencia del heredero no se veía era porque estaba escondida. Y al final, Joana tuvo que explicárselo a Francesc, que a veces pasaba eso, que después de un nacimiento la madre se apenaba.

Joana tiró de un trapo de color naranja con dos cerezas bordadas que descansaba, arrugado, en una silla de la cocina y se lo colgó a la espalda. Se soltó de la mesa y llegó hasta la encimera. Se agarró y silbó. Tres silbidos cortos y seguidos, como una llamada. Aguzó el oído y al momento sacó dos cuchillos sucios del fregadero y se los secó en la manga. Abrió un cajón y cogió otro cuchillo. De otro cajón, lleno de velas, sacó un ovillo de cordel mal enrollado y un gancho. Se paró y escuchó. Pero no oyó el movimiento que esperaba y lanzó otro silbido agudo y autoritario. Del tercer cajón cogió una bolsa blanca que no se rompía, ni se desgastaba, ni se mojaba. La abrió a sacudidas y lo metió todo dentro. Así pertrechada suspiró y silbó por última vez. Por la puerta de cristal de la cocina entró una mujer con expresión distraída, la boca sonriente, abierta, como si no supiera que hacía rato que la reclamaban. Dolça era joven, menuda y peluda. Tenía una cara simpática, de cabra, un ojo bizco que se le iba hacia el lagrimal, los dientes salidos y una mata de pelo oscuro en la cabeza, unas cejas pronunciadas que se juntaban en medio de la frente, y bozo debajo de la nariz.

Joana ordenó:

—Los cuezos.

Y Dolça se metió en la despensa y salió con un cuezo de color rosa, uno blanco y uno verde, y los puso boca abajo para quitarles el polvo y las telarañas. Joana hizo un gesto con la cabeza y Dolça salió de la cocina detrás de ella. Cruzaron el zaguán y dejaron la casa por la

puerta principal. El airecillo de la mañana era frío. El sol todavía no había remontado los picos y la niebla envolvía las faldas de las montañas azules. Delante de la masía había una era pequeña, de losas salpicadas de hongos grises y amarillos y de cagarrutas secas de cabra, de cuando las cabras se escapaban. En el medio descansaba una silla blanca llena de cagaditas de mosca, con un cojín a rayas de color lila; Joana la señaló y Dolça la agarró por el respaldo y la llevó en brazos. El carro gris sin caballos de Marta estaba cubierto de rocío. Un camino rojo, de fragmentos de teja, llegaba hasta la casa. Las dos mujeres se dirigieron a una pared lateral de la masía, donde había un lavadero de piedra, dos macetas vacías y un montón de leña vieja mal apilada. Más allá había un huerto descuidado y el redil de las cabras, y luego empezaban los árboles. Dolça dejó la silla al pie de un castaño y, a un gesto de Joana, llenó el cuezo blanco de agua en el lavadero. Joana cortó un trozo de cordel y, lenta pero segura, ató el gancho a una rama del árbol. Se sentó en la silla, sacó un cuchillo pequeño y uno grande y los afiló uno contra otro. Cuando Dolça dejó el cuezo lleno de agua a sus pies, le dijo:

—Tráeme una caña.

Y Dolça fue al huerto. Tardó un buen rato, pero volvió con un trozo de caña. Joana colocó uno de los cuchillos afilados en el suelo. Metió la mano en la bolsa y afiló el tercero.

En el piso de arriba, Bernadeta marraneaba con el desayuno. Cogía la rebanada con manos temblorosas y gastadas y uñas transparentes. Se acercaba el pan a la boca, sacaba una lengua puntiaguda y lamía la mermelada. Solo la mermelada. Después fruncía los labios y, con los dientes de delante, rascaba la tostada como un conejo. Margarida, que seguía a su lado, volvía la cabeza, asqueada, para no ver las porquerías que hacía la vieja. Los herrerillos piaban con tanta fuerza que se oían desde la casa. Cantaban, alborotados, porque la oscuridad se los había tragado, como se traga todas las cosas, y después los había escupido, como está obligada a escupir todas las cosas, que se levantan entumecidas y mojadas. Ahora gorjeaban, aliviados, porque en mitad de la larga noche habían dudado que fuera a hacerse de día. Y daban la bienvenida a la mañana, aunque fuera una mañana mustia. A Margarida no le gustaban las mañanas. Porque por la mañana una mujer ingenua podía creer que la noche ya se acababa. Pero la noche no acababa nunca, esperaba escondida y siempre regresaba.

Margarida estaba tan compungida después de que naciera Esteve que ni reparó en ello. En la plaza de Vic habían colgado a un hermano de Francesc que se llamaba Joan y tenía diecinueve años, por ladrón. Y antes de que lo ajusticiaran le había dicho a Francesc entre qué bojes había escondido las capas de pastor que había robado. Francesc había ido a buscarlas. Pero, a raíz del robo, se habían practicado

algunas diligencias, y una mañana aciaga el procurador y un grupo de hombres se presentaron en el Mas Clavell. Los herrerillos piaban. Al principio, Margarida pensó que cantaban para recibir la mañana. Pero estaban tan alborotados que la pobre mujer se alarmó. Francesc labraba delante de la casa mientras los pájaros se desgañitaban. Chillaban. Como locos, ¡pío, pío, pío, pío, pío! Le avisaban, le alertaban de que venía el procurador con sus hombres para apresarlo, para llevárselo para siempre por haberse quedado con las capas. Mientras Francesc huía le dispararon seis veces. Cada una como un puñal. El corazón de Margarida, tan pequeño y con tantas puñaladas, parecía carne picada. Quiso Dios que solo le tocaran la ropa, pero a partir de entonces Francesc empezó a esconderse.

Margarida le decía, «No huyas, no te vayas». Pero él se reía. Como si hiciera una broma para sus adentros y solo él se la riera. «Las mujeres os aferráis a los sitios», respondía, «os atáis como perras. Al pasado, a las casas, a los hijos, a las cosas.» Y se iba feliz dándole la espalda. Contento de irse. Se alejaba de casa con Bou, y después, cada vez con más hombres. Y Margarida se quedaba sola con todas las cargas. Con los hijos por criar y los campos por sembrar. Con la mezquina de su madre, y la desviada de su hermana, que, aunque Margarida la regañara y la regañara, miraba a los patos. ¡Malos! Los patos, que parecían tranquilos pero movían las zancas anaranjadas y frenéticas debajo del agua. Y que se peleaban y chillaban por subirse todos a la vez al lomo de la hembra. Le hundían la cabeza como si fueran a ahogarla. Violentos, con esa pija enroscada, blanca, terrible y larga, mientras le arrancaban las plumas del cogote a picotazos. Si Margarida le hubiera dado la razón, su marido se habría quedado en casa. Si le hubiera dicho que acertaba. Que esa masía estaba maldita. Si hubiera confesado, señalando a Joana, «Fue ella. Fue mi madre. Hizo un trato con el demonio a cambio de casarse con mi padre. Lo llamó, Francesc. Le enseñó dónde vivimos. ¡Orinó encima de una cruz, Francesc!, abjuró de Dios para llamar al Otro», su marido la habría querido. Le habría apartado el pelo de la cara. Le habría dicho, «Margarida, ama, amiga, mujer, compañera». Pero Margarida se quedaba viéndolo partir en silencio, con la lengua inflada y entumecida, pesada dentro de la boca. Y malvivía, apartada de la luz del día, viendo pasar las semanas, sola, como una mujer enterrada en vida. Hasta que una mañana igual de triste que las demás se daba cuenta de que hacía tantas noches que duraba esa soledad, como una nevada que se hiela, que por fuerza el estallido de alegría por su regreso no podía tardar. Porque Francesc siempre volvía. Porque se habían casado y esa era su casa. Y la gente, en vez de llamarlo Francesc Llobera, que era el nombre que le había puesto su padre, lo llamaba el Clavell, que era el nombre que le había dado ella. Y

entonces llegaba. Como la primavera, llegaba. Cada vez mejor vestido. Con las calzas hasta media pierna, y el jubón, y los zapatos y el sombrero y la capa, con el pelo largo a ras de espalda. Con un séquito de apóstoles que se comían su pan y se bebían su vino, y se sentaban a la mesa a su alrededor. Y Margarida lo miraba, ¡madre, cómo lo miraba! Rebosando amor, mientras él se reía y cantaba y repartía las viandas. Lo observaba y se convencía de que, por fuerza, cuando Dios Nuestro Señor había cincelado esos brazos y ese torso, le había hecho esa boca y le había puesto los dientes dentro de los labios, Dios Padre había hecho también a los mercaderes, a los arrieros y a los buhoneros, y sus monedas de oro y de plata, y sus telas azules y de seda y de Holanda, para que esas manos robustas, preciosas y ásperas pudieran robarlas. Se decía que, para que Francesc nunca estuviera solo, Dios Nuestro Señor había hecho a todos y cada uno de los hombres que lo acompañaban, y que lo querían de esa forma que tienen los hombres de quererse, que es mucho mejor que la que tienen de querer a las mujeres. Y que le había atado a la cintura esa hueste de fajas de cuero, armadas de pedreñales cortos y de pedreñales largos, como si fuera un lazo. Y se repetía que el Señor había esculpido esas montañas intrincadas e impracticables para que Francesc pudiera esconderse. Había abierto senderos y torrenteras para que sus hombres bajaran por allí como riadas. Había horadado cuevas y agujeros para que se escondieran y guardaran lo que robaban. Y había colocado las casas que se llamaban el Vilar, el Llora, Masjoan, Mas Riera, Can Muntada, Can Carbassa o l'Obac para que Francesc y su cuadrilla entrasen, metiesen a la gente en la cocina, apartasen baúles, revolviesen ropas, arrancasen listones, vaciasen la paja de los colchones, volcasen camas y sillas y encontrasen anillos, monedas, cadenas, cucharas y tazas. Y estaba segura de que Dios Padre también había puesto en su sitio a los valedores y las masías amigas. Banchs, Cortina, Brunyola, la mujer del tal Moner, Puigllaunell, la viuda Saavedra, el padre Ricard, el rector de Castanyet y todos los demás. Que invitaban al Clavell y a los suyos a comer a la mesa con ellos y les ofrecían cama y que, cuando se escondían en el bosque, les llevaban huevos, pan y vino y echaban a pastar a las ovejas detrás de ellos para que los hombres que los perseguían no los encontraran.

Bernadeta sacó una lengua tentativa y lamió la mermelada que se le había quedado en los labios y en el bigote. Cerró los ojos, enarcó las cejas y movió las aletas de la nariz, grandes como monedas. Olisqueó. Y Margarida lo oyó, oyó que olisqueaba. Y el ruido que hacía esa narizota al inspirar, concentrada, insistente y gustosa, la sacó de su agujero de pensamientos. La mujer se levantó de repente. Corrió a la ventana, la abrió con violencia y sacó una inquisitiva cabecita de

pájaro. Aspiró. Y lo notó. Dios nos ampare, desde luego que lo notó. Por debajo del olor del día nuevo, de las hojas limpias en lo alto de las ramas, distinguió un tufo nauseabundo de partes bajas. Con los ojos como agujas, Margarida escrutó el verde traidor de los árboles. Sabía desde hacía días que el demonio volvía a pasearse por esos bosques y que merodeaba alrededor de la casa. Pero avisado estaba. Porque si el enemigo se acercaba, si el pie hendido, si aquel que come moscas se acercaba, Margarida invocaría a Dios, a Jesús, a la Virgen y a todos los santos del Cielo y a todos los ángeles, y desde la ventana le gritaría, «Asesino cobarde, bestia traidora, ¡buitre!, ¡ladrón!, ¡fuera, fuera!», y le tiraría todo lo que tuviera a mano. Le tiraría a la cabeza el vaso bueno y la botella que no se rompía, la lámpara y la mesita de noche, la cama, la silla y la cómoda. Para que Dios viera que lo negaba. Para que Dios viera que le daba la espalda. Que le tiraba a la vieja, si hacía falta. Si era Bernadeta lo que buscaba el gavilán. La mujer, enfurruñada, escupió tres veces antes de cerrar la ventana.

El sol había salido, pero brillaba pálido, prisionero de unas brumas alargadas y de un vientecillo frío. En las cochiqueras, las cabras balaban. Hacían cagarrutas. Movían la cola, se perseguían. Se quedaban quietas. Se arrimaban. Mascujaban paja y se olisqueaban. Las ubres de las hembras y las vergüenzas del macho colgaban. El cabrón tenía el miembro pequeño y puntiagudo como una aguja. La cabra parda movía la cola y le puso el culo en la cara. El macho la olisqueó y se le subió encima, impaciente, pero resbalaba. Se bajó. Volvió a subirse, pero patinó. La montó por fin, se puso en su sitio, y se agitaron. Encima de la carroza de oro había dos mujeres tumbadas. La carroza parecía más bonita de lejos que de cerca, porque de cerca se veía que estaba llena de polvo y que el oro era falso y las telas, baratas. Blanca miraba cómo fornicaban la cabra parda y el macho. Era una vieja robusta, de cara bovina, ojos ensopados y doble papada. Elisabet paseaba las manos por la tela de un cojín azul con volantes dorados. Era una mujer larguirucha y flaca, de mediana edad, con ojos oscuros de carnívoro pequeño, hombros caídos y un cuello de palmo. La cabra blanca y el cabrito, imperturbables, comían un poco más allá. Elisabet no había nacido en esa casa. Había nacido en un pueblo de la costa que se llamaba Castellò d'Empúries. Era la única mujer de la masía que había visto el mar. Aparte de Margarida. Pero Margarida había dicho que el mar estaba hecho de aguas infectas y de sangre, y Elisabet no sabía qué mar había visto Margarida, porque el mar de Roses, y el de l'Escala, que era el mismo pero del otro lado, era azul. De todos los azules. Azul claro y azul oscuro, azul morado y azul brillante, azul opaco y azul verde y azul que parecía gris y azul que parecía negro. Y a veces, según cómo bajaran o subieran el sol y las nubes que lo acompañaban, también era gris, o amarillo, o

anaranjado, o rosado, o de color lila, o verde, o rojo, con rizos de espuma blanca. A Elisabet la habían casado con el molinero de Roses, y desde Roses se veían el mar y las montañas nevadas al mismo tiempo. Pero no vivió mucho tiempo en el molino, porque la primera noche ya le pidió a la Virgen que por favor matara a su marido. Después siguió rogándoselo insistentemente todas las madrugadas. Y cuando la Virgen lo mató, que no tardó nada, Elisabet dio una fiesta. Para sus adentros. Con músicos que tocaban la chirimía. Y cogió al mozo del molino y se fue camino del santuario de Núria a dar gracias. Pero antes de llegar a Elisabet le entraron calenturas, y entre Sant Joan de les Abadesses y Ribes de Freser la invadieron las tercianas. Intentó seguir, pero no pudo, y se dejó caer en una zanja, empapada y temblorosa, porque creía que descansar la ayudaría. Allí se quedó todo el tiempo que le duraron los escalofríos y, cuando se recuperó, vio un cerezo. Como si lo hubieran puesto allí para cuando despertara. Se le hizo la boca agua. Le dijo al mozo, «¿Quieres cerezas?». Las cerezas estaban calientes y dulces, y las había para dar y tomar. Carnosas y rojas y amarillas, tantas que los pájaros no las habían podido picotear todas. Si a ella y al mozo los hubieran dejado a su aire, se les habría descompuesto el vientre. Pero no los dejaron a su aire, porque una voz de hombre les ordenó que se volvieran. Lo primero que Elisabet vio fue el pedreñal que los apuntaba. Tenía dos más colgados de la cintura. Después, las botas deshechas y la capa sucia, y por último la cara de muerto de hambre. Aquel bribón le robó al mozo todo lo que llevaba y le dijo, con una voz que había acabado con muchos hombres, que si volvía a verlo lo mataría. Luego miró a Elisabet y le mandó que lo siguiera. Y aunque ella le suplicó muchas veces que la dejara irse, que la dejara irse, por favor, que la dejara cumplir con sus devociones en Núria, por el amor de Dios, que era viuda, con una voz dulce de buena mujer, con las pestañas húmedas de pobre chica, el bandolero le puso en el pecho el pedreñal y dijo que si no lo seguía la mataría. Elisabet pensó que se había acabado todo cuando, por culpa de las fiebres, no pudo avanzar más y se cayó desmayada. Entonces, en vez de pegarle un tiro, el hombre le dio vino de su calabaza y, entre la bebida y el susto, a Elisabet se le pasó el frío. Pero mientras andaba detrás del Clavell, a cada paso le pedía a la Virgen que por favor lo matara.

Era culpa de Elisabet. Decía él. Culpa de esa cara, de ese olor, de esa boca que bebía, de esas manos y de esos ojos y de ese pelo, que la quería con locura. Sin esperanza. Le había clavado una daga. Y le había dejado una herida en el corazón. Le aseguró que se habría casado con ella. Se habría casado con ella aunque hubiera tenido que ser un campesino pobre y un don nadie. Se había casado con una mujer necia, le contaba, pura queja toda ella. Se había casado sin

amor, porque era la heredera y tenía una casa que había resultado ser una masía yerma, hundida y maloliente, agarrada al suelo como una garrapata. Pero con Elisabet, con Elisabet, que no tenía nada, solo esa cara desvalida y esa boca y ese mirar, se habría casado enamorado. Le decía, «Si me hubieras conocido antes, cuando tenía una cuadrilla de más de setenta hombres, me habrías querido. Cuando tenía dineros y fautores y me paseaba por estos montes no como una rata, sino como un príncipe, me habrías querido sin remedio».

Elisabet intentó escaparse tres veces. La primera en la collada del Torn, durante la Pascua de Resurrección. El Clavell, al ver que había huido, mandó a los vaqueros a buscarla por aquellos andurriales diciéndoles que, si no la localizaban, los mataría a todos. Cuando la encontró le habló como a una niña. Le dijo que no podía irse sola. Que en el monte había fieras y hombres que eran peores que las fieras. Que una vez los de su cuadrilla habían encontrado a una viuda que iba con un cura por el camino real. La cogieron y la forzaron. Todos. Que en el bosque de Mansa, cerca de Taradell, habían encontrado a un grupo de mujeres solas y las habían atado a los árboles y las habían deshonrado muchas veces. Y que resistirse era peor. Que a una criada del Mas Costa de Vilalleons que se resistía mucho la maltrataron tanto que tuvieron que darle la extremaunción.

La segunda vez que se escapó fue en Collfred. El Clavell amenazó a los pastores de los contornos para que fueran a buscarla. Cuando un pastor la encontró y le dijo al bandolero dónde andaba, este le soltó a Elisabet una torta tan fuerte en el cuello que le salió un bulto como un huevo.

La tercera vez fue en Conflent. Se marchó sola, a pie, camino de Camprodon, porque nadie quería acompañarla, unos porque temían al Clavell, otros porque temían a la justicia. Y cuando la atrapó le dio tres golpes en la cabeza con una piedra, primero uno, después otro y al final otro, como si a fuerza de pedradas pudiera meterse en el único sitio cuya entrada no podía forzar. En esa cabeza burlona llena de músicos sentados, con las chirimías listas, y, para aquella ocasión, incluso dos violines, una viola y un violón, esperando para la fiesta.

Elisabet se dio cuenta enseguida de que andaban sin rumbo, buscando una cabaña de pastor cada tres o cuatro días. A veces de carboneros, pero de los carboneros el Clavell no se fiaba. Conocía a la mayoría de los pastores. Hombres que se llamaban lo Ros, o Sastre, Prats o Casasubirana, y que, cuando el Clavell se lo pedía, mataban una oveja para que se llevaran la carne al bosque. Si era viernes, solo comían pan. Avanzaban hasta que se les terminaban las vituallas y buscaban otra cabaña. A veces llamaban a la puerta de masías amigas. De día. Los invitaban a entrar y les ponían la mesa con pan, vino, huevos, sopas, panceta y coles, y les rellenaban las calabazas. Después

les llevaban pan, vino y longaniza al bosque, y los hijos o el heredero de la masía cenaban con ellos entre los árboles. Algunos se quedaban unos días y juntos buscaban un buen sitio en el camino real. Si venían arrieros, buhoneros u hombres a caballo, el Clavell mandaba a Elisabet retirarse y esconderse en un torrente. Cuando los desventurados llegaban al sitio donde los esperaban los salteadores, se oían gritos y disparos. Unas veces los dejaban huir, y otras los moribundos todavía estaban vivos cuando ella los miraba. Una sola vez le preguntó al Clavell qué había hecho uno de esos hombres, y el Clavell le respondió, «Ojo, no vayas a recibir tú también». Si querían que les dieran de comer en una casa aislada que no conocían, no llamaban a la puerta. Entraban en plena noche. Cogían provisiones de pan y vino mientras los amos se lamentaban y volvían a adentrarse en el bosque.

Cuando se le empezó a notar la barriga, el Clavell dijo que la culpa era de la montaña. Estaban al pie de las Agudes. Que el Montseny perturba a las preñadas. Él iba delante y ella detrás, pensando que se moriría de hambre. Y que sería un alivio. Porque así no tendría que verle la cara a ese niño plantado de una semilla malsana. Y que, muerto allí dentro, como si ya estuviera enterrado, formarían un buen estercolero. Y que en ese estercolero crecerían árboles. Robles, hayas y avellanos, lo que fuera menos un cerezo. A veces el Clavell exclamaba que el niño se llamaría Francesc, como él, porque su segundo hijo, al que ya había puesto Francesc, era un mocoso tan indigno de llevar ese nombre que todo el mundo lo llamaba Esteve. Otras veces lloraba y gritaba, «¡Lo quemaré, lo quemaré, quemaré el Montseny entero!». Y ella pensaba que tanto mejor, que lo quemara y así los encontrarían. Por eso la mandó a Sant Segimon. Porque decía que Elisabet estaba prendada de la montaña, que ya no comía ni hablaba y solo tenía ojos para el bosque. El Clavell conocía a los ermitaños y a los donados, que tenían todos las mismas uñas azules y la misma voz meliflua con la que una mañana le dijeron a Elisabet que se tenía que ir. «Tienes que irte.» Dijeron. «Han prendido al Clavell y lo han ajusticiado y no puedes quedarte.» Y los músicos solo pudieron hacer una fiesta pobretona y triste, porque Elisabet no sabía adonde ir ni dónde meterse, sola, en medio del bosque, con esa tripota que pesaba como un muerto y los pies hinchados, que se le abrían y echaban sangre negra de podredumbre.

Durmió encogida como una musaraña. Al cobijo de los árboles, pensando en qué bestia se la comería como a una perdiz rellena. Cuando abrió los ojos se había levantado niebla, pero Elisabet todavía no se había muerto. Estaba helada porque las faldas y la capa, empapadas, apenas le tapaban la barriga. El bosque era blanco y gris, y el aire parecía de plata. Entonces le llegó un olor a leña quemada,

que le pareció bueno, como si se pudiera comer. Se imaginó a unos carboneros trabajando y se levantó. La mañana era tan espesa que no se veía las manos. Echó a andar aferrándose a los árboles, que aparecían de repente como codos o brazos en los que apoyarse. Y no se dio cuenta de que no era humo de carboneros, sino de una chimenea, hasta que se encontró justo enfrente de la casa.

El macho y la cabra se separaron. Cada cual por su lado. Y Blanca, en lo alto de la carroza, se puso a cuatro patas. Sonreía, y se acercó a los tobillos de Elisabet. Le metió la cabeza por debajo de las faldas para olisquearla, y la acarició con la frente y con la nariz y con las mejillas. Elisabet, que estaba apoyada en un codo, se tumbó boca arriba. Entonces Blanca le arremangó la ropa tirando con la boca, hasta que Elisabet pudo abrir las piernas como una hondonada. Y de pronto aparecieron las manos de Blanca, que eran dos huronas, señoras de esos contornos, y Elisabet tuvo que dejar de pensar en lo que estaba pensando porque las huronas treparon hasta sus cimas y las acariciaron, bajaron a los valles y devoraron todo lo que encontraron. Ratones y topos y serpientes, ardillas y conejos y gorriones. Se los comían enteros. La piel, las plumas, los huesos y las entrañas. Elisabet gemía, pero aún tenían más hambre. Se subían y se bajaban de los árboles buscando huevos, y si Elisabet las atrapaba, si sorprendía a esas bestezuelas encarnizadas, las agarraba por el pescuezo, que eran las muñecas, muy fuerte, y las amorraba a los nidos para que se comieran todos los polluelos.

La puerta exterior de las cochiqueras tenía ruedas y era metálica. Se abrió con un chirrido y apareció Ángela. Era una mujer contrahecha, jorobada, más joven que Blanca, más vieja que Elisabet, de pelo amarillo, mandíbula desencajada, nariz deforme y piernas torcidas. Cojeaba. Miró a las dos mujeres en lo alto de la carroza, una encima de otra, y sin inmutarse les dijo:

—Quieren el cabrito. —Habló como si tuviera un estorbo o un huesecillo en la boca. Después se metió en el redil y se acercó a las bestias para coger al animal, que balaba.

Cuando Joana las vio llegar por detrás de la casa, Ángela cargada con el cabrito, seguida de Elisabet y Blanca, se arremangó. Y todo sucedió muy deprisa. Pusieron a la bestia en el suelo como una ofrenda. Hizo beee, beee. Las mujeres hicieron un corro. Joana, con el culo en la punta de la silla blanca, tumbó al animal en el suelo y le ató las patas con el cordel. Ángela, Elisabet y Blanca se agacharon y le pusieron las manos encima. Lo sujetaron. Se quedó quieto. Como si no supiera que las bestias pueden morir una mañana fresca rodeadas de manos de mujeres. Dolça le puso el cuezo de color rosa debajo de la barbilla. Joana cogió uno de los cuchillos afilados que estaban colocados en el suelo y le hizo un corte preciso en el pescuezo. Y el

cabrito soltó un sonido que a Angela le pareció de dolor, a Elisabet de miedo, a Dolça de gusto y a Blanca de sorpresa. A Joana no le pareció nada. El sonido de cuando te matan, con los ojos abiertos y la lengua fuera. El cuezo se llenó de sangre. Tan grana que casi era negra. El cabrito se estremeció. Blanca y Elisabet le sujetaron las patas. Ángela le tiró hacia arriba la carita, peluda y caliente.

—Se ha muerto —dijo, meditabunda y seria, porque uno solo se muere una vez.

Y Ángela, que era una mujer insensible, habría querido notar el dolor y gritar mucho al morir. Gemir con la lengua fuera y que le rechinaran los dientes, y temblar, y tener una herida grande, supurante y desgarrada, que sangrara mucho, y meter los dedos y hurgar y hurgar, y chillar y llorar, y entender las cosas que no había entendido y que tendría que haber entendido. Y coger de la mano a Martí el Tendre y decirle, «Ya lo entiendo, Martí».

Dolça apartó el cuezo de sangre. Joana tiró del animal hacia sí y le hizo un corte en una pata trasera. Metió el trozo de caña en el agujero que acababa de abrir y sopló. La piel del animal se infló. Entonces le dio la vuelta. Le hizo un corte vertical debajo de la boca y otros cortes en todas las patas. «Explícamelo», le pedía Ángela cuando se escondían. Martí el Tendre murmuraba, «Es como cuando pincha, como cuando corta, como cuando quema». Joana peló la pata del animal como si lo desvistiera. Cuando la dejó monda, indicó a Ángela que colgara el cabrito del gancho del árbol. Sin moverse de la silla, Joana limpió los cuchillos en el cuezo de agua, metió las manos, se las lavó y se las secó con el trapo de cerezas que llevaba a la espalda. Se levantó poco a poco apoyándose en las rodillas. Se acercó al animal colgado y, con dedos expertos, separó la piel de las membranas de grasa blanca de la carne, que era rosada, brillante y musculosa, amarilla en el vientre, morada en las patas. Cuando llegó a la cabeza, desvistió el cráneo. Los ojos castaños se quedaron solos, desorbitados, en medio de la grasa y del hueso de la calavera. Joana desechó la piel, peluda y seca por fuera, húmeda y grasienta por dentro. Martí le decía, «Como las cosquillas, como las caricias», estaban tumbados, «pero al revés». Tenían la misma edad porque habían nacido casi a la vez. Pero Ángela, que cuando le salieron los primeros dientes se había comido un cuarto de su propia lengua y se había roído los dedos hasta el hueso, por lo que Margarida había tenido que hacerle guantes, no lo entendía. Joana pasó el trapo de cerezas por la carne del animal, como si lo secara. Le hizo un corte por debajo de la cola, en dirección a la tripa. Le abrió el vientre lleno de órganos grises y azules, que se salieron. Les quitó las membranas que los sostenían. Era un revoltijo pegajoso, humeante y limpio, y lo dejó en el cuezo verde. Con las manos dentro del cabrito, tiró de los riñones, bien agarrados, cubiertos

de grasa, y los peló. Le abrió el pecho y sacó los pulmones y el corazón. «¿Me estás haciendo daño?», preguntaba Ángela. Con el cuchillo grande, Joana cortó la cabeza a la bestia. Martí el Tendre respondía, «Sí». Después partió el cuerpo del animal en dos. Y en cuartos. Pero Ángela no lo notaba. Martí le preguntaba, «¿Y aquí?». Pero no. Solo notaba el peso, la aspereza de los dedos de animalillo, el roce, la cadencia, la sangre alborotada, las manos de Martí sobre su cuerpo, la boca de Martí, muy cerca de las orejas, diciendo, «¿Y ahora?», diciendo, «¿Y aquí?», diciendo, «¿Y así?».

MEDIODÍA

Ahora que estoy muerta, me he dado tiempo para pensar…

JUAN RULFO,
Pedro Páramo

El sol trepó hasta la mitad del cielo, blanco y friolero, como si estuviera desnudo. El caminito rojo yacía como una serpiente frente a la casa, las hojas más altas recibían una caricia desfalleciente y la masía cerraba los ojos y levantaba la cara para que los rayos delicados le lamieran la fachada.

Blanca y Elisabet llevaron los trozos de cabrito a la cocina, Joana, la bolsa y los cuchillos. Dolça, la sangre. Ángela tiró el agua sucia del cuezo a unas matas y recogió el pellejo y las vísceras. Iban a hacer sosenga de cabrito, asaduras de cabrito, morteruelo de cabrito, tripas de cabrito y buñuelos de sangre de cabrito. Joana orquestaba el guirigay. Mandó que pelaran y cortaran ajo y cebolla. Que rapiñaran un trozo de panceta de la despensa. Que cogieran harina y huevos y los mezclaran con la sangre para hacer los buñuelos. Que sacaran peroles y un cazo de los armarios, y que llenaran el cazo de aceite, y los peroles de agua. Joana encendió ceremoniosamente las cuatro flores negras. Como si fuera magia. Les salieron pétalos de llamas azules. En uno de los peroles sumergieron una pata de cabrito, la cabeza partida por la mitad, con la lengua colgando, y un poco de la panceta robada. En otro remojaron el corazón, el bazo, los riñones, el hígado y los pulmones. En el tercero escaldaron las tripas. Cuando se calentó el aceite del cazo echaron cucharadas de la mezcla de sangre, huevos y harina, que salpicaron. Y Joana dijo:

—Érase una vez un joven pobre y una heredera rica que estaban enamorados. Los jóvenes querían casarse, pero los padres de ella no estaban dispuestos a consentir que su hija contrajera matrimonio con un muerto de hambre y le decían, «¡No vamos a dejar que te cases!».

La voz de Joana era profunda y ronca.

—Pero los enamorados siguieron viéndose a plena luz o a escondidas, y un anochecer, el joven, que volvía triste del encuentro,

se cruzó con una vieja, que le preguntó, «¿De dónde vienes tan alicaído, muchacho?». Él le respondió que venía de ver a su amada, pero que no podían casarse. «¿Por qué?», le preguntó la vieja. «Porque sus padres no quieren, no soy de su ralea.»

Las mujeres escuchaban mientras cortaban el resto del cabrito. Las patas, partidas. Las costillas, separadas. El pescuezo, a golpes.

—«¿Vosotros os queréis?», le preguntó la vieja. Y el mozo contestó, «No os lo podéis ni imaginar. Pero ¿de qué nos sirve querernos?». «¡Quién sabe! Yo tengo unas hierbas que a lo mejor te ayudan. ¿Verdad que cuando vas a verla los padres te invitan a beber algo? Pues toma, aquí tienes un manojito de esta hierba. La esparces arriba del todo de las escaleras y, cuando tus suegros vayan a la bodega a buscar el vino, procura que la pisen. Y toma, un manojito de esta otra hierba, que los curará llegado el momento.»

Cuando terminaron de hacer los buñuelos, las mujeres aprovecharon un poco del aceite para freír unos ajos y dorar los trozos de cabrito. Los dejaron a un lado y en ese mismo aceite sofrieron la cebolla. Machacaron aparte pan duro con vinagre, tomillo y romero. Lo mezclaron con agua de cocer las vísceras, dos huevos batidos, miel y canela, y lo pusieron todo al fuego. Después bañaron el cabrito.

—Llegó el sábado por la tarde y el mozo, más engalanado que nunca, se fue a buscar a su amada. La madre, cuando lo vio, lo llamó, «Muchacho, ¿te apetecería beber algo?». El joven aceptó y, mientras la mujer iba a por el porrón, los enamorados esparcieron las hierbas en lo alto de las escaleras. Y cuando la vieja bajó a la bodega las pisó de lleno. Pero ¡ay, hijas mías! En cuanto las pisó ¡le entró una gran pedorrera!

En la cocina, las mujeres se volvieron locas. Dolça se reía como una cabra. Elisabet, como un hurón. Ángela, como un jabalí. Joana, como una yegua. Y Blanca abría la boca como un ternero y golpeaba con las manos y los pies para meter bulla.

—La madre bajaba los peldaños parándose para dar tiempo a que salieran los pedos. ¡Menuda escandalera! Uno detrás de otro. Parecían truenos en un día de tormenta, ¡una olla de coles hirviendo! —Se desternillaban— ¡¿Y ahora qué harás?!, se decía la mujer, ¡qué cosas te pasan! ¿Cómo vas a salir de aquí? ¡No puedes salir así! Estaba tan despavorida que llamó a su marido. El padre acudió, pero, al bajar las escaleras, pisó la hierba, y, ¡ay!, hijas mías, también empezó a pedorrearse sin parar. Bajaba los escalones de dos en dos, pero se tiraba los pedos de tres en tres. Y cuando llegó a la bodega vio que su mujer estaba como él, no podía hablar de tanta flatulencia. Se abrazaron, y no se sabía cuál de los dos se cuescaba más. «¡Ay!, ¿cómo vamos a salir de aquí?», exclamaba ella, «¡Yo no salgo por nada del mundo!», decía él. «Pero ¿qué os pasa, por qué no subís?», preguntó la

hija desde la cocina. «¡Ay, Señor! ¡Dios nos asista!», se lamentaron desde la bodega. Los jóvenes bajaron con cuidado de no pisar las hierbas y se encontraron al padre y a la madre rojos como brasas de tanto tirarse pedos.

A las mujeres se les saltaban las lágrimas. La cocina se llenó del aroma delicioso, aceitoso, dulce y especiado de la cebolla, la canela, el vinagre, el aceite y la grasa.

—«Pero bueno, ¿qué pasa?», preguntó la moza. «¡Ay, Señor! ¡Que no nos aguantamos los pedos!», gritaron los padres. «¡Eso tiene solución!», exclamó el mozo, «tengo yo aquí una hierba que los para.» «¡Dánosla!», le suplicaron, pero el joven respondió que no se la daría si no los dejaban desposarse. Entonces los viejos aceptaron, el muchacho esparció la segunda hierba por el suelo para que sus suegros la pisaran y los enamorados pudieron casarse.

Las mujeres estallaron en carcajadas, gritos, chillidos y aplausos tan estruendosos y estridentes que llegaron al piso de arriba, donde Margarida rezongaba enfurruñada porque no había reposo en esa casa. Entre unas y otras. Entre la juerga impertinente de la cocina y el jaleo cargante que armaba Marta, que en toda la mañana no había dejado de poner en marcha y de parar cacharros que silbaban, que hacían piii, piii y daban vueltas y golpes. Ni de preguntar insistentemente a Bernadeta si quería salir, si quería bajar, si quería ir a ver a las cabras. Y es que desde hacía un rato la muy desvergonzada estaba sentada en el suelo como una infiel, con los ojos cerrados y las manos encima de las rodillas dobladas, respirando como si no supiera respirar. El espejito reposaba a sus pies, y los músicos que vivían allí dentro tocaban una música infernal. ¡Cómo se reían las mujeres, escandalosas y desabridas, el primer día que vieron a Marta sobre aquella alfombra, a cuatro patas y moviéndose como un gato! Culo fuera, culo dentro. Culo arriba, culo abajo. Abriendo las piernas de una forma que ninguna mujer debería abrirlas. Profiriendo sonidos heréticos, «Ooommm, ooommm, ooommm», e inspirando y espirando tan despacio que era desesperante. Margarida suspiró irritada, porque lo único que quería era rescatar el último día de las ruinas de la memoria. La despedida. La última vez que vio a su marido. Pero entre todas le hacían perder el hilo del pensamiento. La importunaban. Y era incapaz de distinguir, de separar la última visita de Francesc de otras visitas rezagadas, esporádicas y traslúcidas como las membranas de una cebolla.

Cuanto más iba y volvía, más tardaba. Y cuanto más numerosa la compañía, y más anillos, y más capas, y más perseguidores detrás, el alcalde de Osor y el de Rupit con sus cuadrillas, el duque de Feria y sus soldados, más hermoso era. Y cuanto más hermoso era, menos quería a Margarida. Y más vergonzosas, feas, antipáticas y necias le

parecían las mujeres de la casa. Y más triste y asfixiante le parecía la masía. Y más sucios los niños. Y más maloliente el zaguán, que le daba dolor de cabeza nada más poner un pie dentro. Miraba a Margarida con los ojos llenos de desdén. Y la comparaba. Ella sabía que la comparaba. Con otras mujerzuelas como garduñas. Algunas veces a Margarida aún le preocupaba pensar que Francesc, en el Cielo, tendría a su lado a alguna de las mujeres que había robado. Anastasia Colobrans o María Serradora, comadrejas ladronzuelas. Pero después se convencía de que no. ¡Qué narices! Que Dios no quiere a las mujeres que se acuestan con hombres que no son el suyo, que no las perdona. Como no había perdonado a Elisabet. Veneno amargo. Estercolero de vicios. Y eso que, cuando Elisabet se murió con la lengua fuera y meando sangre, a Margarida se le encogió tanto el corazón que no podía ni respirar. Porque fue la primera en morirse. La muy escurridiza. Hasta en eso tuvo que pasarle por delante. Y qué terror la pobre Margarida, solo de pensar que Elisabet y Francesc volverían a encontrarse. En la Gloria. Y que allá arriba los casaría Dios. Pero no tenía por qué preocuparse. No. Porque Dios no quiere saber nada de las malas mujeres. De las mujeres sucias. De las que son como animales. Contra natura. Las que se acuestan con el marido de otra y se quedan con lo que no es suyo. Porque Elisabet había seducido a Francesc como una araña. Se le había metido como ponzoña en los ojos, en la boca, en los oídos y en el corazón, y así, envenenado, ciego y sordo como lo tenía, le había estrangulado la memoria para que olvidara a sus hijos y a su mujer, y se lo había quedado para ella sola hasta hacerle perderlo todo. Hasta la suerte.

Al final se presentaba solo. Si se presentaba. Dejaba a los hombres en el bosque, cerca de la casa. Se sentaba a la mesa y miraba a los niños hasta que lloraban. Cogía a Bartomeu y le repetía muchas veces que, dijeran lo que dijeran, él era su padre. «Acuérdate, acuérdate de tu padre.» A Esteve no le hacia ni caso, pero el crío sollozaba de todas formas. Cuando se hacia de noche se arrastraba hasta la cama como un condenado. Se tumbaba encima de Margarida con los ojos cerrados y esa pija con cabeza de serpiente que, dijera lo que dijera su madre, no tenia nada que ver con comer setas. Lo único feo que el Señor había dado a Francesc. Y cuando terminaba se acurrucaba y murmuraba, «Dios me ha abandonado». Pero Dios no lo había abandonado. Dios, que permitió que desollaran a su hijo, que martirizaran al cordero. Dios lo había elegido. Dios se lo había llevado Consigo a la Gloria. Había cogido las manos robustas de Francesc y las había besado. Y le había cubierto de besos la boca de perla. Las manos, perdonadas. Los labios, perdonados. Y diez besos más. Uno por cada dedo. Perdonados. Dios llenando de besos la piel elástica y morena de Francesc. Perdonados los brazos y la frente y el cuello.

Porque Dios lo tenía a su lado. Margarida lo sabía. Porque el camino solo se ve con el martirio. Como el cordero. Solo con arrepentimiento. Solo con los costados abiertos y dos agujeros sanguinolentos allí donde tendrían que estar las orejas.

Lo que había abandonado Dios era la casa. Y a las mujeres que vivían en ella, apretujadas como cochinillas, las había desamparado. Como había desamparado a los niños que nacieron durante el suplicio. Porque, mientras duró el tormento, la pasión de Cristo, los pies deshechos del Mesías subiendo al monte Calvario, su espalda desollada cargando con la cruz, el pelo largo goteando sangre y sudor, Dios solo miró a su hijo, solo amó al hijo, y solo lloró por el cordero. No estuvo pendiente de nadie más. Y todos los hombres y mujeres que nacieron durante el calvario se quedaron en la parte mala. Hechizados. Olvidados. Para siempre. Descuidados, arrinconados, condenados. Y lo que ha sido castigado no muere jamás.

Y fue de tan abandonadas como Dios las tenía que, un mediodía infausto, Margarida se encontró con el principio de todos los males, el que va más ligero por la montaña que tú por el llano, en el huerto. Robando nabos. Las cimas se habían levantado cubiertas de las primeras nieves, y los árboles crujían. El cielo se había encapotado por la mañana y había granizado una pedrisca mezclada con nieve, y después solo nieve, y luego nevaba y lucía el sol a la vez. Margarida ya había pensado que ese tiempo solo podía ser cosa del demonio, pero de todos modos la pilló desprevenida. La nieve olía a limpio y la pobre mujer no percibió el olor del adversario. Creyó que era de la cuadrilla de Francesc. Iba vestido de hombre. Feo y esmirriado, todo nariz, orejas y boca. Horadaba la nieve vilmente, con las manos rojas. Margarida lo llamó, «¡Eh, tú!», lo sobresaltó, «¿Dónde está el Clavell?». Primero el ladronzuelo puso cara de sorpresa, después de complacencia. Con una voz sencilla, clara, dijo, «El Clavell no volverá, porque la persecución es cada vez más enconada y ya han muerto la mayoría de sus hombres». Cogió un nabo redondo como un puño y añadió, «Y porque ahora tiene otra mujer». A Margarida se le revolvió el pecho como un nido de víboras y le llegó una vaharada de partes bajas, de pies, de putrefacción, de decadencia y de cabra. Que Dios la perdone. Que Dios la perdone porque, en vez de santiguarse, en vez de tirarle piedras, puñados de nieve helada, en vez de perseguirlo como a un perro, de llamarlo a voces, «¡Asesino cobarde, alimaña traidora, buitre!, ¡gavilán!, ¡enemigo!, ¡ladrón!, ¡fuera!, ¡fuera!», y de abrir el corazón al Señor, a la Virgen y a los ángeles suplicando que la salvaran, lo escuchó. «Por cada nabo que me des te diré una cosa que quieras saber.» Se llamaba Elisabet, la mujer que lo acompañaba. El maligno arrancó un tubérculo. Era una mujer de buena estatura, bien parecida, de cara blanca y vida turbia. Iba a Núria a escondidas para

casarse con un mozo molinero, pero entre Sant Joan de les Abadesses y Ribes de Freser lo cambió por el Clavell. Margarida repetía para sí, el que tenga sed aquí tiene agua, agua del corazón de Jesús, que es un pozo de agua clara del que, cuanta más agua se saca, más da, y más pura y más cristalina. Pero cuando el Clavell quiso devolvérsela a los suyos, Elisabet no consintió en alejarse, y, según las malas lenguas, juró que se mataría si Francesc la apartaba de su lado. La bestia negra formaba un cesto con los brazos para cargar todos esos nabos.

Tal como predijo el demonio, Francesc no volvió. Y cuando los hombres del virrey descuajaron las puertas de la masía y preguntaron, «¿Dónde está el Clavell? ¿Dónde lo habéis escondido?», Margarida respondió, «No lo sé», que era la verdad. Sacaron a los niños, la suegra, la cuñada corta de entendederas y la mujer del bandolero a la era y los obligaron a mirar cómo quemaban el pajar y el granero, cómo echaban sal en el huerto y en los campos, cómo cortaban las encinas y anillaban los robles y los castaños, cómo degollaban al ganado y entraban en la masía con antorchas y a caballo para que el Clavell no pudiera volver a refugiarse en aquella casa.

Margarida se lo dijo, «el Clavell tiene otra mujer». Pero le había crecido el vientre desde la última visita de Francesc. Le respondieron, «Tú eres la madre de sus hijos». La prendieron. Y Margarida suplicó que, por favor, la mataran deprisa. En vez de eso, la ataron detrás de un caballo y la arrastraron por un camino bordeado de garras que no se acababa nunca. Y entonces la oyó. Inconfundible como un trueno en el fondo de los oídos. La voz de Dios Nuestro Señor, que le decía, «Huye de mí, maldita». El clamor horrible salía de entre las ancas de la montura, «Entra en el fuego del infierno, que lo han preparado el demonio y sus ministros. Adéntrate en las tinieblas con la serpiente que no descansa». Y, mientras subían montañas de estiércol y de fuego y bajaban a valles de brasas donde el viento bramaba y los árboles rechinaban cargados de urracas y cuervos, la voz incesante la fustigaba, «Yo te cincelé y tú te hiciste sierva de otro», tan ensordecedora que la mujer era incapaz de separar las palabras, «Aléjate de mí, endemoniada, que yo te di oídos y tú escuchaste a otro». Margarida, aterrorizada, miraba al culo del caballo y negaba con la cabeza, «Te di boca y confabulaste con otro», tropezaba, pero el estrépito continuaba, «Te di ojos y miraste las tinieblas».

Entonces la muy desgraciada se dio cuenta de que no eran hombres del virrey quienes se la llevaban. Eran demonios. Observó los márgenes de esa vía horripilante y vio una procesión de animales despellejados abandonados al sol. Regueros de sangre y vísceras fétidas que regaban hileras de huertos plantados en tierra putrefacta. Distinguió el mar, hecho de aguas infectas y de sangre. Y las murallas del infierno, de fuego y piedra, flanqueadas por legiones de demonios

deformes provistos de toda clase de armas. Fuelles, calderas, sartenes, cuchillos, parrillas, hachas, pinchos y escardillos. Los oía reírse, y desde lo alto de los muros y de las atalayas gritaban, «¡Atadla!, atadla, pero ¡no le atéis las manos, atadle el corazón!», mientras las puertas, que eran bocas encendidas, se la tragaban. En el infierno había cien mil torres y calles y hornos y pozos de ojos flamígeros, en los que las almas proscritas eran decapitadas y descuartizadas, agujereadas y asadas, salteadas y azotadas, digeridas y aun vomitadas, cabalgadas y colgadas de la lengua y de los genitales, deshechas como grasa en grandes sartenes, manipuladas con tenazas al rojo vivo y moldeadas en formas horribles. Aquellos demonios metieron a Margarida en una garganta dentada y siniestra, y la arrastraron por pasillos llenos de nichos y escaleras de duras aristas que olían a carne pasada y a estiércol. Se oían gritos por todas partes. Estruendo de cadenas. Voces que proferían toda clase de blasfemias y de palabras impuras. Unas se maldecían la lengua, los ojos, las manos, otras maldecían a sus padres, sus circunstancias, el momento en que se las había condenado. Gemían, se quejaban del martirio, y decían, «¿De dónde habéis sacado eso, malditas manos? ¡Me equivoqué, me perdí!».

Los soldados del virrey encerraron a Margarida en la cárcel del Veguer. En una celda con media docena de almas condenadas más y puñados de ratas. El sol salía y no lo veían. Se ponía y no lo veían. Porque a las reclusas nunca se las llevaban de allí. El patio y la ventana con reja eran solo para los hombres. El vientre de Margarida terminó de crecer a oscuras, como las cosas podridas, que se inflan y se llenan de jugo y de moscas. Pedía de rodillas a Dios Nuestro Señor que la perdonara. Que fuera a buscarlos. A ella y al niño que llevaba dentro. Que le acortase el sufrimiento. Que no le pusiera en el plato más de lo que podía comer. Pero, como si fuera una mentirosa, como si fuera una engañosa y fueran falsos los ruegos y las súplicas, parió como un animal. De noche y en silencio. Cubierta de sudor, chorreando tanta sangre y suciedad que ni se veían. Y cuando se dieron cuenta las otras presas, todas rameras, alcahuetas y hechiceras, todas deformes y monstruosas de tanto hedor y tanta oscuridad y tantas maldades cometidas, todas asesinas de sus propios hijos y de sus propios padres y de sus maridos, la ayudaron. Decían, «Ea», y le tocaban el vientre y le daban la mano y le apartaban el pelo de la cara. Y abierta, con el culo al aire y el niño a medio camino, en cuclillas, meándose y cagándose, Margarida lo pidió a gritos. Ciega. Por favor, por favor, que atraparan a Francesc y lo mataran con crudeza, poco a poco, para que tuviera tiempo de acordarse de ella. Y que también prendieran y mataran de la misma forma cruda y lenta a la comadreja que lo seguía. El niño salió cubierto de los líquidos oscuros que manan de dentro de las mujeres. Cuando el carcelero oyó

el llanto, abrió la puerta de la celda. Entró un rayo de luz, y una de las mujeres que velaban a Margarida mientras expulsaba el saco dijo, «Este crío tiene cara de raposo». El carcelero volvió a cerrar y Margarida se quedó muy quieta, y esperó a que el niño se muriera, sin ponerle nombre, para que no diera pena cuando las ratas le comieran los dedos.

Cuando le preguntaban a Elisabet cómo había sido, cómo habían cogido al Clavell, se encogía de hombros. Margarida se los imaginaba del brazo. Elisabet relucía. No se le notaba solo en el vientre que estaba embarazada, también en los ojos, en la gracia. Habían llamado a la puerta de una casa amiga. La viuda Saavedra o la madre de Bou. Los hijos de la mujer bajaron a abrir, Francesc entró, Elisabet se quedó fuera y, un rato después, una de las hijas le sacó de comer. Después se despidieron entre lágrimas y Francesc la abrazó y le dijo, «Elisabet, ama, amiga, mujer, compañera». Un mozo llevó a Elisabet a Sant Segimon, y Francesc se quedó en aquella masía, en la que algunos de sus hombres lo venderían a cambio de salvar el pellejo. Le dispararían por la espalda, lo atarían y se lo entregarían al somatén. Y un médico de Santa Coloma de Farners lo curaría y lo mantendría con vida para entregárselo a los hombres del virrey.

Lo llevaron a los calabozos del corregidor y el populacho le hizo una canción. Lloran las mocitas, lloran de pena, porque el Clavell cumple condena. Pero a Margarida no le dejaron ver a Francesc. Como si ya no fueran marido y mujer y las leyes de Dios no valieran. Como si Margarida estuviera en ese calabozo por su cuenta. Y cuando pusieron por escrito todo lo que Francesc confesó después de invocar a la Virgen de Montserrat para que dejaran de torturarlo, y todo lo que no confesó pero que les convenía que dijera, lo condenaron por bandolero, por jefe de cuadrilla, por ladrón, asaltador de caminos y asesino. Y lo sentenciaron a cien azotes, a ser desorejado, paseado en carretón, atenazado y partido en cuatro.

Lo montaron en un burro y lo azotaron en la plaça del Blat, en el carrer de la Boria, en la plaça de la Llana, en el carrer Calderers, en la placeta de Marcús, en el carrer y en la plaça de Monteada, detrás del Palau de la Reina, en el carrer del Encants, en el carrer Ample, en el carrer Regomir, en el carrer de la Ciutat, en la plaça de Sant Jaume. Cien veces. La espalda abierta como un cerdo desollado el día de la matanza. Le buscaron las orejas entre la maraña de pelo, se las encontraron, como dos caracoles, y se las cortaron. La sangre corrió a borbotones por el cuello y los hombros. Trajeron unas tenazas al rojo vivo y le arrancaron la carne de los costados, como pájaros picoteando su cadáver. Pero todavía no estaba muerto. Y gritaba, y gritaba, sin vergüenza de gritar, mientras la gente que miraba la ejecución en la calle y desde todas las ventanas y todos los balcones se relamía,

porque la grasa en contacto con el hierro candente olía a panceta. Entonces perdió el conocimiento. Cubierto de arriba abajo de sangre roja, grana y negra, y lo único que no notó fue como, entre cuatro caballos, le abrían el pecho en cuatro partes. Después lo pasearon. A trozos. Por las calles de la ciudad. Cuando pasaban las manos, solas, cada una por su lado, que nunca habían estado tan solas, los enfermos, los heridos, los cojos, los niños maltrechos se acariciaban las llagas, los bultos, los muñones y la cabeza con los dedos de uñas moradas del Clavell, para que se llevara al infierno sus males, sus enfermedades, sus dolencias. Cuando pasaban los pies, solos, cada uno por su lado, que nunca habían estado tan solos, los niños desdentados les daban patadas y les echaban escupitajos. Cuando pasaba la cabeza, la gente le arrancaba pelo para hacer reliquias. Y cuando lo dejaron calvo, lo metieron en una jaula y lo colgaron de una torre del portal de Sant Antoni, con los ojos abiertos para que viera lo que ya no tenía que ver. *Anima eius requiescat in pace. Amen.*

Entonces Marta le dijo a Bernadeta que le había subido la comida, pero que si quería comer saliera de la cama y se sentara a la mesa de la sala. La casa se llenó de un olor húmedo, caliente, recalentado, de verduras y huesos de pollo remojados. Margarida, que seguía dando vueltas a los pulgares, paró y se agarró los codos con las manos. Marta ayudó a Bernadeta a levantarse de la cama. Le había llevado un vaso de agua, un plato de sopa, una servilleta y una cuchara. La sala era una estancia espaciosa, cuadrada, con un cortejador y un balconcillo falso, de un palmo. Las paredes eran blancas, las vigas, oscuras y carcomidas, y el suelo, de baldosas de color tostado. Había una mesa maciza rodeada de sillas en las que nunca se sentaba nadie a comer. Solo Bernadeta, los días que no quería bajar. La vieja se sentó y tosió. Una tos pequeña. Suspiró. Arrimó la nariz al plato, cogió la cuchara muy poco a poco, con las manos venosas, de cristal, llenas de manchas, y la sumergió. Se la llevó a la boca entreabierta. Estiró los labios y sorbió. Concentrada. Respiró y hundió la cuchara otra vez. La sacó, metódica. Perdía la mitad del caldo por el camino y tragaba. Marta le preguntó si la sopa estaba rica y Bernadeta soltó un ruido ronco que quería decir que sí. Entonces Marta añadió que Alexandra pasaría en algún momento, después de comer, a buscar ropa. Y que Rosa se quedaría con ella, como todas las tardes, pero que hoy traería a sus hijos, porque David, su marido, había tenido un accidente con el camión. Bernadeta sorbía, bebía el poco líquido que le llegaba y respiraba. Los niños estarían en la cocina haciendo los deberes, dijo Marta. Y le contó que el marido de Rosa no se había hecho ni un rasguño, pero el camión de cerdos que llevaba al matadero había volcado y se habían muerto muchos cerdos. Unos por el susto y otros porque no podían respirar, apelotonados, y además algunos se habían

escapado corriendo monte adentro y todavía los andaban buscando. David iba a hablar con los del seguro, por eso los niños no tenían con quién quedarse. Bernadeta no la escuchaba.

En la cocina, las mujeres sacaron la pata de cabrito, la cabeza partida y el trocito de panceta del perol hirviendo y separaron la carne de los huesos. La lengua de la boca. Los sesos del cráneo. Lo cortaron todo muy pequeño y lo devolvieron al fuego, con su jugo, pan duro, leche, pimienta y huevos. Había dos moscas en la ventana. Se perseguían. Se posaban en la pared, luego en la mesa, luego en la encimera. Eran dos puntos negros, con el culo dorado y las alas grises, que zumbaban. Se lamían las patas peludas y después se las frotaban. La primera mosca abrió las alas de par en par, pero no voló. La segunda se acercó. Al principio tentativa, después cada vez más cerca. Hasta que se montó encima y se quedaron así, encaramadas. Las dos con los ojos inmensos y las alas quietas. Delicadas y disimuladas. Como si no se tocaran. Pero sí que se tocaban. Como si no se restregaran. Pero sí que se restregaban. Blanca las miraba.

Margarida le decía, «¡Cochina, más que cochina!» y «Desviada» y «¡No mires, no mires!», porque Blanca miraba. Miraba a los cerdos, que eran calientes, peludos y pesados, y tenían el morro hosco y mojado, y los ojos pequeños y brillantes. Olisqueaban y comían. Hozaban en la tierra de la cochiquera como si tal cosa y después se rascaban. La cabeza del verraco debajo de la barriga de la cerda. El cogote del cerdo debajo de la papada de la puerca. Y entonces se ponían en fila y el cerdo le lamía el culo, debajo del rabo. La cerda tenía el pescuezo robusto, las ancas duras y la grieta mojada, protuberante, que supuraba. El verraco tenía la espalda chepuda, los lomos inmensos, y eso que cuelga rosado y delgado, enroscado como un gusano. Y trepaba, torpe, pero no acertaba. La hendidura de la cerda lo esperaba. Gruñían. La puerca, quieta, con las cuatro patas en el suelo. El cerdo, erguido, apoyado en ella como si estuviera muy cansado, como si hiciera siglos que retozaban. Y entonces acertaba y daban empujones cortos y seguidos, hasta que Margarida gritaba, «¡Cochina, cochina, desviada!». Pero, aunque Margarida la regañara, Blanca miraba. La gata se estiraba toda y gemía, con el culo en pompa y el rabo apartado. El gato, a cierta distancia, la observaba y de repente se acercaba, le mordía el cogote y la agarraba. La sujetaba contra el suelo y la gata maullaba. Movía las patas, aplastada. Después se quedaban quietos, tensos, huraños y concentrados, el uno encima de la otra. Apretándose, rozándose. El gato le mordisqueaba las orejas. Hasta que de repente se desenganchaban. Corrían, bufaban y se arañaban.

Una vez los hombres del virrey hubieron quemado la masía y se hubieron llevado a Margarida, nadie riñó a Blanca, porque Joana solo

se reía y Bartomeu y Esteve solo lloraban. Y lo único que se oía dentro de la casa negra y medio en ruinas eran las carcajadas de la una, los sollozos de los otros y el runrún de las tripas muertas de hambre. Blanca no hacía ruido para no espantar a los animales que miraba. Los corzos tenían las patas delgadas, la cabeza pequeña, los ojos negros, el culo blanco. Primero se perseguían y después se quedaban quietos. El macho se ponía al lado de la hembra y le olisqueaba el culo y el pliegue. La lamía, con una lengua de color rosa claro, y andaban un poco más. Hasta que el macho la montaba por detrás como si no pesara, pero la hembra lo tiraba. Andaban. Y vuelta. Y la lamía. Y la montaba otra vez, y ella daba unos pasos, y él se caía, y la lamía, y la montaba, y se bajaba, y así terminaban. Las raposas hacían tic-tic-tic con las patas veloces. Se buscaban agachando el cuerpo y arrastrando la cola. Jugaban. Se acercaban y se alejaban, se acercaban y se alejaban. La hembra se frotaba el pescuezo blanco contra la tierra, coquetona, se sacudía, ponía el culo cerca del hocico del macho, que soltaba un grito agudo y la montaba. Excitado. Movían las caderas con frenesí, bajando las orejas, con los ojos amarillos y redondos y la boca abierta. Y cuando terminaban querían separarse, pero no se separaban. ¡No podían! Estaban atrapadas. Y daban volteretas torpes, unas veces quietas, otras, atolondradas, olisqueando la tierra, arañándola, enganchadas por las vergüenzas, intentando irse cada una por un lado. Las liebres se perseguían. Y de pronto daban media vuelta. Se levantaban, se ponían frente a frente, se golpeaban con las patas delanteras, zis, zas, zis, zas, y parecía que no se querían, pero sí, se querían, porque de repente una clavaba la cabeza debajo del pescuezo de la otra, la cara en el vientre blando de la otra, y una posaba la panza plana en el suelo y levantaba el culo, airoso, y la otra le empujaba por la espalda, las cuatro orejas erguidas, y titilaban con delirio.

Un hombre del Clavell fue a la casa a avisarlas. Pero cuando vio la masía derruida, los campos y los árboles devastados, gritó, «¡Malditos! ¡Víboras! ¡Desgraciados!». Se metió en el zaguán derribado sin dejar de chillar, «¡Malditos! ¡Víboras! ¡Desgraciados!». Y solo dejó de vocear al encontrarse a Blanca, Joana y los niños encogidos y erizados en la cocina como gatos. Dijo que se llamaba Miquel Paracolls, que era de Malla y que había ido a decirles que ya estaba. Que habían ajusticiado al Clavell. Joana se rió como un asno. Estaba sentada en su escaño, lo único que no habían destrozado los hombres del virrey, y Miquel Paracolls de Malla la miró, sobresaltado. La vieja yacía en un charco de sus propios orines, tenía las faldas negras de moscas, el cojín de esparto podrido, y una mejilla, un ojo y la mitad de la boca colgando, porque del susto, al ver la casa ardiendo y al oír los gritos de Margarida cuando se la llevaban, a Joana le había dado un aire. No

podía mover el brazo derecho, ni la pierna derecha, y casi no hablaba, solo se reía de vez en cuando como si los hombres del virrey se le hubieran metido también en la cabeza, con antorchas y a caballo. Blanca dio sopa de ortigas a Miquel Paracolls y el hombre se la comió con avidez, sin cuchara, y en el suelo, porque no quedaba ninguna silla útil. Tenía la cabeza pequeña, el pelo como paja, las encías rojas y los dientes blancos. Y Blanca pensó que parecía un perro. Cuando terminó de comer, el hombre se echó a llorar. Con la frente arrugada y la boca torcida, abría un agujerito entre los labios por el que salía una voz rasposa que decía que las tropas del virrey habían descuajado las puertas de las masías amigas, de las casas de los fautores, de los que le eran amigos y los que no. Que en Roda de Ter habían dado muerte a la mitad de los hombres, acusados de haber escondido al Clavell. Nadie más había querido ir hasta la masía a ver si las mujeres y los niños estaban vivos, ni si la casa seguía en pie, porque todos habían muerto o estaban muertos de miedo, que era lo mismo. Pero eran dos cosas distintas. La voz y el hombre. El perro y lo que decía. «Me ofendí», gemía, «se murió mi padre y me ofendí con un vecino nuestro que se llamaba Antoni Maneja. Porque mi padre le debía grano a ese tal Maneja y, cuando el viejo se murió, el muy desgraciado nos quitó todo el grano que quiso.» Sollozaba. Se acercó a Blanca a cuatro patas y le contó que después había ido a buscar al Clavell y le había pedido que matara a Maneja. Le dispararon dos tiros. Uno detrás de otro. En la puerta de su casa. Después le quemaron la masía y los establos. Tenía la lengua mojada y el morro lleno de mocos. Goteaba babas y lágrimas. Blanca le cogió la cabeza y le metió un dedo en el agujero por el que salían las palabras. Los labios estaban resecos. La carne de atrás estaba caliente y mojada. El hilillo de voz llorona y penosa se paró. Le acarició las encías, que eran suaves y resbaladizas. Los dientes de perro pinchaban. Los niños y Joana fingían dormir. Blanca introdujo otro dedo. La lengua se movía sola. Miquel Paracolls se los lamía como un cachorro. Meneando la cola. Cerraba los ojos y se los chupaba. La lengua tibia se inmiscuía entre el pulgar y el índice, entre el anular y el corazón, y entonces Blanca se remangó. Se lo metió debajo de las faldas, para que la olisqueara, como a una perra. Le plantó las ancas en la cara para que le besara el culo, primero con suavidad, con una lengua delicada, después deprisa, con una lengua impetuosa. Porque Blanca quería que ese hombre se le arrimara a la espalda, con la pija sonrosada, pequeña pero dura, como se arrimaban los perros a la espalda de las perras con sus pijas sonrosadas, sacando la lengua sedienta. Miquel Paracolls de Malla aullaba. Los muslos chocaban, impacientes, los golpes eran desenfrenados, la perra quería más, y el traqueteo era tan fuerte que las piernas les temblaban.

Se abrió la puerta de la cocina y entró Marta. La empujó con el

culo porque llevaba en las manos la bandeja vacía de la comida de Bernadeta. Las mujeres pescaron el corazón, el bazo, el hígado, los riñones y los pulmones de otro perol y los cortaron en tiras. Marta dejó las cosas en la encimera. Se metió en la despensa. Salió con un plato tapado con una membrana transparente y lo colocó en la urna de cristal. Las mujeres frieron el corazón, el bazo, el hígado, los riñones y los pulmones, y añadieron cebolla cruda y un poco del caldo de cocerlos, pan duro y más vinagre y hierbas, muchas hierbas. Cortaron las tripas también a tiras, y volvieron a cocerlas. Cuando sonó la campanilla, Marta arrancó la membrana del plato y lo cogió con la punta de los dedos porque quemaba. Lo llevó a la mesa, llenó un vaso de agua y se sentó. Se puso los anteojos de concha en la nariz y sacó el espejito. Lo acarició y lo apoyó en el vaso, y de repente los músicos que vivían allí dentro tocaron una canción alegre, y el espejito le enseñó en primer lugar unos paisajes extravagantes, y después a unos hombrecitos pequeños que también se sentaron alrededor de una mesa de cuadros verdes y blancos, cubierta de fuentes, escudillas, sartenes, copas, vasos y platos llenos de comida. Blanca se inclinó por detrás de Marta para verlos. Eran enanos barrigudos, de pelo oscuro y corto, algunos calvos, que llevaban cadenas de oro alrededor del cuello y anillos en los dedos. Marta dio el primer mordisco, se quejó y resopló. Bebió agua. Las dos moscas frioleras zumbaron y volaron de la ventana a su plato. Movió una mano para espantarlas. Los hombrecitos de dentro del espejito hablaban. Removían la comida con tenedores y cucharas. De un lado a otro. Decían bla, bla, bla, se llevaban el cubierto a la boca y masticaban sin dejar de hablar.

Cuando Margarida volvió a la masía regañó a Blanca como si no se hubiera ido. Le dijo, «¡Cochina, cochina!», y «¡Animal!», porque las mujeres y los niños habían vivido, dormido, meado y cagado en la cocina todo ese tiempo. «¡Como animales, como alimañas, como salvajinas!» Margarida llegó con los ojos hervidos como huevos, con un hijo circunspecto y sin nombre en brazos y un permiso del virrey para rehacer la casa. Dijo, «¡Basta, se acabó!». Y todo el mundo obedeció. Señaló las vigas, las paredes negras, la chimenea, los cascotes, lo que quedaba de las escaleras, las camas desvencijadas, las malas hierbas que crecían dentro de la casa, las moscas, los bichos, las mondas, la ceniza, el cojín podrido de esparto. Y Blanca, Bartomeu y Esteve, siguiendo sus órdenes, limpiaron y repararon los destrozos. Hasta ese crío taciturno y serio, que todavía no andaba y al que Margarida llamaba Guilla, «raposo», hacía lo que le mandaban. Si su madre le decía, «No te muevas», no se movía. «No llores», no lloraba. La única que no obedecía era Joana. Solo se reía. Margarida le tapaba la boca, decía, «Ea», porque no quería que nadie que anduviera por

allí cerca la oyera y las descubriera, y la amenazaba con amordazarla si no se callaba. De vez en cuando, Margarida miraba el vientre de Blanca, que se le había hinchado, y, compungida, le preguntaba, «¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho? Malos. Malos. Pobrecita, pobre Blanca». Blanca se encogía de hombros, pero Margarida, que no esperaba respuesta, proclamaba que en aquella casa no entrarían más hombres. Pasaba lista, «¡Ni ladrones, ni arrieros, ni hombres del virrey, ni bandidos, ni mozos, ni maestros loberos, ni soldados, ni pretendientes, ni segundones, ni jornaleros, ni buhoneros, ni viajantes honrados, ni vendedores, ni marchantes, ni carboneros, ni desechos de guerra, ni transeúntes! Basta. Ni uno. Se acabó». Lo decía con tanta vehemencia, tan enfadada, tan imperiosa e imperativa, que la casa también la obedeció. Se encogió dos palmos para esconderse y que no la encontraran. Y entonces, cuando Blanca y los niños escardaban y cavaban en el huerto, Margarida se giraba y gritaba a los avellanos, a los abedules, a los robles, a las encinas, a las zarzas y a las malvas para que se tragaran los barbechos, los bancales, las hazas, los holladeros, los senderos. Todo menos aquel pedazo de casa y aquel poquito de huerto. Y por la noche oían a los árboles que, obedientes, crepitaban y las abrazaban, se comían los caminos y los atajos, se espesaban, se apretaban y se enredaban unos con otros dándose la mano. En la madrugada, los valles y las cuestas crujían, cobijándolas. Los barrancos y las hondonadas crepitaban. Las fuentes y los torrentes se multiplicaban. La niebla se levantaba cuchicheando una mañana sí y otra también, y las envolvía con tanto esmero que a menudo el sol se ponía y todavía no había escampado. Entre todos las ocultaron y las emboscaron con tanta avidez que aquella masía caída en desgracia no solo cayó también rápidamente en el olvido del resto de los escasos pobladores de esas montañas, sino que, por estar tan escondida, hasta el paso del tiempo acabó por olvidarla, y los años la dejaron atrás, y dejaron atrás a las mujeres que la habitaban. Y así, durante mucho tiempo, todos los acontecimientos del mundo que se quieran citar sucedieron, ignorantes e ignorados por aquella masía recóndita.

Dentro del espejito de Marta, un enano se enfadó. Gritando, señaló al hombrecillo que estaba a su lado. Los otros señores pequeñitos dijeron eee y ooo y se separaron de la mesa. Levantaron las manos. El enano colérico profirió amenazas, pero poco después lo convencieron para hacer las paces y siguió engullendo y rezongando. Cuando terminaron de comer llegaron unas mujeres diminutas y desnudas, y bailaron. Los hombrecillos las miraban con ojos y dientes brillantes. Más tarde llegaron más señores pequeños de cejas negras y dedos gordos, pero Marta tocó el espejito y los enanos se quedaron quietos. Con cara de enfado. Marta retiró el vaso y el plato vacío. Los amontonó en el fregadero y se fue de la cocina. Escaleras arriba se

oyeron sus pasos, que luego se detuvieron en la habitación de Bernadeta, cruzaron la sala, entraron en el baño y volvieron a bajar las escaleras. Silbaba. Cada día a esa hora Marta abandonaba la masía. Se abrigó para salir. Subió al carro sin caballos y se fue.

Las moscas volvieron a posarse en la encimera. Ya no se subían la una encima de la otra, sino que lamían las salpicaduras. Elisabet y Blanca colaron las tripas. Las escurrieron y las frieron con cebolla picada, perejil y vino. Y Blanca pensó que cuando Margarida había dicho que en esa casa nunca volverían a entrar ni ladrones, ni arrieros, ni hombres del virrey, ni bandidos, ni mozos, ni maestros loberos, ni soldados, ni pretendientes, ni segundones, ni jornaleros, ni buhoneros, ni viajantes honrados, ni vendedores, ni marchantes, ni carboneros, ni desechos de guerra, ni transeúntes, no había dicho nada de no dejar entrar garduñas, ni mujeres sucias, ni ginetas, ni comadrejas, ni rameras, ni busconas, ni sentinas de vicio, ni puertas por las que se cuela el demonio en los hombres y los convierte en grandes pecadores. Y por eso, aunque Margarida dijera a voces, «¡No, no, no! ¡Que para en el bosque, que las raposas le coman el crío!», cuando Blanca vio a Elisabet en la era como un animalillo extraviado en medio de la niebla, la agarró de la mano y la metió en la casa. Tenía los dedos helados, y el vientre más protuberante y grueso que el que cargaba ella misma. Parecían un espejo. Y desde aquel día, Blanca y Elisabet se habían querido. De todas las maneras en que se podía querer. Como los corzos. Con delicadeza. Como las gallinas. Encogidas. Como los patos, con fuerza bruta. Como las cabras, impacientes. Como las liebres, juguetonas. Como los perros, sedientas. Como las moscas, disimuladas. Como los gatos, despiadadas. Como las raposas, coquetas. Como los cerdos, como si hiciera siglos que retozaran.

TARDE

En hitt veit eg eigi hvaðan þjófsaugu eru
komin í ættir vorar.

Brennu-Njáls saga[2]

El cielo se encapotó. Llegaron primero brumas claras, deshilachadas, rápidas, volando bajo. Después cúmulos oscuros y cargados, que arrastraban ráfagas y remolinos, pájaros devoradores de insectos e insectos acorralados. Las hojas secas y las ramitas revoloteaban a ras de tierra como si quisieran escaparse. Un pesado capirote cubría los picos. Y, mientras las nubes se apretaban por encima de la masía como un rebaño recogido, el sol metía unos dedos delgados y anaranjados entre los huecos y, cada vez que las nubes se los cortaban, los árboles se estremecían de repente, como si los hubieran empujado. La casa, resignada e impasible, daba la espalda a la negrura que se congregaba en el tejado como si la olisqueara.

En la cocina, las ollas y los peroles hervían suavemente. El jugo de la sosenga era dorado y aceitoso. El de las asaduras, tostado y espeso. El de las tripas, oscuro con manchones de perejil. El morteruelo era una masa clara que borboteaba. Joana cogió una cuchara y probó la sosenga. Dijo, «¡Hummm, hummm, hummml», y se la pasó a las demás mujeres para que la lamieran. Después probó la asadura y las tripas y, entre exclamaciones, apagó todos los fuegos menos el del morteruelo, que solo removió. Sonrió, satisfecha, enseñando los huecos de los dientes. Tapó los buñuelos con un trapo, y las cazuelas con tapaderas desparejadas. Una era abombada, otra era azul con puntos negros y otra era de color grana. Luego mandó a Ángela que fregara los fogones, la encimera y la mesa, repletos de mondas, cáscaras y manchas de aceite. Ordenó a Dolça que barriera. Y a Blanca y a Elisabet que fregaran los peroles, los platos, los cubiertos y los utensilios sucios.

Cuando llegó a la masía, Elisabet durmió un sueño más oscuro que si hubiera caído muerta al margen del camino. La Virgen a la que rezaba para que matara al molinero de Roses y al Clavell se le había

aparecido entre la niebla y la había cogido de la mano. Elisabet la había seguido y se había dejado arropar con una manta. La Virgen no hablaba, solo miraba. También estaba embarazada. Y cuando Elisabet se despertaba, la curaba. Le frotaba los pies. Se los revivía, y Elisabet se adormilaba. Cuando se desvelaba, le daba los tobillos para que se los tocara como si se los estuviera volviendo a hacer. Se dormía. Y cuando se despabilaba, las caricias le subían por las piernas como mariquitas. Soñaba, y cuando se despertaba la ternura le llegaba a las rodillas. Dormitaba otro poco y, a medio camino entre el desperezamiento y la letargia, gemía con los ojos cerrados, para asegurarse de que la encontraran esas manos de santa y de salvajina, que no se parecían a ningunas que Elisabet hubiera conocido antes, todas de hombre y cubiertas de astillas. Los dedos de Blanca eran maternales y a la vez salvajes, torpes y diestros, sucios y limpios, mudos y también ciegos, porque se guiaban por el tacto, por los suspiros y por los escalofríos, e ignoraban los sitios que puede acariciarte otra mujer y los que no. Y Elisabet gruñía para avivarlos como quien no quiere la cosa, primero con disimulo, avergonzada, confusa; después, acelerada, impaciente y deseosa de que siguieran y siguieran con su barbarie y la manosearan entera. De que le recorrieran los muslos, como jamones, le agarraran el culo sin titubeos, le amasaran la espalda y el vientre duro, le apretaran los pechos y se le guarecieran entre las piernas en el escondrijo que siempre está a oscuras. A veces Elisabet lloraba. Llena de agua. Sin hablar, porque Blanca no se lo pedía. Se tumbaba a su lado y le bebía las lágrimas. Los dos vientres henchidos, cada uno con un niño, chocaban. Y cuando a Elisabet le resbalaba una lágrima por la nariz marcando un caminito que caía hasta los labios y se colaba en la boca como una hormiga en un hormiguero, Blanca se la bebía también.

Primero se abrió Elisabet. Con el vientre deformado, gigantesco. El malestar crecía y la inundaba. Las piernas se le entumecían. El dolor se retiraba, y Blanca le hacía cosquillas en el doblez de los brazos. Pero el suplicio siempre regresaba, como las olas. Elisabet intentaba sujetarse, pero el mar se la llevaba. Abría los ojos y no veía nada, abría la boca y solo le entraba agua. Notaba cómo se le separaban los huesos. Una vez había visto a un ahogado. Con los labios morados, los ojos comidos y la barriga como la suya, hinchada. Pasaba la marejada. El agua era fresca, azul. Después volvía. Se la llevaba al fondo y la anegaba. Elisabet gritaba, pero de la boca solo le salía agua. Chillaba, y solo escupía agua. Lloraba, y derramaba más agua. Las olas de dolor reculaban. Blanca le frotaba la espalda y las piernas. Elisabet cogía aire y jadeaba, pero el mar insistía, intolerable. Murmuraba, «No». Gemía, «No». Movía la cabeza. «¡No!» Se incorporaba, torpe e indefensa, incapaz de ir a ninguna parte. «No quiero, no.» Y

Margarida, que hervía laurel, ajenjo y lirio amarillo, la oyó y, ahíta de un veneno que también podía ser una pomada, le gritó, «¡Para que salga el niño antes hay que torturar a la madre! Todas las que estamos aquí, ¡míranos!, todas hemos nacido de las entrañas de nuestra madre».

Blanca no se movía de su lado. Pensaba en las cerdas que resoplaban y gruñían con una pata de lechón apareciendo entre las ancas. Solo la punta. Mojada. Y luego la pata entera. La madre roncaba y las crías se removían, y cuando salía una, enseguida llegaba otra, un chillido y fuera. Una de culo y una de cara. Pero la cerda no se levantaba, porque aún había más, esperando. Las cabras paseaban con la tripa inmensa, dura y redonda. Andaban despatarradas, y un líquido transparente y viscoso les caía extremidades abajo. Después se tumbaban, gemían y empujaban, con las posaderas inflamadas y las patas delanteras del cabrito saliéndoles de dentro, como una lanza. Las corzas sacaban un líquido pegajoso y se lo lamían. La barriga se les movía deprisa al respirar. Miraban al vacío y empujaban, dejaban caer el pescuezo y empujaban. Se veía la cabecita debajo de la cola de la madre, que se levantaba de pronto. La cría quedaba colgando. Como muerta. La cabecita toda oscura y mojada y las patas delanteras a medio camino, balanceándose, dormida todavía y llena de mocos. La madre mordisqueaba hierba, pero comer no le aliviaba el dolor tan grande y volvía a tumbarse, y salía sangre, y salían cagadas, y entonces nacía el corzo.

Pero Margarida estaba enfervorizada y gritaba, «Pedí que os mataran». Miraba a Elisabet con unos ojos como punzones. «A los dos. Pedí que os mataran de formas terribles.» La señalaba, «Y si te dejo parir aquí a este hijo del adulterio, como una serpiente, es solo para dar gracias». Resollaba, «Para dar gracias a Dios Todopoderoso porque no atendió mis ruegos y porque taponó con cera los oídos al demonio. Porque si sigues viva quiere decir que a Francesc no lo mataron por mi culpa». Pero Elisabet no la oía, era un puro gemido rojo y resbaladizo, nada más que dientes y boca abierta, labios rosados entre las piernas y boscaje de pelo entre el que se veía una cabeza verde que venía, venía y venía, y que cuando salió, ya con pelo, lloraba. Con la boca morada. Y parecía imposible que todos esos gritos pudieran brotar de una criatura tan pequeña que no había terminado de salir de dentro de su madre. Cuando estuvo completamente fuera siguió berreando, y Margarida lo miró y dijo, «Tiene cara de ladrón». Pero Elisabet lo cogió en brazos, y vio que había parido un niño más feo que una mueca. Una criatura atemorizada y flaca, roja y granujienta, con la cabeza como un huevo, la cara arrugada y los deditos como zarpas, que no se parecía al Clavell porque era feo, como si no tuviera padre. Malcarado como si no tuviera ni madre. Pobrecito. Y Elisabet lo

consoló y pensó que a un animalillo desfavorecido y poco agraciado sí que podría quererlo.

El Clavell había dicho que ese niño se llamaría Francesc, pero Elisabet le puso Martí. Y las mujeres lo llamaban Martí el Tendre, porque siempre reclamaba a su madre. Quería que Elisabet le lamiera los arañazos y le soplara cuando se ortigaba, que le besara los rasponazos de las rodillas y se lo sentara en el regazo. Anhelaba la compañía de su madre cuando lloraba de pena y también cuando lloraba de risa, tirado en el suelo, con las manos en la barriga, las mejillas mojadas, las orejas de soplillo, los dientes separados y la boca como un pico que decía, «Ay, ay, ay». El Clavell también había dicho que esa masía era yerma, hundida y maloliente, y que se agarraba al suelo como una garrapata, pero los músicos que Elisabet tenía en la cabeza tocaban un concierto de fiesta mayor, con todas las chirimías, los violines, la viola, el violón, los clarines y una trompeta, y hasta cantaban cuando la mujer miraba la casa escondida, por la tarde, si el sol se ponía y ella trasteaba en silencio junto a Blanca, o si Martí se le subía al regazo y quería que le contara otra vez cómo había nacido él. Entonces el niño señalaba a Ángela, y Elisabet también la agarraba y la acariciaba, porque Blanca era como una vaca que se olvida de su ternero. Martí le preguntaba, «¿Es verdad que nosotros dos ya jugábamos juntos cuando éramos peces dentro de la barriga?». Elisabet asentía, y les contaba que cuando Blanca y ella estaban embarazadas se tumbaban de lado para que ellos dos pudieran jugar, «Así, así, dando patadas y puñetazos». Y entonces Martí le preguntaba cómo había nacido Ángela. Elisabet le decía que, así como Martí todavía no había salido del todo y ya berreaba, Ángela no lloró al nacer. Martí añadía, admirado, «Es que Ángela no llora nunca». Elisabet continuaba, «¡Nos observaba! Sacaba la cabeza por entre las piernas de Blanca, debajo de un chorro de agua, y miraba como si mirase por una ventana. No podía ser, pensábamos. ¡Porque esos ojos nunca habían visto nada! Solo oscuridad, en el vientre. Y la luz pincha y araña». Después añadía que cuando recibieron los hombros de Ángela, y luego el cuerpo todo blanco y azul, acompañado de más agua, Margarida la cogió por los pies boca abajo, como a un conejo, y le dio un cachete en el culo. Y después otro. Y otro. Y otro. Pero ni así lloraba. Solo las miraba, serena, como si le hubiera gustado nacer. Como si le hubieran gustado los empujones y los estrujones, la luz repentina, los ruidos sin amortiguar, los olores sin humedad, el tacto de las cosas secas, las manos que la agarraban por los pies como a un conejo y, puesta boca abajo, le daban cachetes en el culo una y otra vez.

Se oyó el ruido de un carro sin caballos que crepitaba por el camino de llegada. Se abrió la puerta principal y alguien se limpió los

zapatos antes de meterse en la masía. Las mujeres se volvieron. Blanca, Elisabet y Ángela habían terminado de fregar y recoger, y estaban abrillantando los cubiertos y las copas de pie azul que sacarían para la fiesta. Dolça no había terminado de barrer. Tardaba mucho en hacer todo lo que le mandaban porque se distraía. Pensaba en el Filet y en las cosas que le decía, o en el Bonatarda y en los besos que le daba, en el Mal Aquí, y después en el Lleig, y en el Nen Jesús… y la lista nunca se terminaba, porque la retahila de amores y amantes de Dolça era tan larga que no tenía fin, y cuando la repasaba se despistaba, y barría tres veces el mismo sitio, y pisaba los montoncitos de basura que ya había acumulado, y todo lo recogido se le volvía a esparcir.

A través de los cristales de la cocina, las mujeres distinguieron a Alexandra entrando en casa. Alexandra era hija de Marta. Una criatura menuda, de ojos caídos, facciones delicadas, piernas flacas y pelo largo que al poner un pie en el zaguán hizo una mueca y se tapó la nariz. Llevaba unos calzones estrechos, una blusa diminuta y unos zapatos demasiado grandes, como si se hubiera vendado los pies. Subió las escaleras con una bolsa de color rosa y las mujeres la oyeron cruzar la sala y entrar en el cuartito de al lado del baño, donde Marta lavaba la ropa. Era una estancia cuadrada y pequeña, con dos cofres blancos que tenían una portezuela redonda y anaqueles llenos de cosas. Alexandra trajinaba. Los pasos cruzaron la sala otra vez y entraron en su dormitorio, que era, con diferencia, el más ordenado de la casa. Tenía un espejo de cuerpo entero, una mesa, una silla, una alfombra de color perla y un armario lleno de ropa doblada y colgada y de zapatos bien colocados. Las paredes estaban recubiertas de estampas de santos sin corona, todos bien plantados, con los ojos brillantes y la boca abierta como si tuvieran hambre. Después, los pasos del piso de arriba salieron de esa habitación y echaron un vistazo a la de Bernadeta. Entraron con sigilo, se acercaron a la cama de la mujer vieja y poco después salieron y bajaron las escaleras. La bolsa de color rosa parecía llena. Alexandra entró en la cocina y dijo, ¡uf!, y se abanicó la nariz. Pero las mujeres habían dejado a medias lo que estaban haciendo y se habían acercado a la ventana. Dolça la primera. Miraban fuera estirando el cuello. Había un carro sin caballos en la era, y dentro del carro había un mozo. Alexandra se metió en la despensa y la oyeron revolver. Encendió la luz, abrió el pozo de hielo, suspiró y lo cerró. Volvió a la cocina, se acercó a la boquita de cisne, las mujeres se apartaron un poco, y llenó un vaso de agua. Antes de beber, la chica sacó un espejito, se lo llevó a la boca y, con una voz severa pero indolente, dijo, mamá, no encuentro las zapatillas blancas, ¿sabes dónde están?, la bisabuela está dormida y no la he despertado, ahora nos vamos a Olot, mua. Después bebió y, antes de salir de casa,

fregó el vaso. Las mujeres, chismosas, observaron por la ventana como se dirigía a ese carro sin caballos, dejaba la bolsa detrás, se metía dentro y le daba besos en la boca al mozo que se había quedado allí encogido. No se le veía bien la cara, pero, por la forma del cogote, la espalda y el pelo castaño, Dolça, que lo miraba desde hacía un buen rato, pensó que se parecía al Flabiol. Lo llamaba el Flabiol porque tocaba el flabiol. Era un mozo bien plantado, que ensayaba escondido como un secreto a voces. Tenía el pelo brillante, apelmazado y peinado para atrás, y una boca besadora que no podía estarse quieta. Que cuando no tocaba el flabiol daba besos y musitaba que, yendo por los pueblos de fiesta en fiesta y de baile dominical en baile dominical, ¡encontraba ninfas escondidas en el bosque! Era su padre el que le había enseñado música. Pero el padre del Flabiol no tocaba delante de la gente, solo delante de sus hijos. Por suerte tenía una prole numerosa. Diez hijos, dos pares de mellizos, porque el Flabiol decía que su madre se quedaba embarazada solo con ver los calzoncillos de su marido. Y su padre, cuando había notado cómo lo miraba el Flabiol cada vez que tocaba para ellos, le regaló un flabiol pastoril, de dos cañas y boquilla de madera de azufaifo. El Flabiol le contó a Dolça que, cuando empezó a tocar, cobraba diez u once duros, más los gastos de ir de aquí para allá, pero que después, poco a poco, sacaba más dinero con la música que trabajando en el bosque. Sonreía, muy ufano, con el pecho hinchado, una mirada picara y olor a limpio, como si antes de salir lo hubieran lavado y planchado, y añadía, «¡No es por presumir, pero yo me sé de memoria más de doscientas canciones! Y, entre los músicos sin solfa, soy de los mejores». Y entonces la abrazaba y le hacía cosquillas mientras le suplicaba, «¡Hada, ninfa, ondina, por favor, déjame volver a casa!», como un juego, como si Dolça fuera una ninfa y lo retuviera en el bosque, «¡reina de todas las hadas!», y Dolça se reía como una gallina clueca.

El carro sin caballos, del que salía una música estridente, dio dos vueltas juguetonas e impetuosas delante de la casa. Las mujeres, arrimadas a la ventana, contemplaron el espectáculo. Los brazos del mozo y los de Alexandra colgaban uno a cada lado. Y de pronto se fueron tal como habían llegado. Ángela era la única que no los miraba.

A Martí se le abrían los ojos como a las ranas cada vez que Ángela saltaba. Desde el balconcillo de la sala. El niño se echaba las manos a la cabeza y Ángela se lanzaba al vacío como un pájaro sin alas. Caía en la era y se rompía las dos piernas. Pero apenas cojeaba. «¿Te duele?», preguntaba Martí, y se arrodillaba a su lado para soplarle en los rasguños y en las heridas llenas de sangre, en los cortes por los que veía el hueso, en los chichones, en las jorobas, en las partes ortigadas, en los hombros descoyuntados, en el codo que colgaba, en los

moratones abultados, en las ampollas, en las quemaduras. Le daba besos como a él se los daba su madre. Ángela no notaba el dolor, pero notaba los besos. Y siempre andaba con los brazos y las piernas azules, amarillos, verdes, morados y de todos los colores de los cardenales. Hasta que Margarida la pillaba con el vientre y la espalda amoratados, y los muslos grises como una niña azul, con las manos destrozadas de coger brasas, con los dos brazos encarnados como dos cielos cuando se pone el sol, y les gritaba, «¡Desagradecidos, desarraigados, hurgadores de llagas, desgraciados!», mientras se llevaba a Martí de la oreja y lo zurraba. A Ángela no le pegaba porque no valía la pena. La curaba y a veces la ataba para que no anduviera con las piernas rotas. Y no les dejaba verse, para castigarla. Después mandaba a Guilla, «Vigílalos», y le repetía mil veces, «No os alejéis de casa». Y Guilla, que era un crío reflexivo, cauto y maduro, con la cara redonda, la boca pequeña y el pelo rubio apagado como la ceniza, los vigilaba y les enseñaba a buscar rebozuelos, a sacar los piñones de las piñas, a pescar barbos, a encontrar fresas, ajos y cebollas silvestres, savia de abedul, romero, forraje, serpientes blancas, dientes de león, moras, espárragos, bellotas, castañas, higos y madroños sin perder nunca de vista la masía entre los árboles. Les hacía recoger troncos de retama, que son los que mejor arden. Hinojo para hacer tortillas, que da fortaleza. Ortigas para hacer agua sucia, que da vigor. A Ángela y a Martí les gustaba Guilla, porque era como un padre que aún fuera un niño. Les decía, «Fijaos en las currucas, en los nidos que hacen escondidas entre los arbustos, solo con ramitas». Señalaba la luna llena y murmuraba, «¿Veis los ojos? ¿Veis la boca?». Martí susurraba, «Llora», pero Guilla decía, «¡Canta!». Porque Guilla sabía cosas y Guilla había visto a personas con sus ojos grises y solemnes, había conocido a gente que no eran ni Joana, ni Margarida, ni Blanca, ni Elisabet, ni Bartomeu, ni Esteve, cuando había estado en la cárcel con su madre. Ángela y Martí nunca habían visto a nadie que no viviera en la masía. Nunca habían ido a un pueblo, ni a un mercado. Y lo escuchaban atemorizados. Había muchos hombres y mujeres. «¿Cuántos?» Ya no se acordaba. «Más que pájaros y que abejas», les decía. Y a veces Martí lloraba de la congoja que le daba esa idea. Si encontraban una raposa muerta o un polluelo que se había caído del nido, con la cabeza demasiado grande y el buche todo hinchado, puro pico y ojos llenos de gusanos, Guilla se lo enseñaba. Porque eso era morirse, les explicaba. Y a veces jugaban a morirse. Los tres. Corrían y gritaban, «¡Que vienen, que vienen!» y «¡Nos han visto!, ¡nos han encontrado!», y se tiraban al suelo y gemían porque venían ladrones y soldados y lobos y facinerosos y gente de los pueblos y de las ciudades y los descubrían y se los comían y los estaban matando. Bartomeu y Esteve no querían jugar. Decían que los niños eran pequeños y que ellos ya eran mayores. Que estaban a otras

cosas. Margarida les mandaba llevar a Joana al huerto. Y tenían que levantarle las faldas y oír sus meadas y sus cagadas. A veces los salpicaba. Otras veces la sacaban fuera y no hacía nada, y entonces la llevaban a casa y se lo hacía todo encima, y Margarida los regañaba porque tenía que limpiar el escaño y olía mal la masía entera. Bartomeu era corpulento, tenía el cuello ancho, el pelo oscuro y los labios gruesos y brillantes. Esteve era flaco, con el cuello largo, el pelo claro y la boca contrahecha en una sonrisa permanente. Su única oreja sobresalía. Iban juntos a todas partes, como uña y carne, y solo querían divertirse con los pequeños cuando decían, «Ven, Martí», y se llevaban a Martí a un rincón y le explicaban lo que quería decir bastardo y expósito, ilegítimo y natural. O cuando los adentraban en el bosque y les hacían mirar una grieta baja y estrecha de una pared de piedra donde dormía el demonio, les contaban. Salía de allí un olor a guarida de hurón y hojas podridas. Bartomeu y Esteve decían, «Chitón», y los crios se quedaban escuchando. El bosque estallaba y los ojos de los niños se hacían pequeños. Casi veían al cabrón de Biterna en aquel agujero oscuro, y entonces los mayores gritaban, «¡Que sale!», y Martí, Ángela y Guilla echaban a correr y Bartomeu y Esteve se desternillaban de risa. O cuando querían jugar a padres y madres, y querían tener hijos. Pero siempre se peleaban. Porque los dos querían ser el hombre, y ninguno quería ser la mujer. Bartomeu era más fuerte y ganaba. Y entonces él era el padre y Esteve, la madre. Bartomeu se iba y los demás tenían que esperar a que volviera. Pero cuando los niños se quedaban solos con Esteve y lo llamaban madre, él respondía que no era su madre, y que se marcharía para no tener que ser su madre, y que tendrían miedo, tendrían frío y tendrían hambre, y dirían, «Por favor, madre, no se vaya», pero de todos modos los abandonaría. Y si los pillaba, les pegaba. Porque eran unos hijos malos. Hasta que volvía Bartomeu y decía que había ido a la guerra y había luchado contra los franceses. Y Esteve protestaba porque estaba harto, él también quería ir a la guerra y luchar contra los franceses o contra quien fuera. Y los dos chicos se desesperaban porque en esa masía escondida se estaban perdiendo las batallas más importantes de su época. Y se quejaban de que en esa casa maloliente, en vez de convertirse en hombres, serían crios para siempre, porque su madre les mandaba, haced esto, haced lo otro, como si todavía fueran unos chiquillos, y los regañaba y los amonestaba, y hasta les pegó cuando se arrodillaron con los dos pequeños alrededor de Ángela.

La niña estaba tumbada en medio del corro. Guilla y Martí la pellizcaban. Le retorcían la piel tierna, que primero se ponía blanca y roja, y después a veces azul, otras veces lila y otras amarilla con puntitos morados. Le preguntaban, «¿Te duele?», pero no le dolía, «¿Y aquí?», pero no le dolía, «¿Y así?». Y entonces Bartomeu y Esteve

dijeron, «Nosotros también queremos jugar», y se agacharon. Primero le dieron pellizcos pequeños. Riéndose. Después, más grandes. Y cuando vieron que Ángela no apartaba los brazos ni las piernas, le clavaron las uñas hasta que sangró. Pero Ángela no se quejaba. Y entonces le pegaron. Con los puños. Pero la niña no lloraba, y entonces le agarraron los dedos y se los doblaron. Pero no gritaba. Y Bartomeu y Esteve se enfadaron porque la cría los miraba impasible desde el suelo, con una mirada burlona y tranquila, sin inmutarse. Y fueron a buscar palos y piedras para que le saliera más sangre y, como se pusieron de pie, le dieron patadas en la boca, en la barriga y en la espalda, porque estaban rabiosos. Martí y Guilla gritaban, «¡No la matéis, no la matéis! ¡Por favor!», y la cabeza de Ángela iba de un lado a otro y todo lo que veía era rojo, anaranjado y negro. Después dejó de ver, pero Martí y Guilla le contaron que, cuando Margarida oyó los gritos y los encontró, dio tal paliza a Bartomeu y a Esteve que ellos sí que lloraron. Y cuando Ángela se despertó, que no podía ni abrir los ojos de lo hinchados que los tenía y casi no podía comer, Bartomeu y Esteve ya no estaban porque se habían hecho soldados y se habían ido para siempre.

Se oyó el ruido de otro carro sin caballos crepitando por el camino. Poco después se abrió la puerta del zaguán y unas voces gritaron, ¡holaaa! ¡Holaaa! ¡Holaaa! Escandalosas. Como si quisieran que las piedras de dentro de las paredes se enteraran de que habían llegado. Las mujeres, que seguían abrillantando cubiertos y copas, miraron por los cristales de la puerta de la cocina y vieron que una madre y dos hijos se quitaban la chaqueta y descargaban sacos y bolsas. Uno de los hijos, una niña bajita con voz chillona, dijo que quería ver el cabrito. Llevaba un flequillo que le tapaba las cejas, y la boca llena de plata. Todos los dientes argentados, atados unos con otros. La mujer, que a menudo iba a la masía por la tarde, le respondió que antes tenía que saludar a Bernadeta. Rosa tenía la cabeza pequeña y alargada, los hombros redondos, los pechos muy arriba, el pelo rizado y las cejas tan claras que se las dibujaba. La niña hurgó en una bolsa blanca y sacó una caja. Con la boca plateada preguntó, ¿solo has comprado estas? La mujer respondió que sí, y la niña dijo que ella quería otras galletas. El niño, que también llevaba la boca plateada pero que era más alto, se rió, y su hermana le dijo, tú, Nico, calla.

Subieron. El ruido debió de despertar a Bernadeta, porque se los oyó hablar arriba. Después, un estruendo de pies bajó por las escaleras. Rosa gritó, ¡Sheila, no corras!, y la niña, sin pararse, respondió que iba a ver el cabrito en las cochiqueras. Detrás de ella bajó el niño, que ya era casi un mozo. Entró en la cocina y todas las mujeres lo observaron. Tenía las pestañas largas, los ojos oscuros, la piel llena de granitos rojos y blancos. Pasó la mirada por las paredes,

el fregadero, la ventana, la mesa, la chimenea. Suspiró y se dejó caer en la silla de la cabecera de la mesa en la que había comido Marta. Sacó un espejito y acarició sus brillos, que emitían sonidos agudos, hasta que apareció un geniecillo. El geniecillo bajaba por una montaña recogiendo monedas en el aire. Nico lo miraba, concentrado, y movía los dedos deprisa, mañoso, hasta que el geniecillo se cayó, el espejito dijo ¡clon!, y Nico resopló como si se hubiera enfadado. Dolça, que seguía barriendo, se puso el pelo por detrás de las orejas, porque no era frecuente que hubiera mozos en la casa. ¡Y hoy era ya el segundo! Ese chico tenía los labios bonitos, y Dolça barrió entre sus piernas para vérselos mejor. Y se preguntó si ya darían besos, esos labios rodeados de pelusa, o si les daría vergüenza, como al Manta, que cuando Dolça se le acercaba mucho se ponía colorado y decía, «No tan cerca». Se llamaba Isidre, pero Dolça lo llamaba el Manta porque cuando lo encontró estaba dormido, callado y quieto, tumbado en una hamaca y tapadito con una manta. Tenía la cara amarilla y los labios sonrosados. Y Dolça lo observó un buen rato, ya que nunca había podido mirar a un chico tan de cerca. Hasta que el Manta se despertó y le preguntó, «¿Qué haces?», y Dolça le respondió, «¿Qué haces tú?». Tomaba baños de sol porque estaba enfermo. Tenía la voz delicada, y le contó que esa montaña ya no era buena para el turismo porque habían dejado que les destrozasen el hotel durante la guerra. «¡Y con las fuentes que hay aquí!», le dijo. Y contó lo de la vaca. A Dolça le gustó la historia de la vaca. Había una vez una vaca que meaba sangre. Pero, a medida que pastaba en esos bosques y que bebía agua de esas fuentes picantes, la orina se le volvió clara y se curó. Y así fue como primero los campesinos y después los médicos descubrieron que esas aguas eran buenas para curar a los enfermos.

Si Dolça se acercaba mucho a él para mirarle esos labios tan bonitos, de chica, la barbilla pequeña y la boca y la nariz grandes, como si la cara se le hubiera encogido por la enfermedad, al Manta le daba vergüenza y le decía, «No tan cerca, que me vas a contagiar». Pero si Dolça le decía, «¿Me das la mano?», el Manta dejaba caer una mano fuera de la hamaca. Olía a medicinas. Y Dolça se sentaba a su lado y se la ponía en la cabeza. Para jugar. Se la bajaba por la frente poco a poco. Por los párpados y las pestañas y luego por encima de la nariz y de la boca, por la barbilla y el cuello. Se la llevaba hasta el cogote y la espalda, por debajo de la ropa, a las puntas de los hombros, primero a uno y después a otro, y luego por delante, a los pechos, donde la mano se tensaba, pero no se apartaba.

Sheila entró en la cocina corriendo y dijo que en las cochiqueras no había ningún cabrito. Preguntó a su hermano si quería ir a investigar y Nico, sin mirar, respondió que estaba jugando. La niña dio media vuelta y volvió al zaguán. Las mujeres la vieron abrir el

armarito empotrado, mirar dentro y cerrarlo, y tocar las lecheras. Intentó levantarlas. Se quedó mirando los moldes de mimbre y la lira, colgados en las paredes. Se encogió de hombros y volvió a la cocina con la bolsa blanca y un saco rojo con asas y hebillas. De la bolsa sacó una botella y una caja de galletas, y su hermano, sin perder de vista al geniecillo, que bajaba por la montaña recogiendo monedas, dijo que él también quería merendar. La niña se apoyó en la encimera, saltó para abrir la puerta de todos los armarios, hasta que encontró dos vasos. Se sirvió un zumo anaranjado, se sentó en el banco y abrió la caja de galletas, mordió, sopló y volvió a decir que quería otras. Bebió y preguntó a Nico si tenía deberes. El niño musitó algo que no se sabía si era sí o no. Después añadió que al día siguiente su clase iba de excursión. El geniecillo hacía tilín, tilín cada vez que cogía monedas y ¡clon! cuando se caía. La niña preguntó, ¿de excursión?, ¿adonde?, y Nico, como si le costara mucho responder, dijo que iba a montar en kayak en el pantano. Sheila exclamó, ¡qué cabrones!, y abrió el saco rojo. Sacó dos manojos de papeles cosidos y una bolsa pequeña con utensilios de escritura y lo esparció todo por la mesa. Y luego añadió, esta casa huele mal, y su hermano se rió. Ángela les dio la espalda.

Unas veces Martí y Ángela querían jugar con Guilla, pero otras veces no. Y se escondían. Ángela le preguntaba, «¿Cómo?», y Martí decía, «Como las cosquillas, como las caricias, pero al revés». «Pero ¿cómo?» «Como cuando pincha, como cuando corta, como cuando quema.» Pero Ángela no lo entendía. «¿Me estás haciendo daño?», preguntaba. Martí decía, «Sí», pero no. «¿Y aquí?» «No.» «¿Qué notas?» Notaba el peso, la aspereza de los dedos de animalillo, el roce, la cadencia, la sangre alborotada, las manos de Martí sobre su cuerpo, la boca de Martí, muy cerca de las orejas, diciendo, «Tienes una piedra», «¿Dónde?», «Aquí». No había luz para verla. Solo dedos. Las manos de Martí sobre el pecho plano de Ángela. Sobre sus pezones pequeños. «Aquí.» Las palparon. Había dos. Una a cada lado. Y luego las piedras crecieron. Muy despacio. Los dos niños se escondían y las tocaban. Las dos piedrecitas como fresas silvestres se hicieron dos piedrecitas como dos bellotas. Las dos bellotas, dos castañas. Las dos castañas, dos nueces. Las dos nueces, dos manzanas. Martí las apretaba y Ángela abría la boca como un pez fuera del agua. Y entonces ya no les interesaba el dolor, sino el cosquilleo, la sed, los pliegues, los temblores, los rincones, los jadeos, los agujeros, el de hacer pis, el de cagar y el tercero, que solo lo tenía Ángela, por donde a veces salía sangre, pero Martí no preguntaba si le dolía porque ya sabía que no.

Hasta que un día de los muchos que Margarida los sorprendió el uno encima del otro, escondidos, y que gritaba, «¡Vais a ir al infierno! Como las fieras, como los perros, como los gatos. ¡Cochinos!

¡Revueltos!», y que ellos replicaron, «En el infierno se estará mejor que en el Mas Clavell», y que Margarida contestó, «Vais a ir al infierno, y en el infierno os separarán», Guilla dijo, «Que se casen». Y la idea de casarse cayó al suelo como un piñón, y brotó, y se convirtió en un pino lleno de piñas llenas de piñones. Y entonces todo el mundo quiso celebrar una boda. Una fiesta de verdad, porque nadie se acordaba de la última vez que habían celebrado una fiesta en esa casa escondida. Y aunque Margarida dijera que eso no sería casarse, cogieron todos los huevos de todos los nidos que pudieron, y Guilla cazó tres perdices. Las desplumaron, las rellenaron con huevos cocidos, menta, ajos, salvia, romero e higos secos, y con sus propios corazones y sus propios riñones fritos. Y luego las hicieron a la brasa y, mientras se asaban, las untaban con una pasta hecha de piñones y yema de huevo. Y además hicieron otra salsa con los hígados, el caldo de los pescuezos y las puntas de las alas, que son grasientas, y con más piñones machacados, que sacaban una leche blanca. Al empezar la fiesta, Guilla ató a Martí y a Ángela por las muñecas, e iban de aquí para allá con las manos anudadas, dándose de comer el uno al otro y paseando el amor con los ojos entornados y la sangre hirviendo por dentro, aceitosa y dulce. Guilla cantó. Blanca palmoteaba. Joana bailaba solo con un brazo y una pierna. Elisabet lloraba. Y Ángela, que entendía muy poco de lágrimas, porque ella no había llorado nunca, pensó que era de alegría, pero en realidad era de dolor.

Aquella noche, Elisabet se acostó, toda blanca y temblorosa, y solo se levantó para vomitar. Después vomitaba acostada. Joana escupía babas y, con la lengua tullida, gritaba, «¡Tomillo!, ¡tomillo!, dadle tomillo». No la entendieron hasta que lo hubo dicho treinta veces. Blanca le dio a la enferma un tazón de tomillo detrás de otro. Cuando ya no podía tragar, le mojaba los labios con un trapo. La mujer orinaba sangre, y Martí le suplicaba, «Por favor, no se muera, por favor no se muera, madre». Pero Elisabet tenía la espalda cada vez más empapada, como si nadara en un estanque. El pelo se le pegaba a la frente, la carne de las mejillas a los huesos, y jadeaba. Con una vocecita sibilante miraba a Blanca y susurraba, «Gracias. Gracias. Gracias». Miraba a Martí y musitaba, «Gracias. Gracias. Gracias». Pero Ángela no entendía por qué daba las gracias. Después dejó de hablar, abría la boca con el cuello tenso y los labios remangados. Enseñaba la lengua amarilla, y los ojos se le iban para atrás, acorralados y encogidos. Las manos se le enroscaban como helechos. Martí, a su lado, se las frotaba, se las abría. Repetía, «Por favor, no se muera, por favor, madre, no se muera». Y cuando Elisabet se murió, Martí solo lloraba. Lloraba y lloraba y lloraba. Todo el tiempo. Todos los días. Porque estaba acostumbrado a que Elisabet hiciera siempre lo que le pedía. Y solo quena a su madre. Como cuando era pequeño. Le decía a

Ángela, «Tú no lo entiendes», y gemía, «Tengo arena, tengo arena aquí», señalándose el pecho. Y si se movía, la arena le dolía, y si se tumbaba, la arena lo ahogaba. Y Ángela realmente no entendía que una pena pudiera durar tanto.

ATARDECER

… many things get forgiven in the course
of a life: nothing is finished or unchangeable
except death and even death will
bend a little if what you tell of it is told
right.

ALI SMITH,
How to Be Both

La luz que entraba por la ventana era de color lila y oscurecía las cosas en la cocina, cada cual perfilada por su propia sombra. Los buñuelos, la sosenga, las asaduras de cabrito y las tripas reposaban bajo los trapos y las tapaderas. Las mujeres apagaron el morteruelo y lo dejaron descansar en los fogones. Después llenaron el fregadero de agua, y Joana, Blanca, Elisabet y Dolça se desnudaron de cintura para arriba, se remangaron la ropa, la desataron y la desabotonaron y se abrieron la parte de arriba de los vestidos y camisolas. Con los pechos al aire se pasaron un paño húmedo por las axilas, el vientre, el cuello y los lomos. Sheila y Nico estaban sentados a la mesa, con la cabeza gacha, concentrados, ajenos al baño de las mujeres. Joana tenía la espalda encorvada, cubierta de manchas oscuras y moradas, pecas rojas y verrugas. Blanca tenía los hombros redondos, blandos, lechosos, las carnes se le caían hasta la cintura como si fueran de nata. Elisabet tenía la espalda larga, morena y flaca, le sobresalían los omóplatos como alas. Dolça la tenía corta, con la columna marcada y una línea oscura de vello que le bajaba desde el cogote hasta la rabadilla. El Mal Aquí le decía, «Túmbate», y Dolça se tumbaba. Le preguntaba, «¿Dónde te duele?», y Dolça respondía, «Me duele aquí…» o «Me duele allá…», y el Mal Aquí destapaba el sitio que le señalaba. Jugaban al juego de me duele aquí o me duele allá, y él simulaba que la operaba con besos, caricias y su instrumento infalible, que estaba torcido pero curaba mucho. El Mal Aquí era un hombre barrigudo y alegre, con bigote y papada y una voz simpática, que sanaba a los enfermos a cambio de un plato de comida y una cama en la que

dormir. A Dolça siempre le contaba aquella vez que había operado a un niño de ocho años en la mesa de una cocina a la luz de un carburerò y lo había salvado. Y aquella otra en que había quitado un tumor del cuello a una madre de Osor con un cuchillo fino, alcohol y una luz con tulipa rodeada de espejos. En medio de la operación se le terminó el hilo de seda y el marido tuvo que ir a buscar más. Era de noche y el hombre solo encontró hilo de color rosa, y el Mal Aquí lo utilizó y también salvó a aquella mujer.

Ángela tenía la espalda chepuda, con un bulto que le sobresalía como una calabaza y que le levantaba más un hombro que el otro. Pero ella no se desvistió ni se lavó. Cuando a Ángela se le hinchó el vientre, Margarida le soltó, «Estás encinta», y no le quitaba ojo, porque rezongaba diciendo que el niño le saldría de dentro y se le caería al suelo y Ángela ni se enteraría. Pero sí se enteró. Porque tenía ganas de empujar. Dolor no. Solo ganas de vaciar el saco. Como quien hace de vientre. Estreñida. Y Margarida le decía, «Estate quieta, no empujes, que te rasgarás», pero a Ángela le daba igual rasgarse. Margarida había dicho, «La mayor suerte de una mujer es tener hijos», pero a Ángela no le pareció una suerte parir revoltijos de huesos blandos y carne floja que no se las apañaban por sí solos y se quedaban todos los besos de Martí. Al primer hijo le pusieron el nombre del padre, y para distinguirlo lo llamaban Martí el Coix, porque nació con una pierna más corta que la otra. Pero, por mucho que Margarida se quejara de que en esa casa estaban todos condenados, cuando el niño empezó a andar no cojeaba más que Ángela. A la segunda le pusieron Bernadeta. Y Margarida proclamó, «Es hija de su padre», porque la niña lloraba y lloraba. Había nacido sin pestañas, y las mujeres primero pensaron que eso no era nada extraordinario, algunas veces los niños nacen sin pestañas y luego les crecen, pero a Bernadeta nunca le crecieron. Y los ojos se le llenaban de polvo, de arena, de pelos, de pelusa, de mosquitas y de porquerías, y le escocían y le picaban, y la niña berreaba todo el día, chillaba y vociferaba, colorada y afónica, con los ojos cargados de legañas duras como cuscurros. Margarida la cogía y le refunfuñaba lo que había oído decir a Joana, «Dios y la Virgen María, y san Pedro y san Juan por su camino van y más adelante encuentran un lobo galante. ¿Adonde vas, lobo galante? ¡A comer la carne y a beber la sangre de este infante!». Pero, desde el escaño, escupiendo babas, Joana decía que no y chirriaba, «¡Tomillo!, ¡tomillo! ¡Dadle tomillo!». Y cuando la entendieron, después de decirlo treinta veces, Margarida murmuró, «¿Tomillo otra vez?», como si fuera una broma macabra.

Al principio, pareció que, con tanta infusión como le llegaron a verter en los ojos, Bernadeta se callaba. Pero después la mirada se le volvió amarilla y abría de par en par los párpados pelados de lagartija.

Miraba la nada y chillaba igual o más que antes. Asustada. Enajenada. Como una niña tocada del ala. Cuando empezó a articular palabras solo gritaba, «¡Padre, padre!». Y enseguida llegaron las preguntas insoportables. «¿Por qué le cortan las orejas?» «¿Por qué no tiene agujero detrás el niño que no tiene agujero detrás?» «¿Por qué envenenan a la burra?» «¡¿Qué burra?!», Ángela se desesperaba. «La burra que han dejado allí, con la boca abierta y los ojos abiertos, y al principio los lobos ni la tocaban, pero al final estaban hambrientos y se la comieron, y entonces les bailaban los huesos, y escupían saliva blanca que goteaba, y debajo del pelo tenían la piel azul. Después se murieron. Todos los lobos. Cada uno por un lado. Y después se murieron todos los otros animales. Los que también habían probado la burra, y los que se habían zampado cualquier bestia que hubiera probado la burra.» Ángela le soltaba, «Sueñas» y «Calla», pero después Bernadeta le hablaba de una mujer sin cara. Preguntaba si estaba viva o muerta cuando los lobos le comieron la nariz y la boca, y Ángela gritaba, «Te lo inventas, ¡basta!». Pero Bernadeta seguía, insufrible, diciendo que había un hombre que tenía cagalera, que se agachaba en un rincón del bosque con el culo al aire con tanta prisa y tan mala suerte que se aliviaba el vientre encima de un nido de víboras. Hasta la enésima vez que lo contó no añadió que el hombre de la cagalera cazaba lobos, y que cuando era pequeño las alimañas se habían comido a todos sus hermanos, y a él, el dedo pequeño del pie izquierdo. Entonces Margarida levantó a Bernadeta del suelo y la zarandeó. Enloquecida, le preguntaba si las víboras picaban al señor que no tenía el dedo pequeño del pie izquierdo, y la muy insolente respondía que sí, pero cada vez que intentaba decir dónde lo habían mordido, le daba un ataque de risa. Solo dejaba de desternillarse si entraba en la cocina Martí el Tendre. Entonces paraba en medio de una carcajada y chillaba, «¡No quiero que lo maten a usted, padre, no quiero que lo maten!, no quiero que vengan las raposas a comérselo».

Sheila levantó la cabeza de los papeles cosidos que tenía en la mesa y preguntó a su hermano si sabía lo que era la troposfera. Nico no respondió, y la niña repitió que si sabía qué era la troposfera. El niño contestó que no y Sheila dijo que ella sí lo sabía, y entonces le preguntó, ¿sabes qué es la estratosfera? Y Nico respondió que no. Y Sheila dijo que ella sí lo sabía, ¿y la mesosfera y la ionosfera?, y Nico dijo que antes él también lo sabía, pero que se le había olvidado. Y entonces Sheila le preguntó si sabía lo que era la exosfera y él dijo que no, pesada, y la niña contestó que ella tampoco lo sabía, y que por eso se lo preguntaba. Empezó a llover. Al principio las gotas caían muy separadas unas de otras. Pesadas. Una en esta hoja, y la hoja se balanceaba. Una en esta teja. Y la teja repicaba. Después cayeron más seguidas. Dentro de la casa se oía el alboroto acogedor del agua. Las

mujeres se vistieron, se peinaron con las manos y después se sentaron alrededor de la mesa. Elisabet y Blanca, en el escaño largo, con Sheila. Joana, en su rincón, enfrente de Nico. Dolça, en una silla al lado de Ángela. Estaba todo preparado, y solo les faltaba esperar. Pero Ángela resopló, porque llevaban todo el día esperando.

Aunque Martí el Coix fuera el mayor, Bernadeta siempre lo hacía llorar. Porque era una mocosa mentirosa, retorcida y rencorosa que tenía celos de su hermano. Ángela le pegaba, pero de todos modos le contaba unas historias terribles. Y Martí el Coix, que era un niño carirredondo, de ojos oscuros, orejas rojas y dientes separados, la escuchaba, buenín y atento, como su padre cuando era pequeño y atendía a Bartomeu y a Esteve.

Bernadeta le decía que había una vez un hombre y dos jóvenes que entraron en una masía y mataron al amo, a la ama, a la hija, al mozo y a la criada con unos cuchillos que les clavaron en las manos, en el pecho y en el vientre. Y cuando la justicia los atrapó, los ahorcaron con una cuerda alrededor del cuello. Pero el cuento no se acababa aquí. Después cortaron a los ahorcados en trozos. Les separaron la cabeza de las piernas y de los brazos, y los subieron a los árboles, todos mezclados, dentro de unas jaulas de hierro forjado. Y luego vinieron los cuervos, las urracas, los gorriones, las moscas, las avispas y los abejorros, y les vaciaron los ojos y se comieron la carne hasta que se les vio la calavera. Aunque Ángela la zurrase, tenía historias de ahorcados para dar y tomar, y de hombres a los que azotaban en plena plaza y después les arrancaban las orejas y la carne de los lomos con unas tenazas, y al final los descuartizaban. Relatos de mujeres que gritaban y se revolvían mientras las forzaban. Fábulas escabrosas y detalladas de lobos que se comían a niños que notaban todas las dentelladas. Y, como si no le bastara con tener a su hermano siempre asustado y arrinconado, después le decía, «Te matarán». Martí el Coix la miraba con unos ojitos sensibles y desolados. «Te harán un agujero aquí, y aquí, y te saldrá mucha sangre.» Y le señalaba la cabeza y el pecho, y cuando el pobre crío le preguntaba, todo lloroso, «¿Y a ti cómo te matarán?», Bernadeta le respondía sonriendo, «A mí no me matarán. Yo me moriré cuando sea viejita, en mi cama, soñando».

Por eso le preguntó, «¿Dónde están?». Martí el Tendre, Guilla y Martí el Coix habían ido a por leña y no habían regresado. Y cuando Ángela vio la cara hinchada y traidora de Bernadeta, con los ojos abultados de tanto llorar a escondidas, le preguntó, «¿Qué sabes?». Ya era una mujer, pero era igual de retorcida y cargante, envidiosa y rencorosa que cuando era una niña, y al principio no se lo quiso contar. Ángela la obligó, «Quiero que me lo digas». Pero Bernadeta no dejaba de llorar, «Madre, madre, no, por favor…», hasta que su madre le apretó los brazos con tanta fuerza que Bernadeta dijo que su padre,

su hermano y su tío estaban cortando leña cuando se encontraron con dos hombres en el bosque. «Uno era viejo y el otro, joven. Tenían una mirada aterrorizada y una expresión desencajada. Parecían muertos de miedo.» Dijo que hacía días que esos dos desconocidos huían por los bosques y los montes. «Cuando los descubrieron, el joven se arrodilló. Levantó las manos y suplicó.» Bernadeta se metía el delantal de Ángela en la boca y Ángela se lo quitaba a tirones, como si le arrancara las palabras. Musitó que veía como los dos desconocidos huían entre casas e iglesias, por calles vacías, porque un grupo de hombres con boina roja habían entrado en su ciudad y los perseguían. Murmuró que los que corrían a la desbandada no parecían soldados, sino hombres sencillos, desarmados, miedosos, que, cuando llegaron a los bosques y hallaron una primera masía en la que les dieron tres botas de vino y un cesto de manzanas, se sentaron y descansaron. Pero uno de ellos se levantó de repente, y echaron a correr otra vez, con la boca abierta, gritando de miedo y de dolor, porque los hombres de la boina roja los habían encontrado. Bernadeta dijo que algunos no habían tenido ánimo ni para levantarse y que se habían dejado matar sentados. Los que pudieron buscaron refugio saltando ribazos, al amparo de las rocas, cruzando bancales y adentrándose en la maleza. Y esos dos, el joven y el viejo, se escondieron en una torrentera honda, y cuando cayó la noche, y los envolvió una niebla densa, siguieron andando. A oscuras, con la ropa mojada y enganchándose en los espinos, encontraron un sendero que los adentró en la espesura, hasta que en algún momento de la mañana se sentaron porque el viejo estaba muy cansado. Y así fue como se los encontraron los hombres del Mas Clavell. El joven, que se había arrodillado en tierra, al darse cuenta de que los Martins y Guilla no eran los hombres de la boina roja, les imploró que los ayudaran. Ángela escuchaba a Bernadeta e intentaba imaginarse los detalles. Como Guilla y los dos Martins se habían dispuesto a guiarlos. Como el viejo levantaba los brazos al cielo y apenas se sostenía de pie. Los dos Martins lo ayudaron. Pero Bernadeta no quiso seguir. Ángela le habría partido la crisma. Tuvo que pegarle hasta que dijo, «Cuando los hombres de la boina roja los encontraron, aunque padre habló con ellos, no le hicieron caso. Padre decía que no con gestos de la mano, pero los prendieron de todos modos». Ángela oía un silbido. Era débil pero agudo. Pellizcó a Bernadeta y ella murmuró, «Los ataron. El joven a la espalda de Martí. Padre con tío Guilla. Al viejo, que no podía dar un paso más, lo tiraron al suelo y le aplastaron la cabeza con una piedra. Y se los llevaron hasta que se encontraron con otros hombres con boina y otros prisioneros que suplicaban». El silbido salía del pecho de Ángela cuando respiraba. «Los pusieron en fila, y un hombre todo vestido de negro como un pájaro se les acercó y los hizo arrodillarse. Martí

obedeció. El joven sacó unas monedas y se las dio al pájaro negro. Tío Guilla cerró los ojos. Padre, con las manos atadas, aún decía que no con la cabeza. Pero empezaron a disparar. Primero a una pareja de hombres que lloraban. Después a padre y a tío Guilla.» El silbido del pecho de Angela sonaba cada vez más fuerte. «Cayeron al suelo uno encima de otro, con la cara blanca, la boca abierta y la sangre mezclándose.» Angela no lloraba porque no sabía llorar. Silbaba. Y el silbido solo cesaba cuando exigía, «¡¿Qué más?!». «Después dispararon a Martí, atado a la espalda del joven, y se cayeron. Martí debajo. Pero Martí no se murió. Se quedó muy quieto en el suelo, empapado en sangre, hasta que se acercaron a revisar, y, cuando unas botas se plantaron a su lado, al cuerpo del hombre joven al que estaba atado Martí le dio un espasmo. Y entonces les volvieron a disparar. En la cabeza y en el pecho.» Angela se tocó la cabeza y el pecho. «Aquí y aquí», como Bernadeta le decía que lo matarían cuando eran pequeños. Y preguntó, «¿Qué más?». Bernadeta gemía. «¡¿Qué más?!» «Después los desnudaron y los apilaron.» «¡¿Qué más?!» Angela no notaba los aguijonazos. «¡¿Qué más?!» Y los quería notar. «¡¿Qué más?!» Quería sentir la tortura, las punzadas, lo mucho que por fuerza debía de doler que te mataran tantas cosas. «¡¿Qué más?!» Quería notar la herida desgarrada, supurante. El cuchillo dentro, dando vueltas. Los dedos de Bernadeta dentro, dando vueltas. Quería que se le abriera la boca en una mueca, que se le remangasen los labios y se le vieran las encías rojas. «Después llegaron las raposas.» «¡¿Qué más?!» Que se le encogiera la lengua en el fondo de la garganta, que los ojos se le fueran para atrás y que las manos se le enroscaran como helechos, y que Martí se las tuviera que abrir. Y poder decirle, ya lo entiendo, ya lo entiendo, Martí.

Sheila ya no escribía, dibujaba. Esbozaba chicas con los ojos y los pechos grandes y la nariz pequeña, y chicos anchos de espaldas con el pelo tapándoles la cara. Nico seguía jugando. Joana miró la cocina morada y las caras respetables y aburridas que la poblaban, y pensó que los ánimos y el espíritu festivo decaían con la penumbra del crepúsculo y la quietud de la espera. Y, para que el tiempo pasara un poco más deprisa, comenzó:

—Érase una vez un hombre viejo, muy viejo, y pobre, que solo tenía un burro y tres hijos perezosos, que un día se metió en la cama y ya no se levantó. El hombre pensó, ya soy viejo, un día de estos cierro los ojos y no vuelvo a abrirlos, tengo que pensar en qué hacer con el burro. Llamó a sus hijos y les dijo, «Hijos míos, soy viejo y me moriré un día de estos. Id a recorrer el mundo y volved dentro de un año, y a aquel de los tres que haya hecho el acto de pereza más grande le dejaré el burro cuando me muera».

Las dos moscas golosas se paseaban cerca del vaso de zumo de

Sheila. La niña las espantó. Joana continuó:

—El hermano mayor y el hermano mediano se fueron a recorrer el mundo, pero el pequeño no. Cuando se cumplió el año, los dos hermanos mayores volvieron a casa, se acercaron a la cama en la que se consumía el padre, y el mayor dijo, «Padre, el burro es para mí». El padre enfermo preguntó, «¿Qué has hecho? ¡Dime!». «Era verano», contó el hermano mayor, «estaba nadando en la poza de un río cuando, de pronto, me dio tanta pereza que no podía mover ni un brazo ni una pierna. Me ahogaba, pero no salía del agua por pereza. Menos mal que una gente me vio y me sacó del río ya medio muerto.» Pero el segundo exclamó, «Padre, el burro es mío. Soy más perezoso que el heredero». «Explícate», dijo el viejo. «Era una noche helada de invierno y estaba junto al fuego, en una casa a la que había llegado poco antes. Del fuego saltó una brasa y me cayó en el pie, pero yo, por pereza y por lo a gusto que estaba, no me la sacudí. Me entraron ganas de quitármela por lo mucho que me quemaba, pero la pereza era más fuerte. Hasta que la gente de la casa, al notar el olor de carne chamuscada, me la sacó.» El menor de los hermanos no decía nada. «Y tú, hijo mío, ¿qué has hecho?», preguntó el padre. El chico bostezó y dijo, «No le contesto, padre mío, me da pereza hablar». Volvió a bostezar abriendo la boca mucho más, y el burro fue suyo. Y unos días después, el padre murió y, por pereza, lo dejaron sin enterrar.

Joana soltó una carcajada torcida y las demás hicieron lo mismo. Batieron palmas, golpearon el suelo con los pies y lanzaron vítores. Los niños y las moscas ni se inmutaron. Dolça se subió a una silla y silbó con los dedos en la boca. El Mal Calador le había enseñado a silbar. Tenía un silbido para cada cosa y sus perros sabían lo que significaba cada uno. Le mostraba a Dolça cómo había que poner los labios, «Como un beso», y, luego, cómo tenía que meter los dedos en la boca, «Así, muy bien». Y de pronto decía, «¡He cazado la liebre!», y se la echaba a la espalda como un trofeo. El Mal Calador era un hombretón de buen ver. Corpulento, con la espalda, el cuello y el pecho grandes, y los bigotes y el cabello pelirrojos. Tenía los ojos pequeños y claros, escondidos debajo de unas cejas que parecían dos cuevas, el culo como una manzana y la mandíbula como un cajón bien encajado. Dolça lo llamaba el Mal Calador porque, en vez de cazar, se tumbaba con ella en una alfombra caliente de lomos, cabezas, hocicos y rabos contentos. Entonces Dolça le acariciaba el bigote, porque al Mal Calador le gustaba que le tocaran el bigote, y él le contaba que los gañidos son los gritos agudos de los perros cuando descubren una presa. Cuando le enseñaba a silbar, los perros levantaban las orejas.

En medio de la algazara de las mujeres, Rosa entró en la cocina. Exclamó, ¡no se ve nada!, y encendió una luz, que parpadeó, agresiva. Dolça se bajó de la silla como si la hubieran sorprendido en plena

fechoría. Rosa tocó la cabeza a Sheila y la mejilla a Nico, y dijo, basta de juegos. Pero Nico no le hizo caso. Su madre metió una taza en la urna y dijo que Bernadeta tenía la boca seca y no quería cenar, pero que quería galletas y una manzanilla para que bajaran. Sheila siguió dibujando. La taza daba vueltas. Las dos moscas se posaron en la encimera, enfrente de Rosa, que las vio y se agachó con sigilo. Sacó una pala de debajo del fregadero. La alzó y apuntó con cuidado. Cogió impulso, dio un golpe y las mató. Los niños levantaron la cabeza un momento, como si el golpe los hubiera molestado. Entonces se oyó un ruido escandaloso y estridente de huevos hueros, pero sin huevos ni fuego, y Rosa sacó su espejito y lanzó exclamaciones alegres. El alboroto que salía del espejito se paró. Allí dentro había un duende, y Rosa lo movió hasta colocarlo enfrente de los niños. El duende se parecía a ella, tenía las cejas finas, dibujadas, y los párpados pintados. Pero era pequeñito y llevaba una diadema y una bata de color rosa. Su casa era pequeña. De duende. Los niños le saludaron, la campanilla de la urna sonó y Rosa cogió la taza y salió de la cocina para volver arriba.

Cuando Margarida la oyó subir por las escaleras parloteando, resopló y puso los ojos en blanco. Y cuando Rosa entró en el cuarto con la infusión de manzanilla de Bernadeta, Margarida dio media vuelta en la silla, indignada, porque no entendía de ninguna manera que esa mujer forastera y molesta no tuviera una casa propia y se metiera en la ajena. Ni que no tuviera una madre o una abuela o una hermana propia. O cualquier parienta. Porque una madre bien tendría que tener. Como todo el mundo. Lo quieras o no, madre tienes. O una hermana. ¡Caray! ¡Lo que sea! Rosa acarició las manos a la vieja y le enseñó el duende de dentro del espejito, aunque a Bernadeta le era indiferente. Rosa llevaba las uñas desmesuradamente largas y de color lila, y Margarida se estremeció al ver que Bernadeta se dejaba tocar por esas zarpas. Y no solo se dejaba tocar, sino que hasta le gustaba la caricia. Pero después pensó que nadie quería a Bernadeta. Que Ángela no la mimaba de pequeña. Y por eso a la vieja le gustaban las carantoñas infectas. Pero aunque al mirar a Bernadeta Rosa solo viera a una viejecita desvalida postrada en cama, las viejecitas nunca están desvalidas. ¡Esperad y veréis, inocentes de vosotros! Esperad a que Bernadeta se muera. Y veréis adonde va. La muy endemoniada, la oveja descarriada que metió al león rugiente dentro de casa como si abriera la puerta a la peste, a las infecciones, a las maldiciones, con comitiva, con una bienvenida con palmas y ramas de laurel. Porque Margarida sabía de sobra adonde iría la vieja cuando se muriera. Que tendrían que atarla. Seguiría el hedor como un rastro. Cochina, pecadora y escurridiza como era. Se metería en la noche como una perra en celo, en calcetines y camisa, ¡y buscaría al demonio entre los

árboles!

Rosa salió a la sala y se sentó a la mesa. Preguntó al duende, qué tal el trabajo, y el duende dijo que bien, y le hizo preguntas. Rosa respondía, dijo nombres, dijo Bernadeta y David, dijo Marta, Sheila y Nico. Y de pronto se echó a reír porque el duende del espejito armaba una juerga. Rosa se tapó la boca con las manos y se puso los dedos en las mejillas. Y en medio de ese griterío, Sheila y Nico subieron las escaleras e interrumpieron a su madre diciendo que tenían hambre. Le preguntaron, ¿cuándo nos vamos, mamá? Y al oír esas voces, en la oscuridad de las escaleras, llamando a su madre, a Margarida le dio un escalofrío. Rosa les contestó que se ¡rían cuando volviera Marta. Que estaba hablando con la tía Carme. Que en la bolsa tenían la cena preparada en un táper y que se la podían calentar en el microondas. Significasen lo que significasen esas palabras.

Margarida llamaba «hijos míos» a sus niños, pero Bartomeu y Esteve ya no preguntaban por ella, ya no iban a buscarla, ya no la llamaban «madre». La miraban con desdén, porque, mientras Margarida estuvo encerrada en la cárcel del Veguer, ellos se hicieron mayores y huraños, como los gatos, que al crecer se olvidan de quién es su madre. Y cuando se fueron para siempre, de noche, como si huyeran, no le dijeron ni adiós. Pero entonces Margarida lo entendió. Con el corazón en un puño. La cama de sus hijos estaba vacía y las mantas, frías, y Margarida lo entendió. Sabía que, por culpa del pacto que Joana había hecho y deshecho con el diablo, a ella le faltaba un cuarto de corazón y a Blanca le faltaba la lengua. Que aquella hermana suya amarillenta que se llamaba Esperanza había nacido sin hígado. Al heredero le había faltado el agujero del culo. A Esteve, una oreja, a Guilla, el nombre, a Ángela, el dolor, a Martí el Coix, medio palmo de una pierna, y a Bernadeta, las pestañas, y después entendería que a Dolça le faltaba la cola de cabra, a Marta la memoria y a Alexandra, ¡a saber qué le faltaba a Alexandra!, de todo, paciencia, espíritu de sacrificio, sangre en las venas, empuje, respeto… Pero, cuando sus hijos se fueron, Margarida comprendió que lo que le faltaba a Bartomeu, lo que siempre le había faltado a su primogénito, la carencia que ella le buscaba y le buscaba cuando era pequeño y no le encontraba, porque estaba escondida, era el amor que un hijo debe sentir por su madre.

A partir de entonces, Margarida solo esperaba la muerte. Pero ¡ay, pobre desgraciada!, todos la adelantaron. Como en una carrera. A la desbandada. La primera, Elisabet. Que se murió meando sangre, sacando la lengua y haciendo burla con las manos. Más tarde los Martins y Guilla, que no tenían que haberse alejado de la masía. Margarida se lo decía desde que eran niños, y a pesar de todo se dejaron matar tan lejos de casa que una vez muertos no supieron

volver. Después, Ángela, como un trozo de jamón, seca y amojamada por dentro por no saber llorar. En aquel momento, Margarida cayó en la cuenta de que la masía volvía a ser suya, de Joana y de Blanca. Sin intrusas. Como antes. A Bernadeta ni la contaba, porque esa endemoniada, que recordaba lo que no tenía que recordar porque no era suyo, vivía escondida como una araña. Y Margarida lo celebró. Volver a ser Joana, Blanca y ella. Y podría haber sido bonito vivir las tres juntas otra vez, como una madre y dos hermanas, si Joana y Blanca se hubieran alegrado. Pero no se alegraron. Y además de no alegrarse dijeron, ¡sálvese quien pueda y adiós, muy buenas! Blanca se atragantó con un nabo. Se le cayó la cabeza en la sopa y Margarida tuvo que levantarle la cara del plato. Joana se murió de una carcajada. La cabeza, llena de disparates, cuentos y chistes, le colgaba a un lado. Margarida se la encontró sentada en el escaño con el cuello doblado, la boca entreabierta y los ojos risueños. Y la pobre mujer se quedó sola, y a la hora del crepúsculo se arrodillaba y suplicaba. Cerraba los ojos y veía las puertas del Cielo abrirse. Veía los ángeles cantar. Con la boca sonrosada y los labios rollizos, las mejillas de terciopelo, los ojos húmedos de júbilo, la corona de oro y la túnica de seda, descalzos y tocando el laúd. Y en medio de los ángeles estaba Dios Nuestro Señor, que le tomaba el rostro y la besaba, «Bienvenida a la Gloria», le murmuraba. Lo mismo que le había dicho a Francesc cuando lo recibió. Cuando se lo llevó de aquella plaza infame y lo acogió entre sus brazos de padre. «Bienvenido a la Gloria», le había dicho al oído, y le había agarrado las manos, ásperas y robustas, para cubrirlas de besos. Porque el Señor le había besado a Francesc los pulgares, las palmas, el dorso, las muñecas. Después lo había mirado y le había dado un beso en la frente, dos besos en las mejillas, limpias, más besos entre las cejas, en la nariz, en la nuez de la garganta, en el hoyuelo del centro de la barbilla, en los labios. El Señor y Francesc habían abierto las bocas jugosas y las habían juntado. Las lenguas habían chocado como en una batalla, dando volteretas, enroscándose, las manos se buscaban, se palpaban, agarraban. Y los gemidos graves de placer habían desvelado a Margarida, que se despertó de repente. Entre sofocos. Alarmada. Sudada. Era plena noche. Pero el rumor del sueño continuaba. Los golpes y los gruñidos. Primero pensó que eran ratones. Pero en medio de los resoplidos distinguió murmullos. Y se incorporó porque creyó que se les habían metido en casa. ¡Ladrones! ¡Facinerosos! Las habían encontrado después de siglos de estar escondidas. Las paredes respiraban, húmedas, rítmicas, plañideras, a medio camino entre la queja y otra cosa. Dispuestas a comerte como una boca. Los lamentos crecían, se ahogaban. Se convertían en alaridos. Y el corazón de Margarida, pequeño, compacto, asustado y al mismo tiempo curioso, de un empujón abrió una puerta, como un

párpado. Y entonces, que Dios nos ampare, lo vio. La visión terrible. El abrazo inmundo. Pérfido. Las nalgas desnudas. La piel blanca y el pelo negro. Bernadeta. Y la mancha tenebrosa detrás de Bernadeta, que eran el cuello grande y la chepa y la columna vertebral. El toro. El rabo, los cuernos. ¡El demonio dentro de casa! Las bocas abiertas. El sudor hecho perlas. La pija y los pechos. Los jadeos. Los gemidos. Las embestidas. Una detrás de otra, una detrás de otra. En los ojos de Margarida solo cabían el toro y la mujer y las nalgas y los vientres. Y en su nariz solo cabía el hedor infecto de sexo, de cabra, de pies, de culo, de agua estancada, de partes bajas. Resollaba. ¡Tantos siglos escondiéndose, tantos años ocultándose!, los huesos carcomidos de una vida que contaba ¡por quince vidas!, por lo solitaria, fastidiosa y larga, dedicada a guardar la masía, y al final, ¿para qué? Para que esa deicida metiera al mismísimo demonio en casa. Margarida intentó volver a su habitación agarrándose a las paredes, que se apartaban. Pero cayó de rodillas. Temblando. Tenía las manos entrelazadas. Las uñas, al principio rosadas, después blancas. Había llegado la hora. La habían matado. Lo que había visto era tan feo que la había matado. Y todavía tuvo tiempo de pensar, ¡aleluya! Pero no de pensar que cuando una muere de mala manera, de una muerte horrible, de una muerte nefanda, tan mala que Dios no tiene ni el valor de mirar, entonces se queda atrás y pasea por este mundo como una condenada. Como un alma en pena. Desamparada. Olvidada, abandonada, encantada y castigada. ¡Adiós!, jadeó, entregada. Anhelosa e inflamada. Ansiando llegar al otro lado. Esperando la hilera de ángeles.

NOCHE

Ah ir es va morir la besávia
l'ávia també s'ha de morir
la mort de la mare es prepara
i tu, more't pels teus filis!

PAU RIBA, «Ja s'ha mort la besávia»

El hedor era orgánico. Vivo. Rasposo. Denso. Puntiagudo. Latía y supuraba, obstinado, hinchado por la oscuridad y la humedad. Las mujeres, en la cocina, estaban inquietas. Emocionadas. Se removían nerviosas y daban golpecitos impacientes a cualquier cosa. Se lo contagiaron a los niños. Mientras cenaban marcaban ritmos con los pies en las patas de la mesa. Rosa también estaba intranquila. Daba vueltas por el piso de arriba y la oyeron bajar, abrir el armarito empotrado del zaguán, sacar un bote y agitarlo. Después apuntó hacia delante estirando el brazo y del bote salió un airecillo cargado y oloroso que hizo ffisss, ffisss. Lo esparció por el zaguán. Volvió a subir y disparó a la sala el viento floral. Entonces se oyó el ruido de un carro sin caballos y Sheila exclamó, ¡ya era hora! La niña salió de la cocina de un salto y puso los brazos en jarras. Cuando se abrió la puerta principal, la niña dijo, ¡no hay ningún cabrito! Marta se limpió los zapatos antes de entrar. Se encogió de hombros. Respondió que por la mañana sí que estaba. Y que las cabras podían escaparse por un agujero así. Juntó dos dedos. Se quitó la chaqueta mojada y añadió que, si lo encontraba al día siguiente, se lo regalaba. Que ya estaba harta de cabras y de cabritos, que Bernadeta era vieja y ya no los cuidaba. Pero Rosa, que bajaba por las escaleras y lo oyó, protestó diciendo, ¡lo que faltaba para el duro: una cabra! Preguntó, ¿te huele mal, Marta? Sheila dijo, a mí sí. Rosa añadió que había echado ambientador, pero que no estaba segura de que la cosa hubiera mejorado. Después comentó que Bernadeta ya se había dormido y que no había querido cenar, solo comer unas galletas, y Marta le dijo, gracias, Rosa.

Pero, en la habitación de arriba, Bernadeta no dormía. Lo fingía. Se

había despertado a media tarde, cuando llegaron Rosa y los niños, y no había podido dormirse de nuevo. Cerraba los ojos a ratos muy largos para que el sueño fuera a buscarla, pero estaba desvelada y no había forma de volver a sumergirse en ese pozo. Oía las voces lejanas y alegres de Rosa y de Marta en el zaguán. Se reían. Rosa dijo, ¡hay que ver, Marta, cuánta casa! Y aseguraba que ella no sabría qué hacer con semejante caserón, con todos sus rincones, y todos sus ruidos, y todos sus silencios, y añadía que hoy, con el jaleo de la lluvia, le había parecido escuchar murmullos y risas, golpes y pasos. Marta se rió y Sheila preguntó, mamá, ¿fantasmas? Si podía evitarlo, Bernadeta no tenía contacto con nadie que no fueran Marta, Alexandra, la doctora, que la visitaba en la masía porque ella se negaba a moverse, y Rosa y los niños. Marta y Alexandra eran nieta y biznieta. La doctora era reservada. Y Rosa era afable y, la verdad, casi nunca llevaba a los niños cuando trabajaba en el Mas Clavell haciéndole compañía mientras Marta se iba a la fábrica de tripas. Se oyó ruido de llaves y la voz de Rosa que exclamaba, ¡vamos, venga!, para que Sheila y Nico se abrigaran. Les mandó, decidle adiós, y los niños dijeron adiós y salieron de la casa. Bernadeta estaba preparada. Notaba el cuerpo exhausto, el corazón tranquilo, el espíritu delgado. Tenía los ojos cerrados, la mandíbula floja, la lengua blanda. Respiraba. Recolocaba la cabeza en la almohada, chascaba los labios y se llevaba las manos al pecho. Quería dormirse. Suspiraba. Había visto desde pequeña que se moría durmiendo, en la cama. A ratos le parecía que ya estaba. Que ya había llegado. Que un sopor dulce la envolvía, que los labios se le separaban, los huesos se le hundían en la carne, la consciencia la despedía en un camino oscuro, y que ya soñaba, ya soñaba. Pero entonces muchas manos la agarraban y le sostenían la cabeza en alto. Bernadeta era una niña y forcejeaba, pero no podía liberarse. El cielo pinchaba. Quería cerrar los párpados, pero no podía porque los dedos se los abrían y aguantaban. Intentaba darse la vuelta, pero la sujetaban con más fuerza todavía, y le echaban agua tibia y dorada en los ojos doloridos, como un sobresalto que deshacía las caras. Solo entonces la soltaban. Y Bernadeta parpadeaba. Adivinaba que había cambiado algo, se daba cuenta de que el escozor ya no picaba. De que el runrún descansaba. Tenía las mejillas húmedas. Los ojos frescos, sosegados, como dos charcos después de una tormenta. Hasta que se secaban. Y volvía el escozor. Más rabioso. Más enfadado. Las manos le abrían los párpados y de nuevo Bernadeta lloraba lágrimas de cobre hasta que el dolor mermaba. Se quedaba parada. Con los ojos abiertos de par en par. Quieta. Parpadeando de vez en cuando, porque ya no le dolían. Pero de pronto, cuando las manos la dejaban, los veía. El primero fue un hombre con un orificio negro a cada lado de la cabeza, donde tendrían que estar las orejas, que gemía porque le arrancaban

la carne de los lomos con tenazas. Bernadeta cerraba los párpados, pero el hombre seguía allí. Lloriqueaba y los de casa le echaban más agua de tomillo en los ojos como si se los ahogaran. Después entrevió a un niño hinchado y morado que no tenía agujero detrás. La criatura berreaba y berreaba, y Bernadeta lo miraba asustada, hasta que dejó de berrear porque se murió y lo enterraron. Las manos la apretaban. Cuanto más lloriqueaba, más infusión le daban. Y el escozor no volvió, pero, cuantos más baldes de agua de tomillo le propinaban, más cárcavas y regueros, grietas y quiebras se le abrían detrás de los ojos y más cosas veía. Descubrió lobos por todas partes. Lobos que se comían a los niños. Lobos que vomitaban, con la boca llena de espuma y el rabo entre las piernas. Distinguió a un hombre con cara de perro y pelo de paja al que colgaban en la horca en lo alto de un promontorio. Y después más hombres ahorcados en toda clase de plazas, y más hombres descuartizados. Contempló a tres individuos que entraban en una masía, y mataban a los amos, a la niña, al mozo y a la criada a cuchilladas. Su madre gritaba, «¡Te lo inventas!» y «¡Calla!». Pero la niña no callaba, porque entonces vio un montón de cuerpos desnudos y sucios, como gusanos, al pie de los árboles, que tenían la boca abierta y las mejillas blancas. Y en medio de las caras desencajadas estaban la de su tío y la de su padre. Si rebuscaba más, también veía el rostro de su hermano. Y Bernadeta lloraba, pero a veces lloraba de rabia, no de pena. Porque a Martí el Coix todos lo querían y a ella todos le daban la espalda. Su padre exclamaba, «¡¿Quién va a matarnos si estamos escondidos?!», pero si Bernadeta lo tocaba, Martí el Tendre apartaba las manos.

Hasta el día en que vio al toro. Que fue la primera cosa bonita que Bernadeta percibió. Majestuoso. Reposado y bovino. Tan hermoso como lo más hermoso. Protector y negro. Después entrevió la gatita. Una gata de tres colores. Mansa. Esponjosa. Con la lengua de color rosa. Después distinguió la cabrita, y Bernadeta no lloró más, porque la cabra era divertida. Lista. Buena. Serena. A veces era una cabra blanca, a veces era un macho negro. E iba a hacerle compañía para que no mirase a la recién nacida amarilla ni a la mujer a la que las alimañas devoraban la cara y las manos. A medida que crecía, aprendió. A buscar siempre al toro. A consolarse con la gatita. Y cuando veía que a Blanca se le caía la cara en la sopa, o que los soldados quemaban la casa, o que a Joana le daba un aire, un revoltijo con los ojos en blanco y la lengua fuera, Bernadeta, que ya era una mocita, buscaba, frenética, al hombre calvo de cejas magníficas, pies de gallo y pechos de mujer. Cuando Margarida le decía, «¡Fuera!» y «¡Ni me mires! Porque si la muerte de una no puede ser de una y basta, ¡ya me dirás qué le queda a una solo para sí misma!», Bernadeta obedecía, apartaba la vista y, en vez de mirar a Margarida, con los

ojos como platos, muerta en el suelo, buscaba a la cabrita. Y si, aunque ya fuera una mujer hecha y derecha, la asaltaban los malhechores esos que mataban a toda la gente de una masía a cuchilladas, o los hombres ahorcados y descuartizados, buscaba al toro. Y no veía cómo los apuñalaban, ni cómo los cortaban en trozos, ni tenía que observar al niño hinchado de excrementos, ni al hombre de la cagalera y las víboras, ni a los lobos que vomitaban, porque el toro era grande como un abrazo y no le cabía nada más en los ojos. Incluso cuando su madre le preguntó con exigencias, «¿Dónde están?» y «¿Qué sabes?», Bernadeta se consoló mirando al toro, a la gata, al macho, a la cabra y al hombre que tenía la boca fea y bonita al mismo tiempo. Primero callaba, porque sabía lo que pasaría si contestaba. Pero Ángela insistió tanto, «Quiero que me lo digas» y «¿Qué más? ¿Qué más? ¡¿Qué más?!», que Bernadeta le tuvo que contar cómo habían matado a su padre, a su tío y a su hermano, y su madre se había muerto de pena, amojamada como un trozo de jamón.

La vieja cerró los ojos, obstinada, y buscó un trocito de cama que todavía estuviera fresco. Se tapó hasta la barbilla. Oyó el arrullo de la lluvia y respiró profundamente. Pero el olor no la ayudaba. El aroma fuerte que impregnaba la casa era demasiado bueno, demasiado excitante, demasiado embriagador y estimulante, demasiado lleno de promesas. Se le metía por la nariz y le entraban unos temblores y unos sofocos tan intensos que parecían inconcebibles a sus años.

Bernadeta había estado siempre tan sola que la primera vez que lo olió no se lo pudo creer. El tufo fuerte a animal, a toro, a cabra y a más cosas venía del bosque y se arrastraba por el suelo. Bernadeta se arrodilló como si rezara. Olisqueó. Y siguió el hedor como un rastro. A cuatro patas. Agitada, con las aletas de la nariz latiendo y las rodillas temblorosas, porque adivinaba de quién era ese olor. Encontró una veta de fetidez asfixiante y depurada. Pinchaba tanto que no veía siquiera. La persiguió con las manos por delante, a tientas. A empellones, dando tumbos. Como una mujer ciega. Primero chocó con una pared de piedra. Que estaba húmeda y fría. Después encontró el agujero con los dedos. Que era bajo, de tres palmos por cuatro, manantial de la pestilencia. Se tumbó boca abajo y entró arrastrándose, como una serpiente, o una babosa, o algo que volvía a nacer. Reptó sobre el vientre, sobre los muslos, sobre los codos. Persiguiendo la hediondez mojada y virulenta. La boca de la madriguera era estrecha y después se ensanchaba en un óvalo como una almendra. Bernadeta estiró el cuello para avanzar con la nariz por delante. Estiró las manos para avanzar con los dedos por delante. Palpó el suelo y las paredes y, en medio de la oscuridad, encontró una pata. Como un sobresalto. Una pezuña. Y otra pata. Y otra pezuña. Le zumbaban los dedos. Tocó un vientre peludo. Le ardían las manos.

Toqueteó un pecho de pelo áspero, un cráneo esmirriado, un cuello encorvado, unas orejas bajas, unos cuernos cortos, unos ojos cerrados. El morro, redondo, apestaba a orina y a ceniza. El animal estaba durmiendo. Bernadeta dijo, «¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas?». Le salió una voz gritona, «¡¿donde estabas?! ¡¿donde estabas?!», y el demonio se despertó en su regazo, a oscuras, sobresaltado, violentado y regañado. No se veían. El macho, porque en ese momento era un macho cabrío feo, mendicante, mustio, grotesco, cornudo y jorobado por el peso de tanta soledad, primero abrió el hocico sorprendido, después lo abrió tanteando. Bernadeta le amorró la boca. La lengua del animal era salada, anisada, picante y terrosa. La mujer le manoseaba la piel peluda y la carne de debajo. Y el macho creció con las caricias. Se le ensanchó el pecho, se le llenó la espalda y el cuello se le infló como un árbol. Bernadeta le tocaba los cuernos, que eran largos y curvos, las orejas carnosas, la frente ancha, el hocico mojado, el cuello venoso. Ya no era un macho. Era un toro. Negro. Altanero e inmenso. Bernadeta, hambrienta, no podía dejarlo. Le picoteaba las carnes duras, las curvas abundantes, las robusteces y las protuberancias, hasta que el toro se le coló dentro del abrazo, se encogió entre sus brazos y se hizo primero pequeño, una gata que ronroneaba, y después largo, un hombre raquítico con pies de gallo, pechos de mujer y manos que contestaban.

Desde entonces Bernadeta se metía en la madriguera todos los días y, en el vientre oscuro de la montaña, se aferraba a ese cuerpo cambiante e inestable. Abría los ojos y lo único que veía eran sombras azules. Lilas, negras, moradas. Que bailaban, hasta que de pronto las tinieblas estallaban. Brillantes, anaranjadas, amarillas, granates. La luz rasgaba un momento la negrura. Después la oscuridad se la tragaba. Primero los estallidos, después la noche. Y más fulgores, y más tinieblas otra vez. Pero en aquella oscuridad no había hombres sin orejas, ni mujeres sin cara, ni niños hinchados llenos de excrementos, ni recién nacidos amarillos, ni víboras, ni lobos, ni ahorcados, ni descuartizados, ni mujeres forzadas, ni apuñalados. Solo llamaradas. Solo un cielo siempre nocturno. Y de repente, estallidos. Fulgores. Y estrellas. Y después una tempestad sin fin. Llovía y llovía, y tanto llovió que, con la lluvia incansable, se formaron los mares, los ríos y los lagos. El agua era negra y avanzaba. Después se retiraba. Y el mar se abría y de la herida salía fuego. Como sangre. Las nubes se deshinchaban y se distinguía un sol como una flor. Nueva. Blanca al principio. Después, tan amarilla que mataba. Y se ponía zumbando en cuanto salía. La luna era grande y rosada como si la pudieras tocar. Se encendían las estrellas, y se desplomaban, con cola, azules. No había casas, ni árboles, ni montañas. No había una masía que se llamaba Mas Clavell porque el agua lo cubría todo. Las estrellas se precipitaban

en ella. Salían humaredas. Y el agua se agitaba, se destripaba, y las sierras la arañaban, estrepitosas, para levantarse. Pero las estrellas seguían cayendo. Y volvieron las nubes, que traían el frío, y con el frío, el hielo. El mar se heló, blanco. Se desheló, azul. Y entonces vino el calor, que todo lo seca. Después volvió el hielo. Y el calor otra vez. Y luego el musgo y las matas y los árboles que salían del agua, y los insectos que volaban, y las flores, y los peces que andaban. Pero el frío no se cansó, ni el calor, ni las nubes, ni la oscuridad, ni las ranas feas, ni los sapos torpes, ni las cochinillas, que eran grandes como cabras, ni los ciempiés como serpientes, ni los lagartos como caballos, ni las gallinas monstruosas, con dientes en lugar de pico, y piel peluda y escamosa y piel plumada, que se mataban y se comían las unas a las otras.

Llamaron a la puerta. Toe, toe. Marta, que estaba abajo, dijo, voy. Abrió. Al otro lado estaba Sheila, que se protegía la cabeza de la lluvia con la chaqueta. Dijo que se le había olvidado la mochila, y Bernadeta, por el hueco de las escaleras, oyó la voz de Marta que decía, ¡pareces yo, que me lo dejo todo! El trote de la niña se metió en la cocina y luego salió. Sheila murmuró un adiós fugaz y Marta cerró la puerta, pero Bernadeta, arriba, en la habitación, pensó que, después de la muerte de Margarida, el mundo se había vuelto pequeño y había resultado difícil, imposible, esconderse. Y ya no habían dejado de llamar a la puerta. Unos detrás de otros.

Toc, toc, golpeaban. Abrió Bernadeta. Eran tres hombres. Tres chicos. Llovía y el aire estaba húmedo y olía a hojas mojadas. Dijeron, «Buenas noches, señora», y, atemorizados, miraron a la mujer que sujetaba la puerta, con esos ojos amarillos, de lagartija, sin pestañas. Bernadeta los escrutó. Uno de ellos dijo, «¡Nos hemos librado por los pelos, señora!». Bernadeta no respondió. Estaban pálidos, ojerosos, con las mejillas hundidas. Llevaban las alpargatas empapadas, la ropa pegada a los huesos. «Nos hemos librado por los pelos de quedarnos enterrados.» Se presentaron. El agua los salpicaba. El que hablaba se hacía llamar Pernales, su primo, Vampiro. Tenían los ojos y el pelo oscuros. Al tercero, que bajaba la cabeza y era el que más se mojaba, y era rubio y de piel sonrosada, le habían puesto Cachorro. Como si jugaran. El Pernales, que tenía una voz animosa y convincente, siguió, «¡Enterrados vivos!», profirió. «Temamos una cueva que parecía un buen sitio, que daba la impresión de que aguantaba y que no necesitaba que la apuntalaran.» El primo Vampiro, que tenía un tono amargo, cansado y triste, como la otra cara de una moneda, metió baza, «Ya dije yo que había que apuntalarla». Pero el Pernales continuó, «No apuntalamos nada, porque había piedras grandes encima. Y parecía una buena cueva. Bien escondida, estrecha al principio y espaciosa después, como una almendra». Bernadeta gimió,

pero con el estruendo de la tormenta no la oyeron, y el Pernales añadió, «Y esta tarde llovía y dijimos, “¡Salgamos!, porque con esta lluvia nadie va a echarse al monte y así podremos andar un poco de día”, porque a uno se le olvida andar de día. No habíamos caminado ni cien metros cuando le digo a este, “¿Llevas la bota?”. La bota de vino. No la llevábamos. Y volvimos a buscarla. Pero cuando llegamos, la cueva se había hundido. ¡No hacía más que un momento que habíamos salido! Si nos hubiéramos retrasado un poco más, ¡nos habría enterrado vivos!». Y entonces, el Pernales, como si se lo hubieran preguntado, dijo, «A nuestra quinta la acompañó a Barcelona un funcionario del ayuntamiento. Y de los treinta y cinco o más que teníamos que ser, solo fuimos una docena, porque los demás o se habían escondido o ya estaban en el frente, como voluntarios. Después de la revisión y de alistarnos nos dejaron volver a casa, pero cuando salimos del cuartel era la una de la madrugada y las pensiones estaban cerradas. Y tuvimos que dormir al raso, en la plaça de Catalunya, hasta que llegó la hora de coger el primer tren». Bernadeta ni lo oía, pero el Pernales siguió contando que aquella noche, durmiendo de cualquier manera, fue cuando empezó a pensar en no ir a la guerra y en emboscarse. «Porque tanto si iba al frente como si me pasaba al bando de los nacionales, les daría un disgusto a mis padres. Y entonces, mi primo», y señaló al hombre triste que estaba a su lado, «me dijo que él a luchar no ¡ría, que se escondería.» Y el primo Vampiro, taciturno, añadió, «Antes que ir a la guerra, o sea, al matadero…». El Pernales explicó, «Al principio nos emboscamos cerca de casa, y así ayudábamos. Hasta que un día casi nos pillan. Salimos de nuestra zona del bosque para ir a desayunar y a coger comida, y estábamos todos alrededor de la mesa cuando mi hermano menor se asomó a la ventana y gritó, “¡Vienen los carabineros!”. Y en vez de bajar por las escaleras, que no nos daba tiempo, saltamos por la ventana. Menos mal que mi hermana vio mi cazadora, que se había quedado colgada en el zaguán, y la metió en el caldero en el que se estaban cociendo las coles para los cerdos. Lo registraron todo, de arriba abajo, pero no miraron en el caldero. Y no paraban de preguntar que dónde estaban el hermano y el primo, y los de casa respondían que no lo sabían, que nos habíamos ¡do a la guerra y no nos habían vuelto a ver. Y se lo preguntaban a los niños, “¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está tu primo?”, y los niños respondían: “¡Matando fascistas!”, y cuando amenazaron a mi madre con llevársela, ella dijo, “Si quieren llevarme a mí, llévenme. Pero déjenme coger las agujas para hacer calcetines… Porque yo…, mis chicos…, se fueron y no sé dónde están”». Bernadeta, sin proponérselo, los vio escondidos en el bosque mientras el Pernales decía, «Y entonces dejamos de acercarnos a casa y, en vez de eso, cada

tres o cuatro días, mi padre nos llevaba al escondite lo que no podíamos conseguir solos, y nos ponía al día de las noticias de la guerra. Hasta que se lo llevaron, pobre padre. Porque su hijo y su sobrino se habían emboscado, y lo sabían. Y entonces venía tío Carlos a llevarnos de comer». Bernadeta entrevió a un hombre flacucho que les llevaba víveres, pero no supo quién era, si el padre o el tío Carlos. Le daba igual. «Tío Carlos nos contaba de los presos. Porque detuvieron a hombres y mujeres de todas las casas que tenían escondido a alguien. Cuarenta hombres y cuatro mujeres, esposas o madres de los emboscados. Y al principio dijeron que, por ciento cincuenta duros por barba, los soltarían, pero luego que no, que si no se presentaban los hijos o los maridos o quienes fueran, los familiares no saldrían. Pero mi hermana fue a ver a padre y él le dijo que de ninguna manera quería que nos entregáramos.» El primo Vampiro añadió, «Si no fuera por los presos, me daría igual que la guerra durara un año más, o dos». El rubio no decía nada. El Pernales farfulló, «Entonces fuimos a emboscarnos más lejos porque la cosa se estaba poniendo fea. Por no dar problemas a los de casa. Y estábamos quietos, muy quietos, en el bosque, y solo cuando ya era de noche hacíamos algo de gimnasia o requisábamos unas pocas habas o patatas. Pero, señora, elegíamos con mucho cuidado a quién se las requisábamos. Y si empezábamos a sospechar que sabían dónde dormíamos, nos emboscábamos en otra parte. Y luego nos encontramos a este, que iba solo, y nos lo llevamos, porque con esa cara de *cachorro*…», dijo, señalando al rubito. «Antes de la guerra iba para seminarista, y ¡dibuja la mar de bien!» Y bajo la lluvia exclamó, «Enséñale lo bien que dibujas, Cachorro, enséñaselo». Y el que antes de la guerra iba para seminarista se sacó del pecho unas cuantas hojas amarillas, «No sabíamos que había una casa tan cerca», murmuró, y fue lo único que dijo. Pero el Pernales, como si fuera peligroso quedarse callado y tener que esperar una respuesta de esa mujer angustiosa, continuó, «Y entonces encontramos la cueva con forma de almendra, y ahora este nos enseña a dibujar, y nos pasamos el día vigilando y dibujando». Los dibujos, que eran de burros, cerdos, caballos y de un perro, y de una niña con un ramo, se mojaron. Y entonces el Pernales se lamentó, «Con lo buen escondite que era esa cueva, porque era baja, de tres palmos por cuatro, de tejón, que había que entrar arrastrándose. Primero la cabeza. Y ¡qué suerte tan puta que hoy, con esta lluvia, se nos haya hundido!». Bernadeta cerró la puerta. Y echó el cerrojo. Los chicos llamaron y gritaron, «Por favor, señora, que no vamos armados, estamos hambrientos, lo poco que teníamos se ha quedado bajo tierra, denos algo de comer». Pero Bernadeta no les habría dado nada aunque hubiera tenido algo que darles. «Por favor, señora, que si nos encuentran nos matan.» Que os

encuentren, que os maten, pensó.

Bernadeta le acariciaba los bigotes de gata, el vientre con ocho pezones, las pezuñas, los pechos de mujer, los cuernos, el cuello venoso, las ubres de cabra. Lo llamaba por mil nombres. Cuchicheándole al oído. Lo llamaba Cosa bonita y Cosa fea, Lechuza y Pérfido, Extraño y Parte mala. Lo llamaba Verdugo y Ladrón de vida, Querido y Lucero vespertino, Cabrón y Casco redondo, Rey del Averno, Picaro, Dragón y Príncipe de las tinieblas, León, Gran macho, Rabón, Piel de cabra y Pequeño maestro, lo llamaba Trueno, Mirlo, Cornudo, Cuernín, Cuernines y Cuernoverde. Lo oía reírse a oscuras. Una risa gutural que Bernadeta se tragaba porque apestaba a roca húmeda, a anís y a semen. Le susurraba, Viejo amigo, y Brillo, Brillo de los ojos y del sol y de las estrellas, Luz de mediodía, Angel azul, Minino, Pecador desde el principio, Adversario, Escuerzo, Casco hendido, Mala bestia, Toro bravo, Hijo del aire, Portador de la aurora, Insensato, Colilargo y Colicorto, Señor de la noche, Caído del cielo y Maligno, Rodillas peladas, Patas de cabra, Palomino, Principio y final, Desvergonzado y Sinvergüenza.

Sin embargo, a veces el demonio se le escurría de entre los brazos. Y no se convertía en una gata dócil, ni en un toro altanero, ni en una cabra simpática, sino en un fardo miserable. En un despojo afligido, en una cáscara triste y solitaria que no quería amar ni ser amada. En un hombre feo y digno de lástima, en una cabra desnutrida y cabizbaja, en un toro melancólico y compungido que solo quería dormir, encogido y tapado con una capa pesada de penas, bordada y con perlas. En un macho encanijado, enterrado por una montaña entera de impresiones lejanas en las que no estaba Bernadeta. Se lamentaba y añoraba otros tiempos. Otras compañías. Las grandes hogueras y los animales salvajes. Las flautas. Las salpicaduras de agua transparente de las pozas y los estanques. El olor de la hierba removida. Las risas como cascabeles. Las empresas de antaño. Las obras y los cometidos de antes. De antes, cuando era un gigante. Cuando era una cabra siempre alegre. Silvestre. Primogénita. Ni justa ni injusta, ni buena ni mala. Cuando era un monstruo con ojos de fuego, una fiera alada con pezuñas y cuernos. Con brazos de hombre y patas de macho cabrío. Recordaba los tiempos pasados cuando llevaba séquito, y lo ponían en medio del corro, le ofrendaban fruta y quesos, lo peinaban y le engalanaban el pelo y las barbas. Tiempo ha, cuando lo querían, cuando lo necesitaban, cuando lo llamaban, cuando le ofrecían sacrificios y le pedían, de rodillas, desnudos, ungidos, bailando con el culo al aire. Contaba las almas. Las que había ganado y las que había perdido por insensato. La del viejo de Sant Hilari que quería cruzar el río una mañana cuando venía lleno. La de la moza de Girona que iba a casarse en la otra orilla del Ter y el día de la boda el

río bajaba hinchado. La del ama de Can Besa, que quería un pozo. La de la mujer fea de Seva, que quería un marido que fuera heredero. La del señor de Montclús, que imploraba que le devolvieran sus riquezas. La del heredero del Molí Nou, que anhelaba el amor de una muchacha que sentía una gran indiferencia por él. La del heredero de Quintanes, que quería lo mismo, pero de otra doncella. La de los prebostes de Sant Antoni, que no encontraban orquesta. La de Queló de Gurb, que nunca terminaba de segar a tiempo. La del señor de Balsareny, que anhelaba un palacio con cien habitaciones. La del señor del Castell de les Escaules, que deseaba un camino llano. Y la de aquel arriero de los Hostalets, que cargó el carro más de la cuenta y las muías no podían subir la cuesta. Bernadeta le musitaba palabras tiernas, pero él le daba la espalda, «Yo soy aquel al que nadie quiere», le decía. Bernadeta tendría que haberlo intuido. Tendría que haberlo visto venir, ella, que todo lo veía, que un ser caprichoso y volátil siempre se va. Siempre huye. Siempre se esconde. Siempre se escapa, cobarde. Como un cervatillo, como una serpiente, como una rata. Pero no quiso verlo. Porque lo único que quería, por favor, era que su amigo volviera a jugar y a abrazarla y a mirarla con ojos de cabra. Y entonces descubrió que la masía lo curaba. Que la casa le sanaba de la melancolía y de la pena. Nunca le habían permitido entrar. Lo dejaban fuera, en el huerto, en la era. Como a una bestia. Y si ella le decía, «Vamos a la masía», a la gata quejumbrosa se le iluminaban los ojos. La cabrita levantaba las orejas. El toro revivía. El hombre se olvidaba de compadecerse y lamentarse. Entraban por la noche. El demonio cruzaba la puerta con semblante grave. Emocionado. Travieso. Miraba el zaguán oscuro con la cabeza levantada y la boca entreabierta. Observaba las vigas, las puertas, las ventanas. Tocaba las paredes. Se metía en la cocina, absorto, y miraba el hogar. La mesa, las sillas. El techo. Subían al piso de arriba. Acariciaba los peldaños. Daba la vuelta a la sala. Doblaba las rodillas y levantaba las patas de gallo. Primero una, después la otra. Alzaba los hombros hasta las orejas y ponía los brazos en alto. Bailaba. Abría los ojos como dos pozos y sonreía con la boca fea. Bonita. Voluptuosa. Alegre. Con la espalda jorobada, se arrimaba a Bernadeta. Se abrazaban y se refregaban. Se empujaban contra las sombras, contra las escaleras. Y Bernadeta lo mordía, como una manzana, como un higo, como una granada. Se lo tragaba y no soltaba el mordisco, aunque ya no fuera el hombro de un hombre, sino el pescuezo de una gata dócil o el cuello de un toro feroz que apenas cabía en la sala.

Pero seguían llamando. Toc, toc. Como locos, toc, toc. Gritaban. «¡Abrid! ¡abrid! ¡abrid!» Amenazaban con echar la puerta abajo si no les abrían la puerta. Y Bernadeta pensó, que la echen abajo. Porque le daba igual. Pero no la echaron abajo. Un hombre con chaqueta y fusil

se metió en la casa por la ventana de la cocina. Descorrió el cerrojo del portón y entraron tres hombres más. No eran los muchachos que se llamaban Pernales, Vampiro y Cachorro. Iban armados y no se habían mojado, porque ya no llovía. Y ya no era de noche, sino de día. La luz que se colaba por la puerta era aterciopelada y rosa. Se echaron encima de Bernadeta. Uno de ellos, de ojos azules y cara colorada, la agarró por el pelo. El que había entrado por la ventana la señaló y dijo, «Está preñada. Fíjate en el vientre». Bernadeta se miró el vientre. Le soltaron el pelo y la levantaron, uno por cada brazo. El tercero, que llevaba boina y bigote, preguntó, «¿Dónde los has escondido?». Entonces, el cuarto, que era bajo y rechoncho, escupió y exclamó, «¡Aquí apesta a madriguera!». Y la sermoneó, «Los compañeros de los diferentes sectores antifascistas luchan y mueren en los campos de batalla por la causa común. Y cuando los malos hijos del pueblo se esconden y huyen como cobardes, olvidando sus deberes en la guerra contra el fascismo, se sientan a la mesa de los traidores». Bernadeta casi no lo veía ni lo oía. El hombre añadió que esos tres renegados que se llamaban Josep y Pere Casas y Frederic Amorós, aunque a ella se le hubieran presentado como Pernales, Vampiro y Cachorro, cuando los atraparon, confesaron que era ella la que los ayudaba. Que les llevaba comida y mantas. Y declararon que tenía protegidos por todas partes. La casa llena de cobardes y desertores escondidos como ratas. Lo registraron todo. El de los ojos azules y bonitos, en medio de una cara colorada y endurecida, no le quitaba ojo. Le decía, «¿Dónde lo tienes? ¿Dónde está el que te ha hecho esa panza?»

Bernadeta no había visto acercarse a ninguno de esos hombres porque, abrazada al demonio, solo veía caer el cielo. A trozos. Volver el frío. La nieve y el hielo. Las alimañas hambrientas. Después más estallidos, desgarrones y chispazos. Humaredas anaranjadas, lilas, rojas. La lluvia de fuego. Y las nubes negras. Las gallinas como vacas y las lagartijas emplumadas tumbadas a oscuras, con la boca abierta. Los árboles dormían bajo la nieve. Los ríos, bajo la ceniza. La noche era igual que el día. El día, igual que la noche. Y entonces apareció un sol con camisola blanca, lejano y enfermizo, y se lo llevaron las brumas. Pero los árboles secos, partidos, caídos, quemados y arrancados de raíz lo habían visto. Y muy poco a poco, y muy prudentes, tiraron de los brotes delgaduchos de las hojas verdes como dedos en su busca. Y muy cautelosos, lentamente, aparecieron los bigotes, las patitas con garras, las orejas, los dientes de los supervivientes. Los animales pequeños que se habían escondido. Los ratones, las comadrejas, las ardillas, los lirones, las ratas, las musarañas, los topos. Cuando Bernadeta se encontró a Margarida muerta en el suelo, con las manos juntas, los ojos y la boca abiertos, no pensó que se había quedado sola, porque siempre había estado

sola. Y no vio la soledad terrible, como una bofetada, hasta que se fue el olor. De repente. Tal como había llegado. Arrastrándose por el suelo. De puntillas. Y una mañana ya no estaba en ningún sitio que pudiera olisquear. Bernadeta gritó porque se había contemplado despatarrada. Con las piernas abiertas. En la cocina. Partida por la mitad. Con la barriga hinchada e inmensa, pariendo sola una niña. Y lo buscó. Cerró los ojos y buscó al demonio dentro de todos los días y de todas las noches que le quedaban por delante, hasta la muerte, como le había dicho a su hermano que moriría, en su cama, viejita, soñando. Pero el demonio no estaba. Se había ido. Corrió, tropezándose, hasta la pared de roca, y dijo, «¿Adonde vas? ¿Por qué te vas?». Le salió una voz chillona, «¿ADONDE VAS? ¿POR QUE TE VAS?». Después aullaba, enloquecida, «¡LO HE VISTO!», vociferaba, «¡COBARDE!», chillaba, «¡HE VISTO QUE TE IBAS!». Nadie respondió. Bernadeta gemía, «¡Cobarde, cobarde, cobarde!». Se metió en la cueva dando alaridos como una raposa, aullando, «¿POR QUE TE VAS? ¿POR QUE TE VAS?». Arañó el frío del interior de la madriguera, la negrura, la humedad, el suelo. No recibió ninguna respuesta. Y entonces rugió, «¡SI TE VAS, PUES VETE!». No veía nada. «vete. Vete y no vuelvas nunca.» Lo insultaba, «Traidor, mentiroso, ladrón, engañador, falso, desertor, miserable, renegado, cobarde». Lloraba. Pero él no respondía. Se lo imaginaba encogido, a oscuras, cabizbajo, lastimoso, incapaz. «¡Cobarde, cobarde, cobarde!» Después, espeluznada, pensó que a lo mejor ni siquiera estaba allí dentro. Arañó el aire. Dio golpes en las paredes, se abalanzó contra ellas y, a cada acometida, repetía, «¡Vete, vete y no vuelvas nunca!», con toda la crueldad de la que era capaz. «Si te vas, no vuelvas nunca. Si te vas, no vuelvas nunca. No vuelvas hasta que me muera, porque si vuelves antes no querré verte, no querré quererte. No vuelvas hasta el día en que me muera.» Salió del agujero y lo tapó con rocas que pesaban más que ella.

«¡¿Dónde lo tienes?!», le gritaba el hombre de la cara morena y los ojos azules. Le señaló el vientre. Bernadeta volvió enseguida. A la guarida de roca. Arrepentida. Enfriada. Compungida. Quitó las piedras que tapaban el agujero con las uñas llenas de sangre. Se metió otra vez, arrastrándose, llorando, pidiendo perdón. «¡¿Dónde está?!», el hombre le sujetaba la cara en alto, pero Bernadeta no lo veía. No estaba. Allí dentro no había nadie. Allí debajo. Solo un rastro aguado y doloroso, cada vez más impregnado del olor a piedra mojada y a los bojes de fuera. Bernadeta se enroscó, enferma, desolada, desgarrada. Se abrazó a sí misma y los sollozos la embestían a golpes, pero no había forma de consolarse. «¡¿Quién te ha hecho esa barriga?!» El hombre le levantó la barbilla y la sacudió. Y entonces Bernadeta se encontró con aquellos ojos azules y, fría como la escarcha, dijo, «El

demonio». Después se echó a reír, enloquecida. Volvieron de registrar la casa con las manos vacías. La rodearon como perros de presa. Bernadeta se agarró el vientre cargado de veneno y empezó, tranquila, grave. Cruel. Miró primero al de los ojos azules. Le dijo, «Se te va a romper la corredera de la pistola». El hombre llevaba el pelo peinado hacia atrás. Los ojos eran realmente bonitos. «Vas a disparar por la espalda a unos hombres que correrán, y la corredera de la pistola se te clavará en un ojo hasta el fondo. No les darás y el ojo se te derramará como una yema de huevo», sonrió, «vas a gritar. Pero no te vas a morir enseguida. No. Te morirás poco a poco, de la infección.» Dio media vuelta. Señaló al del bigote y la boina. Le dijo, «¡Tú!». El hombre se asustó. Le gustó que se asustara. «Cuando te maten cantarán con la boca abierta y el puño levantado. Os habrán encerrado como a las gallinas, con alambres, en una playa extranjera. Solo arena y viento y mar y soldados de piel negra con los que no os podréis ni entender. Irás solo a la letrina y tus compañeros te matarán. Con los pantalones bajados. Dos te van a sujetar y uno te va a apuñalar y cantarán.» Buscó al siguiente. «¡Tú!», miraba al más bajo, el que la había sermoneado, y se reía «Te van a ahorcar». Se rió aún más de la cara que puso el hombre. «Van a ir a buscarte a casa, porque no vas a huir. Cuando perdáis no vas a huir. Te van a llevar a declarar y te van a condenar. Te van a ahorcar en una plaza y no te van a bajar hasta que se te pudra el cuello y se te suelte la cabeza.» Se volvió buscando al último. Le dijo, «¡Tú!», implacable. Era el que había entrado por la ventana. El chico la miró con miedo, y Bernadeta dijo, sin piedad, «Te van a pegar un tiro en la cabeza, en medio de las escaleras más altas y largas que has visto en tu vida. Os van a obligar a subirlas y bajarlas cargados con piedras, muchos hombres, como hormigas, trajinando piedras arriba y abajo, y cuando no puedas más te vas a caer como un saco, un soldado extranjero te va a disparar a la cabeza y te van a arrastrar escaleras abajo con un gancho». Se sujetó la barriga. Después añadió, «¡Vais a perder la guerra! ¡Vais a perder la guerra!». Y el más bajo, el que se iba a pudrir en la plaza, y el de la cara morena y el ojo agujereado querían hacerle daño. Los otros dos los sujetaron. La llamaron «puta», «bruja», «loca». Y Bernadeta gritaba, pero ni siquiera ella sabía si reía o lloraba. Dentro de sus ojos todo era negro. Tan negro como había visto que sería el cielo cuando se apagara el sol con un estallido que lo mataría todo y se hiciera de noche para siempre.

Bernadeta parió como predijo que pariría. Sola. En la cocina. En el suelo. Despatarrada. Con las piernas abiertas. Entumecidas. Y los ojos cerrados. Transpirando, gruñendo, empujando y obligando a bajar a unas manos que se abrían camino entre el sudor, la humedad y los escalofríos, hasta que tocó la cabeza de la criatura, que todavía estaba

dentro. Cuando la palpaba se movía. Bernadeta apretó los dientes y, como no podía huir, miró el dolor. A la cara. Era un pozo de agua negra. No se veía el fondo y la superficie brillaba, aceitosa y moteada de bichejos muertos. Se tiró de cabeza. Desde dentro, cogió a la criatura, sin gritar, porque no la habría oído nadie. La sacó de aquella poza pegajosa arrastrándola como a una lombriz, hasta ponérsela encima del vientre. Era una niña peluda, bien formada, cubierta de sangre y de manteca. Pero cuando Bernadeta la miró, chilló. Le puso una mano en el culo y lloró. Y esa niña, que todavía no sabía que su madre y ella ya no eran la misma cosa, también berreó, como si esa pena fuera suya. Con el mismo llanto desgarrado y terrible que rasgaba a Bernadeta. Porque no podía ser, no podía ser, se decía, que ese ser tibio, al que pondría de nombre Dolça, hubiera nacido sin cola. No podía ser de ninguna manera, porque Bernadeta había visto que iba a tener cola. Lo había visto. Una cola de cabra, como su padre, preciosa y divertida, corta y peluda.

Entonces bombardearon Sant Hilari, y a Bernadeta le sorprendió oír las bombas tan cerca. Y cuando terminó la guerra llegaron las mujeres. Las que habían perdido. Cargadas de preguntas. Bernadeta las recibía en esa cocina cochambrosa en la que hacía siglos que se habían abandonado todos los preceptos de hospitalidad, orden y limpieza, y no les ofrecía nada de beber. Se exprimía los ojos como si fueran limones a cambio de un manojo de cebollas, de una talega de fideos, de cuatro patatas, de algún huevo como un tesoro, de un hueso de jamón o de un trozo de panceta. Y les decía dónde estaba su marido. El de cada una. Enterrado en un agujero. Qué les habían hecho a su hermana y a su hija los que habían ganado la guerra. Dónde habían tirado a sus dos hermanos. A su padre. A un hijo. A su prima, madre de tres niñas. «Fueron a buscar a tu hermana, pero tu sobrina suplicó que no se la llevaran. Y, como se la llevaron de todos modos, la acompañó, porque no creía que a ella, que era una niña pequeña, fueran a matarla también.» «A tu hijo lo fusilaron y lo tiraron a una fosa con otros ocho hombres.» Y en la cocina del Mas Clavell la madre gritaba, «Hijo mío, hijo mío, los que te mataron tendrán tiempo de arrepentirse, pero tú no». «Mataron a tu marido y a su hermano.» «Las forzaron y después las mataron.» «Los amontonaron en una fosa.» «A tu hijo primero lo torturaron y luego lo fusilaron.» Los ojos de las mujeres manaban como chorros terribles. «La fusilaron. Eran un grupo de dos mujeres y tres hombres con las manos atadas, pero los seguía un chico. Los hombres armados que los llevaban lo echaban y, con gestos, le decían que se fuera. Pero cuando pusieron a los detenidos en fila, el joven abrazó a tu hija y se quedó allí, y, como no se separaba, los mataron juntos.»

A veces, en el piso de arriba, Dolça chillaba como un lechón.

Gritaba y vociferaba, y a las mujeres les temblaba la espalda de arriba abajo. Pero su madre no se movía. Venían avisadas. Bernadeta las oía en la puerta diciéndose unas a otras, «Que no os toque la Sargantana, porque si os toca la Sargantana, apañadas estáis. Y no la miréis a los ojos. Porque si la miráis a los ojos, verá vuestra muerte». Porque siempre acertaba. Había dicho cómo iban a matar a los del comité revolucionario. Lo había adivinado. Y se había corrido la voz. Y también les había dicho que perderían la guerra y la habían perdido. Y hasta había confesado que, antes de que estallara la guerra, ¡vivía con el demonio! Y aunque al principio esos cuatro hombres no se lo creyeron, ahora había quien se lo creía. Y las mujeres murmuraban que la mocosa esa que chillaba en el piso de arriba era un engendro, fea, peluda, medio cabra, medio niña, porque era hija del cabrón de Biterna. Otras incluso aseguraban que los del comité habían encontrado al maligno escondido en la casa, y que se lo habían llevado a Girona para tomarle declaración, y allí había confesado todas las maldades que había hecho como demonio desde tiempos inmemoriales. Y que después lo habían fusilado y le habían cortado los pies, que eran de gallo, y los habían llevado a Barcelona, pero que con el trajín de la guerra se habían perdido. Y antes de entrar exclamaban, «¡No era Satanás, mujer! Era un demonio pequeño, inferior, un mandado, ¡¿qué hubiera pintado Satanás por estos lares?!». Y otra añadía que, cuando tiraron el cadáver sin pies a la cuneta, su cuñada lo había visto y decía que parecía un hombre normal y corriente. Y seguían, «Yo no me creo que mataran al demonio», «Yo no me creo que viviera con el demonio», «Franco es peor que cualquier demonio», «Calla, Enriqueta, haz el favor». Pero no se callaban. Murmuraban que el demonio tenía el miembro como un brazo. Áspero como un rallador. Rojo y morado y con tres puntas como tres horcas, y que por eso Bernadeta las miraba con esa cara de loca, de altiva y de rediviva, de muerta de sed y de condenada. Porque ya no tenía cómo desfogarse de los instintos más bajos, los más profundos, esos abismos de placer que se meten dentro hasta el infierno y que ningún hombre es capaz de satisfacer.

En el piso de abajo, Marta entró en la cocina y se metió en la despensa. Salió con una botellita empañada. La destapó y rebosó espuma. Acercó la boca y dio un trago. Soltó un gemido de placer. Después sacó un cuchillo del cajón y una madera, y se sentó en su punta de la mesa a cortar longaniza. Las mujeres estaban otra vez mirando por la ventana. Estiraban el cuello, atisbaban el exterior, se ponían de puntillas y se reían. Marta picó una rodaja, bebió y sacó el espejito, y la voz de Alexandra, como si se hubiera quedado atrapada en la cocina, volvió a decir, mamá, no encuentro las zapatillas blancas, ¿sabes dónde están?, la bisabuela está dormida y no la he

despertado, ahora nos vamos a Olot, mua. Marta tragó la longaniza que estaba masticando, se acercó el espejito a la boca y exclamó, ah, no sé dónde están, pero voy a buscarlas, y si las encuentro te aviso. Buenas noches, cabrita, que os divirtáis. Después dejó el espejito en la mesa, boca abajo, y dio otro trago. El tamborileo de la lluvia era acogedor. Marta miró hacia la ventana, como si percibiera que todas esas mujeres estaban allí arrimadas. Aburridas de tanto esperar. Chismosas y emocionadas. Dándose codazos y culazos unas a otras, sonriendo y preguntando:

—¿Lo veis? —Pero no veían nada porque la noche era oscura, opaca, titilante y lluviosa; estaba hecha de salpicaduras grises, de manchas lóbregas y de sombras tenebrosas. Entonces Dolça se asomó de entre los brazos y la cintura de las mujeres. Abandonó el batiburrillo de hombros, salió corriendo de la cocina y cruzó el zaguán con la boca abierta. Primero notó el olor a cabra, después los balidos. Las cochiqueras estaban a oscuras. Dolça intuyó la carroza y, en el fondo, los bultos que eran los animales. A tientas dio con lo que buscaba. Abrió un saco de grano y metió la mano. Agarró un puñado y volvió a la cocina al trote, con el puño lleno. Cogió un plato, echó en él la comida de cabra y volvió a sumergirse en el bullicio de caderas y pescuezos hasta que consiguió abrir la ventana. Entonces estiró un brazo y puso el plato fuera, en el alféizar, como una ofrenda. La cerró enseguida y Joana se rió como una yegua. Las mujeres estiraron más el cuello y las puntas de los pies, escudriñando la oscuridad entre los árboles. Buscaban la mancha negra de un toro inmenso, la silueta de un macho tentado por esas exquisiteces, los ojos brillantes de una gata de tres colores, o la forma encogida de un hombre feo bajo la tormenta.

A Dolça nunca le gustaron las mujeres lloronas que visitaban a su madre, porque se santiguaban cuando la veían. Pero sus hijos le gustaban menos todavía, porque le tiraban piedras. Enseñaban unos dientes torcidos, salidos y amarillos, y le preguntaban a Dolça si su padre era un cabrón. Se ponían los dedos por detrás de la cabeza, como cuernos, y le decían que su padre era el cabrón de Biterna, y que montaba a la bruja de su madre, a la que llamaban Sargantana. Y se reían. Añadían que las brujas vivían mil años y que eran viejas y feas, bizcas, defectuosas y peludas, con cosas que les faltaban o cosas que les sobraban. Y aseguraban que Dolça había nacido con cola de cabra y que su madre se la había cortado con unas tenazas al rojo. Dolça respondía que no era verdad, que ella no había nacido con cola, pero no la escuchaban. Le decían, «¡Tanta cazuela y tanta olla y el puchero en la lumbre con agua sola!» y «¡Cuando Barcelona era pradera, Tosca era ciudadela!». Iban detrás de ella gritando, «¡Cara de cabra, espantajo, eres más fea que un pecado! ¡Eres más fea que pegarle a un

padre! ¡Fardo! ¡Mono! ¡Topo!», y Dolça huía a la carrera porque no quería que comprobaran si tenía cola o no.

Por eso a Dolça le gustaban tanto sus amores. Porque, en vez de ser una pandilla de niños que le tiraban piedras y le gritaban despropósitos, eran chicos y hombres solos que le decían galanterías. Dolça entendió enseguida que cuando los niños y los chicos se juntaban decían cosas crueles, pero, de uno en uno, decían cosas bonitas. Y a Dolça llegaron a decirle muchas. Muchas más que las impertinencias que le soltaban todos los niños de Sant Hilari juntos. Y eso significaba un montón muy grande de halagos, de flores, de cochinadas y zalamerías murmuradas al oído, porque esos niños descarados le habían gritado muchas cosas feas. Pero es que Dolça había tenido una retahila de amores tan larga que no se veía el final. Que si pasaba lista no se terminaba. El Manta y el Flabiol, el Mal Aquí y el Nen Jesús, el Mal Calador y el A poc a poc, el Filet y el Sardina, el Sisí, el Puça, el Bonatarda, el Regalim, el Neula, el Lleig, el Pantano…, eran tantos que a media lista Dolça se despistaba…, porque pensaba que, si le hubieran hecho elegir a uno de todos sus novios, no habría podido. No. De ninguna manera. Imposible. Nada de eso. Pero si le hubieran dejado elegir a dos…, si se pudiera elegir a dos, se habría quedado con el Lleig y con el Pantano.

El Lleig al principio fue solo una voz entre los árboles que decía, «No tengas miedo, muchacha». Y fue una buena idea que la avisara, porque el hombre tenía la cara quemada y parecía la luna. La mejilla menos deshecha estaba bronceada y curtida y sin afeitar. Era fuerte y corpulento, llevaba unos pantalones grises con polainas de cuero y botas y, susurrando, le pidió un trozo de pan y un trozo de tocino y algo para curarse la rodilla, que se le había hinchado de tanto andar. Con voz de animal salvaje, baja y ronca de no usarla, también le preguntó si tenía el periódico del día. Dolça no lo tenía, pero le llevó aceite para los golpes y un trozo de pan. El hombre se escondía en el bosque. Y Dolça se quedó mirándolo mientras se remangaba y se untaba con mucho cuidado el gemelo marcado, los pelos rizados, el muslo fuerte y la rodilla protuberante. También tenía las manos quemadas. Dolça le preguntó cómo se había quemado. Pareció que el hombre no iba a responder. Pero entonces el Lleig le contó que su casa se había incendiado cuando él tenía ocho años y su hermana cinco. Él se había quemado la cara y las manos y su hermana se había quemado entera. Y se había muerto. Y unos años después, en esa misma casa, que debía de ser una mala casa, pensó Dolça, un rayo se había colado por la chimenea, había alcanzado a su madre y la había matado. Pero la muerte no le había quitado a él las ganas de luchar ni de tener ideas. Ni la muerte de su hermana ni la de su madre ni la de todos sus amigos y compañeros. «Aunque lo peor de todo», musitó, «no es

morirse. Todos nos tenemos que morir un día u otro. Lo peor es la soledad.» Y cuando empezó a hablar, como si hiciera años que no hablara, le cogió el gusto, y a Dolça le agradaron sus historias de sabotajes y atracos, y de hombres agrestes y tímidos, escondidos en bosques como jabalíes. Le contó la vez que más lo había asustado la muerte. Cuando unos soldados alemanes mataron a todo un pueblo. Dolça no sabía dónde estaba Alemania y el Lleig se lo señaló, «Para allá». El Lleig y sus hombres habían saboteado un tren. Lo habían hecho descarrilar. Dolça nunca había visto un tren y se lo tuvo que describir. Se lo imaginó como una casa con ruedas pequeñas. En represalia, los alemanes quemaron un pueblo entero. Y entonces el Lleig, que era capitán, «un capitán que pelaba patatas», y cincuenta guerrilleros asediaron y aniquilaron una compañía entera de esos soldados alemanes. Pero a veces el Lleig aún pensaba en ello y no daba crédito, doscientos niños y doscientas mujeres quemados como si tal cosa. Y le contó que había luchado en la guerra aquí y que después se había ¡do a Francia, y había luchado allí. Dolça tampoco sabía dónde estaba Francia, y el hombre le indicó, «Para allá». Pero que Dolça supiera tan poca cosa de esas guerras y de los países que habían participado en esas guerras, que habían sido las guerras más importantes del siglo, era terrible, le decía, porque si todo el mundo las olvidaba, si nadie se acordaba de ellas, de esas guerras, volverían a quemar a doscientos niños y a doscientas mujeres como si tal cosa. Dolça le miraba la boca, que solo se le había quemado por un lado. Y el hombre afirmaba que, iluso de él, había creído con toda la esperanza, de verdad, que cuando se ganara esa guerra, que no era francesa, que era mundial, los aliados también derrocarían a Franco y se acabaría el fascismo. Dolça le miraba la barbilla, con partes que tenían pelos y partes que no. Y el Lleig la advirtió de que, aunque allí todo el mundo hacía como si ya no hubiera guerra, en realidad la había. Y entonces Dolça le cogió las manos y los brazos quemados y se los puso alrededor del cuerpo, como un abrigo que olía a hoguera. El hombre con la cara deshecha le dijo, «Espera, muchacha, espera», pero Dolça le acarició las formas como líquenes, y los musgos que le bajaban por el cuello y el pecho, y le volvió a poner las manos donde estaban. Cuando terminaron de quererse, el Lleig le recitó poemas de amor en castellano. Decían, «Quiero tener mi tumba lejos de los campos santos, donde blusas blancas no haya, ni panteones dorados. Quiero que mi tumba sea cubierta de espinos altos, que brote a sus alrededores hierba para los ganados, y que descanse a mi sombra el perro negro cansado. No quiero que a mi entierro vengan curas laicos ni romanos, y las flores han de ser un manojo de punzantes cardos». Dolça no entendía el castellano, pero le gustaba la cadencia. Después, el Lleig le dijo que habría dado la vida por un cigarrillo. Pero suspiró,

porque una brasa de cigarrillo encendido se veía desde muy lejos, y por eso había tenido que dejar de fumar.

Dolça llamaba Pantano al Pantano porque trabajaba en la construcción de una presa entre esas montañas. Olía a agua con verdín, llevaba un bigote grueso y era alto y moreno, con los brazos y los muslos fuertes de tanto trajinar piedras y mover carretas. Y charlaba y charlaba como si charlar fuera su única forma de existir. Tenía una manera de hablar alegre, y decía, «Mi palabra favorita en esta lengua extraña que solo habláis aquí, entre estas montañas, porque aquí vive la gente como si estuviera escondida, como alimañas, es dolsa. ¡Dolsa, dolsa, dolsal». Hablaba en castellano, como el Lleig cuando recitaba poemas, porque era de un pueblo que se llamaba Torredonjimeno. Dolça apenas lo entendía, y él apenas la entendía a ella. Pero entre las cosas que decía el Pantano, Dolça distinguió la palabra «Barcelona» y la palabra «pantano» y la palabra «Mateo», porque el Pantano había ido a Barcelona a buscar trabajo con un amigo suyo del pueblo que se llamaba Mateo, y les habían dicho, «¿Queréis trabajar en un pantano que están empezando a construir?». Pero, de tanto oírlo hablar, Dolça lo comprendía cada vez mejor. Pantano le contó que Mateo y él habían cogido un tren a Vie, y que en el Hotel Colón habían encontrado a un chófer que conducía un camión que iba a la presa. Tenían tiempo de sobra y habían ido a una plaza, que era la plaça deis Mártirs, y habían comido garbanzos. «Garbanzos como los hacen aquí. ¡Cocidos con agua y escurridos y les echan un poco de aceite y sal y hala!» Y dijo que cuando salieron a la calle le preguntó la hora a un joven y el chico le dijo, «Dos quarts i mig de dues», y el Pantano, riéndose, exclamó, «¡Me quedé sin saber la hora que era!». Pero cuando subieron a la caja del camión y vieron las montañas que se acercaban, tan oscuras y escarpadas, los dos amigos pensaron, «Vaya un sitio al que nos van a llevar». A veces el Pantano se enfadaba y exclamaba, «El jornal en el pantano es de diez pesetas y media, y las horas extras se pagan a peseta y media. Un kilo de pan negro vale dieciocho pesetas, el blanco, veinte. Te dan un pan, pero te lo desquitan de la semanada, ¡y así se hacen los pantanos!». A Dolça le gustaban las historias de cómo se construía un pantano. Y las de dar la mano, que dar la mano quería decir terminar de trabajar. Y las de volver a las barracas, cuando el Pantano y Mateo recogían leña y uno se quedaba a cortarla pequeña, para encender fuego y empezar con la comida, y el otro se iba a la cantina a buscar «arroz y patatas y una cola de bacalao». La madre del Pantano era buena cocinera y le había enseñado a cortar las patatas «así», si eran para cocer, o «asá», si eran para freír, y suerte que había aprendido algo, porque ahora podía valerse por sí mismo, y el Pantano y Mateo cenaban mejor que nadie de las barracas, y al día siguiente todavía se llevaban a la obra lo que

les había sobrado para almorzar. La besaba sin dejar de hablar y no paraba ni para coger aire cuando decía, «¡Cuando llegamos al pantano hasta las herramientas eran escasas!», pero por suerte era verano y hacía buen tiempo y, con una manta que les dieron, sin sábanas, se podía aguantar. «Pero luego vino el otoño y no había quien pudiera conciliar el sueño, que no había pasado yo nunca tanto frío ni había yo nunca abrazado a otro hombre. Pero a mí no me importa si algunos se ríen y me llaman maricón, ¡que yo no me quiero congelar!» Y le contó que, la primera Navidad, su madre le había mandado un paquete con un par de chorizos, «que eso fue la mayor alegría que había tenido yo hasta entonces en estas tierras. Y nos los comimos con un litro de vino, y uno, que era de Córdoba, a quien también le dimos chorizo, dijo, "Vamos a la Misa del Gallo", y fuimos. Y como en Andalucía en Nochebuena se va con las botellas y las botas de vino a la iglesia, y se bebe y se canta hasta que empieza la misa, nosotros bebimos y cantamos hasta que salió el cura y nos dijo que eso no era un bar para estar cantando y bebiendo. Y le contestamos que en Andalucía lo hacíamos así, y respondió, "¡En Andalucía tenéis otro Dios!", y salimos pitando de esa iglesia, que pronto será cobijo para los peces».

A veces hablaba de los muertos. «Desde que yo llegué, han muerto once. Y antes de que yo llegara murieron al menos otros cuatro.» A uno de ellos lo conocía mucho. Se llamaba Hipólito y también era andaluz. Se le cayó un vagón encima y lo aplastó. El Pantano, que estaba en el taller cuando se enteró de que «al Hipólito lo ha cogido una vagoneta», cargó con una litera y salió pitando, pero cuando llegó le dijeron, «No corras que ya es tarde», y se dio media vuelta porque no quería verlo aplastado. Otras veces le contaba cosas de su madre y de su hermana, que habían ido con él. Allí arriba no. A Vic. Donde su hermana trabajaba en una fábrica de juguetes y su madre servía en casa de un señor que se llamaba Siset, y que había sido el mejor torero de Vic. Que siempre se quitaba la chaqueta y decía, «¡Así toreaba yo, así!». El hermano pequeño del Pantano estaba en Figueres, y cuando terminara la mili también ¡ría a Vic, y de esa forma, decía el Pantano, cuando los tuviera situados a todos, buscaría trabajo de mecánico en la ciudad y no volverían a verlo nunca más ahí arriba, en las montañas, «Porque yo ya no sé si la gente se marcha de aquí porque van a llenarlo todo de agua, o si lo van a cubrir todo de agua porque igualmente la gente se marcha».

Con una expresión distraída, Marta levantó una nalga y se tiró un pedo. Sonoro. Y las mujeres, que seguían mirando por la ventana, se volvieron y estallaron en gritos y carcajadas. Para celebrarlo. Batiendo palmas, desternillándose de risa, levantando los brazos, con los pechos botando. Se tiraron pedos con la boca y se dieron manotazos en los

muslos y golpearon la encimera. Marta, imperturbable, se levantó, abandonó la botellita vacía y salió de la cocina. Al entornar la puerta apagó la luz y las mujeres se quedaron a oscuras, tronchándose de risa todavía al lado de la ventana.

Debajo de los párpados cerrados de Bernadeta flotaba una neblina gris, acogedora, agradable y amparadora. En medio de las brumas, la mujer oía el tamborileo de la lluvia en el tejado. El balido de las cabras. Los pasos lejanos de Marta subiendo las escaleras, cruzando la sala, que se volvía alargada y lejana a medida que avanzaban, y entrando en el cuarto de baño. Después, el ruido del agua caliente, vigorosa y moderada dentro de casa, se mezcló con el fragor del agua de la lluvia, desbocada, inalcanzable y fría.

Dolça parió por la mañana y se murió por la tarde. Pero Bernadeta no lloró para no asustarla. La llamaba «cabrita», y Dolça se arrodillaba. Daba vueltas por la habitación a cuatro patas, cubierta de sudor, con el pelo pegado a la cara. Bernadeta se lo apartaba y le musitaba, «Ea, ea», y la acariciaba. A veces Dolça quería las caricias, a veces no. Estaban agachadas y Bernadeta le decía, «Empuja», y «Tú puedes, cabrita», y «Estoy aquí». Hasta que salió la cabeza, y Bernadeta exclamó, «¡Mírala, mírala!». Era una niña redonda y rolliza, y tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Parecía un hurón, y le pusieron Marta. Dolça era una fuente que no se paraba. Un chorro de sangre roja. Pero Bernadeta no fue a buscar a una comadrona ni a un médico, porque había visto que Dolça se moría y quería hacerle compañía. Se mordía los labios para que no se separaran y dijeran que, de tanto mirar las porquerías de los demás, no había mirado lo suficiente a su niña. Que le había pillado por sorpresa, se le había hecho mayor demasiado deprisa. Como los gatos y las zarzas. Y ataba la pena con una cuerda muy corta, y no le pedía perdón a Dolça, porque Dolça la habría perdonado. Ni añadía que en esta vida hay dos milagros, uno que es nacer y el otro que es morirse, porque Dolça tenía sueño. Se le cerraban los ojos y la cabeza se le iba para atrás. Ni musitaba que le habría gustado decirle más veces que era la cabrita más bonita de todas las cabritas, porque Dolça abría los párpados y miraba a la niña que acababa de parir, tranquila. Adormecida. Contenta. Por eso callaba Bernadeta. Porque hay cosas que no se pueden decir. Porque se pueden decir las desgracias, y se puede decir la pena, se pueden decir los remordimientos y la culpa, y se puede decir la muerte, y el dolor y las cosas que hacen los hombres. Las buenas y las malas. Pero no se puede decir cómo se hace una niña. No hay palabras para explicar cómo la hiciste, porque la hiciste como la tierra hace los árboles y los árboles hacen las ramas y las ramas hacen los frutos y los frutos hacen las semillas. A oscuras. Desde un sitio tan adentro que no sabías que sabías hacerlo.

Cayó un rayo. Bernadeta intuyó el estallido, que se transparentó en rojo y rosa, y entreabrió los ojos. Pero, después del fulgor, todo era negro. La mujer asintió, paciente, como si saludara a un viejo amigo, y la noche se abrió, descifrable y lenta. De la oscuridad surgieron las patas de la cama, las paredes, la puerta. Resonó el trueno. El ruido del agua caliente dentro de la casa cesó. En el baño, Marta hacía ruidos, debía de estar secándose y vistiéndose, porque después salió y sus pasos cruzaron la sala en dirección a las escaleras.

El Pantano llevó una cuna al Mas Clavell y le dijo a Bernadeta, «Señora, yo no soy el padre». Después fueron más hombres, como pastores que van a Belén. El Puça llevó una muñeca y dijo que Marta era bonita. El Bonatarda le dio un sonajero y solo dijo, «Buenas tardes». El Regalim le llevó pomada, pero no dijo nada porque lloriqueaba. El Mal Calador llevó un conejo; el Filet, un cochecito; el Sardina, una gorra; el Nen Jesús, calcetinitos, y el Lleig no fue porque la Guardia Civil lo había matado a tiros en una emboscada. El Mal Aquí tampoco hizo acto de presencia, porque aquel invierno había enfermado, se había quedado en cama en una casa que se llamaba la Torre de Rupit, pero a sí mismo no había sabido curarse y había muerto en Semana Santa. El Manta tampoco apareció, porque su madre se lo había llevado a los balnearios de Suiza. El A poc a poc fue el último, y llevó una cabra que daba leche porque el cabrito se le había muerto de diarrea. Dijo, «La leche de cabra es la más parecida a la de mujer». Y Bernadeta se alegró de que todos esos hombres se marcharan, y de que ese animal triste que buscaba a su cabrito se quedara a hacerle compañía. La cabra tenía la cara alargada, los ojos listos, el morro blando y caliente, las orejas delgadas y unos cuernos que le nacían en el pescuezo. Entraba y salía cuando quería como si la casa fuera suya, y cuando masticaba, con cara de indiferencia, la boca se le abría hacia un lado y le rebotaban los dos colgajos del pescuezo. Bernadeta notó que se le despertaban las antiguas nubes de despecho, que intentaban arremangarle los dedos y las encías para que le crecieran los dientes y las uñas de la rabia, pero no encontró fuerzas para enfadarse y, con lo poco que había reunido arrastrándose tantos años por el barro de la miseria ajena, compró más cabras. Un rebaño magro de bestias animosas que se metían por todas partes. Un animal que decía «Beee, beee» en cada rincón de la casa. Y si aún llegaba alguien con preguntas a la masía, Bernadeta les decía que ya no veía, y les vendía un cabrito o un trozo de queso. Le gustó hacer queso, porque era como hacer magia. La leche, silenciosa cuando no la mirabas, se transformaba en una masa espesa, compacta, sedosa, que Bernadeta cortaba. Después metía los brazos en la sangre turbia, como caldo, tibia y blanca en vez de roja. Una alberca de olvido coagulado en la que perdías las manos hasta que lo metías en el molde. Y todo

chorreaba. Los codos, los coladores, los moldes de esparto, la mesa. La casa olía a leche, a moho, a humedad. Y los quesos reposaban. A oscuras. Cada uno como un mundo que todavía no se hubiera despertado. A punto para hacer hongos, que serían su musgo, y sus matas, y los brotes delgaduchos de hojas verdes de sus árboles y sus flores y sus insectos que volaban, y sus animales, sus peces que andaban, las ranas feas, los sapos torpes, las cochinillas grandes como cabras, los ciempiés como serpientes, los lagartos como caballos, las gallinas monstruosas, los ratones, las comadrejas, las ardillas, los lirones, las musarañas.

El marco de la puerta de la habitación de Bernadeta se iluminó. Y pasó, recortada, la silueta de Marta, envuelta en luz azul. La vieja, adormilada, la entrevió y pensó que parecía un hada que hubiera cogido una estrella con la mano. La llamó:

—Marta.

Marta deslumbró a Bernadeta y musitó:

—Se ha ido la luz. Voy a ver si es cosa nuestra. —Tenía el pelo mojado y llevaba una toalla a la espalda.

Pero Bernadeta estiró un brazo hacia el brillo e hizo gestos insistentes a Marta para que entrara. Para que se acercara. Quería tocarla.

Marta agarraba a los cabritos por las orejas y los levantaba. Balaban y saltaban. Le daban cabezazos en la barriga. Los cogía por la cola, que movían alegremente. Los perseguía. Se tumbaba en el suelo y se le subían a la espalda. Movía a las cabras adultas de un lado a otro. Les mandaba. Se les colgaba del cuello. Las obligaba a andar erguidas. Y se reía. Con una risa líquida y oscura, de asno, de yegua, que Bernadeta había oído millones de veces, porque Marta se reía igual que Joana. Pero Marta no sabía quién era Joana. Bernadeta no hablaba de ella. Ni de Joana ni de ninguna de las mujeres de la familia. Ni de lo que le había faltado a cada una, ni de lo que veía ella. Porque Marta lo habría olvidado de todos modos. Esa niña no tenía memoria. Había nacido desmemoriada. Ligera y despreocupada. Olvidadiza. Cabeza hueca. Y había tardado mucho en hablar. Las monjas de Sant Hilan, cuando empezó la escuela, porque una monja gorda y sudorosa había ido al Mas Clavell y había dicho que Marta tenía que ir a la escuela, creían que era retrasada. Porque solo se reía y decía «esto» o «eso» o «aquello» cuando no se acordaba de las palabras, y se expresaba con tanta imprecisión que costaba mucho entenderla, decía «pote» y quería decir «bol», decía «cabra» y quería decir «perro», decía «carne» y quería decir «queso».

Cayó otro rayo. Se extendió como una telaraña e iluminó las montañas y los árboles. Señaló las gotas de lluvia, el camino, el huerto, la era y el tejado. La luz del relámpago recorrió las paredes de

la casa por dentro, los muebles, la cama, la vieja. Entonces Marta entró en la habitación de Bernadeta y se acercó a la ventana. Miró fuera, pero la oscuridad volvió a tragárselo todo. El trueno rugió, sordo, grave, brutal y, mientras su bramido se desparramaba, todos los demás sonidos se ahogaron.

A veces se les escapaban las cabras y los vecinos se las devolvían. A Bernadeta le desagradaban esos campesinos y lo que veía cuando los miraba. Lo que habían hecho y lo que no habían hecho todavía, y cómo morirían. Y se escondía. Pero a Marta le hacían gracia esos hombres taciturnos que le decían, «La cabra es la vaca de los pobres». O «Las cabras transmiten las fiebres de Malta». O «Las cabras murmuran frases obscenas cuando las ordeñas», o «La cabra, por sus pecados, lleva los corvejones pelados. Por sus malas ideas, la barba bajo las muelas. Y por su culpa, la cola lleva de punta». O «Cuando estornuda la cabra es que va a cambiar el tiempo». A veces la dejaban subirse a sus tractores y remolques. Y un día, de repente, Marta dijo, «Todo el mundo tiene moto» y «Quiero una moto para correr carreras». Si aguzabas el oído, oías los zumbidos, los gruñidos y los ronquidos, la montaña, como un hormiguero. Y Marta empezó a trabajar en la fábrica de tripas. Pero entonces, cuando hubo reunido dinero suficiente, anunció, «No me voy a comprar una moto, me voy a comprar un coche, porque ahora me gustan más los rallies». Ya había conocido al piloto. Que era el padre de Alexandra. Marta llegó al Mas Clavell con un ojo morado y rasponazos, y exclamó, «¡Me han atropellado!». Se reía. «Estábamos viendo la carrera desde una buena curva, pero había grava en la pista, y uno de los coches derrapó y se salió, y nos embistió a mí y a uno de Viladrau. Nos tiró a la cuneta, y nos obligaron a ir a la clínica, y por culpa de eso nos perdimos todo el campeonato. Pero después el piloto que nos embistió me regaló su trofeo», sonreía, eufórica, «y me invitó a ser su copiloto mañana.» Esa historia se alargó muchos años. Ahora sí, y ahora no, y ahora sí otra vez. Bernadeta, si podía, solo miraba sus cabras, pero a veces entreveía al piloto diciendo que no, que no, que no, con la cabeza. Lo veía rodeado de niños, y con otra mujer. Lo veía que se iba. Marta no lloraba. Se le olvidaba enseguida. Pero entonces se celebraba otra carrera, y olvidaba que se le había olvidado. Y vuelta la burra al trigo. Hasta que antes incluso de que lo supiera Marta, Bernadeta se percató de que estaba embarazada.

A Marta le brillaban los ojos, abiertos de par en par, frente a la ventana. Miraba la noche negra. Enfocó la luz azul contra el cristal, pero fuera estaba todo oscuro y esa claridad aguada no llegaba a tocar nada. Se volvió hacia Bernadeta y dijo:

—¡Me ha parecido ver un toro en la era! —Y se echó a reír. Escandalosa. Bernadeta se rió con ella.

Marta seguía trabajando en la fábrica de tripas, pero ya no corría carreras, ahora estaba en el grupo de teatro del pueblo, que eran los mismos que organizaban las fiestas de Navidad y que, según ella, montaban «la cabalgata de Reyes más espectacular de la comarca». Con unas carrozas estupendas que repintaban todos los años y que se repartían como podían para guardarlas. Marta tenía la carroza del rey blanco, que era azul y dorada, en la cochiquera de las cabras. Cuando hacían obras de teatro, Marta siempre pedía papeles cortos, cómicos y con poco diálogo, porque si no era incapaz de recordarlos. Y Alexandra, invariablemente, exclamaba, «¡No, por favor, mamá, qué bochorno, otra vez!», porque Alexandra era una niña seria, que no parecía hija de su madre, y no le gustaban nada las cosas que daban vergüenza. Aunque fuera ajena. Era así de minuciosa y severa desde pequeña. Cuando Bernadeta se confundía y la llamaba por otro nombre, le decía «Dolça», o «Marta», Alexandra la miraba, inflexible, y le soltaba, «Me llamo Alexandra». Con un rigor tan grande que parecía imposible que cupiera en una cría tan pequeña. Después le preguntaba, «Bisabuela, tú ¿cuántos años tienes?». Bernadeta respondía, «Muchos». Pero Alexandra exigía precisión, «Pero ¿cuántos?». Bernadeta contestaba, «No sé», y la niña exclamaba, «Pero ¡¿cómo no vas a saberlo?!», y la vieja musitaba, «Perdí la cuenta, se me ha olvidado», y Alexandra decía que no con la cabeza y preguntaba, «¡¿Por qué todo el mundo se despista en esta casa?!», e insistía, «Pero ¿más o menos de cien?», «Creo que más», y la niña le soltaba, «No tendrías que haber perdido la cuenta». Pero Bernadeta se encogía de hombros, porque, en realidad, los olvidadizos eran los años, que corrían cada vez más deprisa, cada vez más ligeros y desbocados. Y, bien pensado, en esa casa y en esa montaña, y en todas partes, el tiempo siempre había hecho lo que le había dado la real gana. Marta era una mujer que tenía una hija, y Alexandra, que aún tendría que llevar pañales, era una chica hecha y derecha, y sin paciencia, que seguía considerando la mayoría de cosas ridículas e imprecisas. Y que decía «¡Qué burros!» cada dos por tres, con una voz grave y ácida que te hacía dudar de si era deseable ser burro o no. Se parecía a Elisabet, aunque ella no lo sabía. Pero era presumida como Dolça. Se retrataba constantemente, frunciendo los labios y ladeando la cabeza. Y, en un tono de voz digno de Margarida, se quejaba a todas horas de que el Mas Clavell era una casa vieja, y que había que reformarla. Alexandra estudiaba una cosa que Bernadeta solo entendía a medias, y no solo no corría carreras como su madre, sino que ni siquiera conducía, porque ese cabrito estricto e impaciente obtenía invariablemente lo que quería, y siempre conseguía que la llevaran a todas partes. Salía con un chico que era de Olot, y que la llevaba de un lado a otro todo el día. Las dos primeras cosas que Alexandra había

dicho de ese chico eran «Tiene un Audi» y «Su casa está reformada». Y un día, cuando Bernadeta aún se encontraba bastante bien y estaban las tres sentadas en la era, les contó cómo se habían conocido, cuando ella trabajaba con la brigada joven del ayuntamiento. El trabajo era «aburridísimo» y tenían que ponerse unas blusas de color naranja «horribles», pero Alexandra había recortado la suya para que no fuera tan fea, sin pedir permiso para cortarla, porque no se lo habrían dado, y así, cuando le dijeron que no se podía acortar, ya era tarde y enseñaba todo el vientre. Y les contó, «La primera vez que hablé con Eloi, que estaba de vacaciones con sus padres, me dijo que le gustaba la camiseta que yo llevaba. La de color naranja cortada. Y yo le contesté, ¡qué burro!, pero ¡si parezco una bombona de butano!». Marta y Bernadeta se reían, y Marta preguntó, «¿Lo llamaste burro?», y Alexandra respondió, «Claro».

Marta se acercó a la cama y Bernadeta le cogió la mano como si se la cazara. Se la acercó al pecho. Y, con la voz ronca y reposada de no haberla usado en todo el día, dijo:

—Hemos estado bien, tú y yo, Marta. Nos hemos hecho buena compañía.

Y Marta volvió a reírse. Más. La carcajada brotó cálida. Vaporosa. Envolvente. Se le contagió a la vieja, que con los ojos abiertos peinaba la noche cavernosa. Miraba las nubes cargadas, la luz amarilla de las casas, la oscuridad al pie de los árboles. Hasta que encontró a Alexandra. Escondida en una parte de bosque cerca de Olot en la que aún no llovía. Cuando empezaran a caer gotas sus amigos abrirían la boca y darían vueltas bajo el agua. Eran media docena de chicos y chicas, a oscuras. Bernadeta apenas les veía la cara, solo distinguía bultos, brazos, la brasa de los cigarrillos, algún diente que brillaba, el vaho cuando hablaban, el centelleo de las botellas y de los pendientes. Bebían y bailaban, y saltaban y gritaban, y se reían, y se daban empujones, y se besaban, y se subían en brazos unos de otros, y se caían y volvían a levantarse. Eran un batiburrillo de cuerpos contentos, moviéndose a la vez como sombras ebrias.

Marta, risueña, murmuró:

—Vamos, vamos, a dormir, vamos.

Y la vieja obedeció. Aún sonreía. Cerró los ojos como una niña, Marta la acarició y un sopor espeso la cobijó. Los últimos hilos que la ataban a la consciencia se deshilacharon, más finos cada vez, y se rompieron. Y Bernadeta se durmió.

El zaguán y la cocina estaban a oscuras. Las mujeres, sentadas en torno a la mesa, botaban las rodillas y los pies y rascaban con las uñas todo lo que encontraban. Blanca bostezó. Elisabet suspiró. Ángela resopló. Y Dolça no pudo aguantar más y preguntó:

—¿Cuánto falta?

Respondió Joana:

—No mucho.

A través de los cristales de la puerta vieron bajar por las escaleras la luz azul del espejito. Marta se acercó al armarito empotrado del zaguán y lo iluminó. Toqueteó las clavijas, y cada vez que las tocaba sonaban, clic, pero la oscuridad ganaba y la luz no volvía.

Joana dijo:

—Éranse una vez unos labradores, marido y mujer, que vivían en una masía rodeada de campos que ellos mismos trabajaban. Pero tenían tantas tierras que no daban abasto.

Las mujeres se revolvieron, gozosas. Blanca y Ángela se apoyaron contra el respaldo. Dolça y Elisabet, los codos en la mesa y las manos en la barbilla.

—Una mañana el labrador salió a ver los campos y se dio cuenta de que el trigo ya amarilleaba y pronto tendría que segar. Entonces fue al pueblo en busca de segadores, pero cuando llegó resultó que todas las cuadrillas estaban contratadas y era demasiado tarde. El hombre, preocupado y pesaroso, volvió a casa pensando, «¿Cómo me las voy a arreglar sin segadores? ¡El trigo ya está maduro! ¡Y con la de tierras que tengo! ¡Válgame la hueca del huso!». Estaba tan intranquilo que, en voz alta, rezongó, «¡A ver dónde redemonios voy a buscar segadores! Hasta me entregaría al demonio si me lo segara». El demonio no se hizo de rogar. Cogió a otros dos demonios, los vistió de segadores y se plantaron los tres frente al labrador, y le dijeron, «¿Necesitáis segadores?». El hombre vio muy claro quiénes eran, ¡hasta les colgaba el rabo!, pero, como no sabía qué hacer para salir del apuro, pensó que estaba dispuesto a todo y les respondió: «¡Sí que los necesito!». Y le propusieron un trato, el alma a cambio de que ellos hicieran todo el trabajo que les mandara el labrador.

La luz del espejito de Marta proyectaba unas sombras huidizas que se alargaban en todas direcciones. El resplandor frío se movía de arriba abajo en el zaguán, se metía en la cocina por los cristales e iluminaba el fregadero, la ventana, la mesa. La voz profunda y rasposa de Joana continuaba:

—Al día siguiente los tres demonios le dijeron al amo, «¡Vamos a segar!». Pero cuando llegaron al campo se sentaron al pie de una higuera y se pusieron a afilar las herramientas. A media mañana el labrador fue a verlos y los encontró afilando todavía, y después se pusieron a coserse las alpargatas, y el hombre volvió a casa pensando en el trigo que iba a perder. Pero, cuando regresó a mediodía, los ojos se le salieron de las órbitas de la sorpresa al ver que ya estaba segado y agavillado todo el trigo. «¡Mirad, amo, ya hemos terminado!», dijo el demonio grande, «ahora os toca a vos.» Desconcertado, al pobre hombre solo se le ocurrió decir, «Dejad que antes me despida de mi

mujer», y le dieron un día para que dijera adiós.

Marta se encogió de hombros y cerró el armarito. Bostezó y subió las escaleras al tiempo que se secaba el pelo con la toalla a la lívida luz del espejito. La oyeron entrar en su dormitorio. La lluvia repiqueteaba. Y las mujeres se quedaron a oscuras otra vez.

—El labrador, alicaído y triste, volvió a casa, y cuando su mujer lo vio llegar con aquella cara le preguntó, «Pero ¿a ti qué te pasa?». «¡Algo muy gordo!», respondió él, y, lloroso, le contó el brete en el que estaba mientras exclamaba, «¡Me han engañado, me han engañado!». Pero ella, que era más lista que un rayo y que un hurón, y que el hambre y que un demonio y que todo a la vez, muy tranquila, le respondió, «Anda, anda, no te pongas así. Cuando vengan a buscarte les dices que no han terminado el trabajo y me los mandas a mí».

El viento aullaba. Las ráfagas de agua se estrellaban contra la casa. Las gotas redoblaban cada vez con más ímpetu. Los rayos desgarraban el cielo y después los árboles.

—El día siguiente a primera hora los tres demonios se presentaron en la masía y preguntaron al labrador, «¿Estáis preparado?». Pero el hombre respondió, «Todavía no habéis terminado. Antes os quiere ver mi mujer». Salió el ama a la era y preguntó, «¿Son estos los jornaleros? Vamos a ver si trabajan tan bien como dices». Y cogió aparte a cada uno. Al primero le mandó que fuera al pozo y sacara toda el agua. Y le prestó una cesta para que se la llevara a casa. Al segundo le dio un pellejo de cabrito y lo mandó al río a lavarlo hasta que quedara bien blanco. Y al tercero le puso en los brazos al heredero, que todavía era un niñito de pañales, y le mandó que le enseñara la Doctrina. Al anochecer, el ama fue a verlos. Llegó al pozo y preguntó al primer demonio, «¿Qué? ¿Qué tal va el trabajo?», pero el diablo, enfadado, contestó, «¡No sé hacerlo! En cuanto saco el agua del pozo, ¡vuelve a caerse dentro! ¡Lo dejo!», y, furioso, se fue corriendo al infierno.

La mesa entera se unió a la algazara de la tormenta. Las mujeres gritaban, se reían y hacían ruido con los pies y las manos.

—La labradora fue al río a ver al segundo, «¿Qué? ¿Qué tal va el trabajo?», le preguntó, pero el demonio respondió, «¡Muy mal! ¡Cuanto más froto, más negro se vuelve el pellejo!». Y huyó todo rabioso.

Dolça, Blanca, Elisabet y hasta Ángela estallaron en vítores como bestias. Ladraban y maullaban, balaban, cloqueaban, chascaban la lengua, se descoyuntaban, silbaban, gruñían, mugían, croaban, relinchaban, aullaban.

—La mujer fue a buscar al tercer demonio y lo encontró renegando entre dientes. Cuando le preguntó, «¿Qué? ¿Qué tal va el trabajo?», le respondió sacando fuego por la boca, «Para hacer este trabajo tendréis

que buscaros a otro mozo, ama. ¡Ya veis que me estoy rompiendo los cuernos y el crío aún no habla! Y, para colmo de males, ¡las palabras de la Doctrina me retuercen la lengua!», y también este volvió encolerizado al infierno.

En la cocina, se desgañitaban:

—Guau-guau, miau, remiau, beee, clo-clo, chas-chas, chis-chis, fiu-fiu, grun-grun, muuu-muuu, croa-croa, quiquiriquí, hiii-hiii, auuu-auuu.

Joana siguió:

—El ama fue a buscar a su marido, que la esperaba, ansioso, y cuando se enteró de lo que había hecho la labradora se puso tan contento que no cabía en sí de gozo, y los dos se pusieron a bailar y a saltar y a reírse.

Y las mujeres también bailaron y saltaron y se rieron. Hasta que en medio de la oscuridad más negra y de los gritos más alegres, la voz profunda y rasposa de Joana dijo:

—Vamos a poner la mesa, que ya casi estamos.

Las mujeres se levantaron de golpe y se hizo el silencio. Joana añadió:

—Encendamos las velas.

Y encendieron las velas.

—Pongamos un mantel limpio.

Y pusieron un mantel limpio.

—Saquemos platos y cubiertos.

Y sacaron platos y cubiertos. Y servilletas. Y las copas de pie azul. Y destaparon la sosenga, y los buñuelos, y el morteruelo, y las asaduras. Se apartaron y, con orgullo, admiraron la mesa puesta. Y Joana, con una sonrisa cavernosa y sin dientes, murmuró:

—Es la hora.

Las mujeres chillaron bajito y aplaudieron sin que sonara. Se pusieron en fila y salieron. Cruzaron el zaguán como las orugas. Las unas detrás de las otras. Formaban una comitiva impaciente que subía las escaleras mirando hacia arriba. Joana la primera, después Dolça, Elisabet, Blanca y Ángela. Llegaron a la sala. Se metieron en la habitación, donde las esperaba Margarida. Rodearon la cama a oscuras, en corro. La lluvia repicaba, ensordecedora, como tambores en el tejado. Las mujeres murmuraban, inquietas. Margarida decía, «¡Shhtl», resignada. Bernadeta era una mancha negra que roncaba. El ronquido era nasal, mortecino y áspero. Algunas se rieron bajito, por la risa que dan los ronquidos a veces. Cayó otro rayo. La luz blanca iluminó la cama y a la vieja que dormía en ella, con los párpados cerrados y la cara reposada, como si supiera adonde iba. El trueno se oyó enseguida, gutural e inmenso, como si estuviera dentro de la casa.

Después volvió la oscuridad y solo se oía el rumor del agua. Bernadeta ya no roncaba. Estiró la barbilla. Levantó las cejas. Entreabrió los labios. Y alrededor de la cama las mujeres se cogieron de la mano.

NOTA DE LA AUTORA

Muchos de los cuentos y leyendas que aparecen en el libro, entre ellos «L'herba deis pets», «Els tres germans ganduls» y «L'home que va donar-se al dimoni», también titulado «Els tres dimonis», los descubrí en los libros *Folklore del Humanes*, de Josep M. Vilarmau i Gabanes, y *El folklore de Rupit i Pruit*, ambas ediciones a cargo del Grup de Recerca Folklórica d'Osona (Jaume Aiats i Abeyá, Ignasi Roviró i Alemany y Xavier Roviró i Alemany). Leí por primera vez el cuento «L'hostal de la Lletja», en el que una mujer consigue romper un pacto con el demonio gracias a que a su marido le falta un dedo pequeño del pie, en *Montseny. Histories i llegendes*, de Xavier Roviró i Alemany. Para profundizar en el imaginario de las Guilleries me ha sido de gran ayuda, entre otros, *Histories de les Guilleries*, del mismo autor, así como el artículo «Les Guilleries. Terra de refugi», de Josep Tarrés i Turón. Para construir el personaje del Clavell y de sus compañeros, he consultado, entre otros, *Serrallonga, el bandoler llegendari catalá*, de Xavier Roviró i Alemany; el *Proceso instruido contra Juan Sala y Serrallonga, ¡ladre de pas (salteador de caminos), estractado en su parte más interesante*, de Juan Cortada; *Joan Serrallonga: Vida i mite del famós bandoler*, de Joan Regla y Joan Fuster, *Serrallonga. El bandoler, les seves dones i la justicia*, de Isabel Graupera y Lluís Burillo, o el blog *Serrallonga 1640*. Para trabajar el personaje de Miquel Paracolls de Malla me ha resultado imprescindible la documentación que me ha facilitado el Arxiu i Biblioteca Episcopal de Vic.

Para investigar sobre la figura del demonio, el pacto y el descenso al infierno de Margarida me han sido de gran ayuda, entre otros, *El diable és catalá*, de Sylvia Lagarda-Mata, el proyecto *El simbolismo del pacte amb el dimoni en llegendes catalanes. Una mostra de transmissió ideològica en l'imaginari catata*, de Pilar Juanhuix Tarrés, *Dimonis. Apunts de Jacint Verdaguer a la Casa d'Oració*, editado por Enríe Casasses, así como *Visio Tnugdali*, atribuida al hermano Marcus, o las descripciones del infierno que da Josefa Menéndez en *Un Appel à l'Amour*.

El personaje del Pantano está inspirado en los textos de Félix Jurado *Memorias de un niño de la guerra (19361939) escritas cuando me*

jubilé. Dedicadas a la madre de mis hijos, Lucía Escobar Fernández, a los que llegué gracias al libro *Historia de la construcció del Panto de Sau*, de Joan Lagunas. Los versos que recita el Lleig a Dolça son de un poema atribuido a Ramon Vila Capdevila, Caracremada.

En cuanto a la mayoría de las recetas, me he empapado de los recetarios *Llibre de Sent Soví* (o *Llibre de totes mañeros de potatges de menjar*) y *Llibre del Coch* (o *Llibre de doctrina pera ben servir, de tallar y del art de coch ço es de qualsevol manera, potatges y salses compost per lo diligent mostre Robert coch del Serenissimo senyor Don Ferrando Rey de Napols)*.

Y, por último, no puedo dejar de citar, entre otros, los artículos «Llevadores, guaridores i fetilleres. Exemples de sabers i practiques femenines a la Catalunya medieval», de Teresa Vinyoles i Vidal y Pau Castell Granados, y «Pestes i "alegries" baixmedievals», de Teresa Vinyoles i Vidal, la tesis doctoral *Orígens i evolució de la cacera de bruixes a Catalunya (segles xv-xvi)*, de Pau Castell Granados, así como *El llop i els humans: Passât i présent a Catalunya*, de Josep Maria Massip i Gibert, *The Magical Universe: Everyday Ritual and Magic in Pre-Modern Europe*, de Stephen Wilson, *Les arrels llegendàries de Catalunya*, de Xavier Fàbregas, «Collformich: Relació histórica deis successos ocorreguts des del dia 8 al 11 de gener de 1874, amb motiu de l'entrada deis carlins a Vic», que se publicó anónimamente, pero se cree que es obra de Mn. Josep Gudiol i Cunill, y *Emboscáis: La guerra deis que no hi van anar*, de Esther Miralles.

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas, Oscar Holloway, Mikel Aboitiz, Marta Garolera, Jan Ferrarons i Llagostera, Nil Prats, Xavier Roviró i Alemany, Mercé Sáez, Francesc Sola, Joan Sáez, Isabel Obiols, Silvia Sesé, Marina Penalva, María Lynch, Mara Faye Lethem, Alexandra Laudo, Lluís Bassaganya, Isa Basset, Jordi Coma, Nadina Latorre, Cristina Oliver, Ignasi Roviró, Jaume Coll, Jaume Coll padre, María Mariné, Sebastien Roueche, Albert Grabulosa, Paula Fonollá, Cristina Grau, Gerard Canals Puigvendrelló, Aína Orriols, Ángels Rovira, Francesca Rizzi, Concepció García, Ricard Dilmé i Burjats, Krisztina Nemes, Clara Cortadelles, Martí Sancliment, Mercé Paracolls, Rosa María Paracolls, Rafel Ginebra i Molins, Pol Serrahima, Joan Pastoret, Josep Serra, Pau Cardellach, Pius Pujades, Montse Cordero, Nicolás Gavina, familia Pérez-lzquierdo.

Esta novela recibió una de las Ajudes a la Creado Literaria de la Generalitat 2020 y contó con el respaldo de las becas Premis Barcelona 2020 del ayuntamiento de la ciudad.

Mientras escribía este libro fui escritora residente en el Alan Cheuse International Writers Center de la Universidad George Masón (Virginia), en el programa Writers Art Omi-Ledig House (Nueva York), en la residencia Faberllull (Olot), en Santa Maddalena Foundation (la Toscana) y en la Residencia Literaria Finestres (Palamós). A todas estas iniciativas y a todas las personas que forman parte de ellas y que las hacen posibles, gracias.

NOTAS

1 «parecía malvada, aunque solo era vieja». (Traducción generosamente cedida por Yvonne Mester.)

2 «Y no sé cómo han entrado en nuestra familia esos ojos de ladrón.» *Saga de Nial*, traducción de Enrique Bernárdez, Siruela, Madrid, 2003.